

–De mil amores lo haría, si el rey me lo permitiese –respondió ella.

Cuando el rey, que estaba inquieto, oyó estas palabras, se alegró ante la perspectiva de oír una historia.

Y había caído ya **la noche 1** cuando Shahrazad dijo:

–TENGO NOTICIA, BIENAVENTURADO REY⁷, de que hubo un mercader, a quien no faltaban capital ni negocios por todo el país. Un día tomó su montura y se puso en camino para cerrar un trato. Cuando el calor apretó, se sentó debajo de un árbol, echó mano de su avío y se comió un mendrugo de pan y un dátíl. Cuando acabó de comerse el dátíl, tiró el hueso, y de repente apareció un *ifrit* de gran estatura, que, espada en mano, se le acercó y le dijo: «Levántate para que te mate como tú has matado a mi hijo». El mercader le preguntó: «¿Cómo he podido yo matar a vuestro hijo?». «El hueso del dátíl que te **has** comido le ha dado en el pecho, ocasionándole la muerte en ese mismo instante», repuso el *ifrit*. El mercader exclamó: «¡De Dios somos y a Él volvemos! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Si lo he matado, habrá sido por causa de una distracción mía, y os ruego que me perdonéis». El *yinn* repuso: «Pues te tengo que matar». Lo atrajo hacia sí, lo derribó y alzó la espada para matarlo. El mercader entonces, se echó a llorar, exclamó: «¡A Dios confío mi destino!» y recitó:

«Tiempos hay arriesgados y seguros,
y días, ora claros, ora oscuros.
A quien se queja, di, de lo imprevisto:
“No hagas nunca de menos al peligro”.
Si el viento, desatado un día sopla,
bosques enteros con su furia asola,
y, si mugre cubre la faz marina,
perlas hay esparcidas por sus simas.
Si el Tiempo de tu suerte se ha burlado
y del largo penar sufres los daños,
recuerda que al sol solo y a la luna,
de entre los astros, los eclipses nublan,
y, de las plantas, verdes sean o secas,
solo a las que dan frutos apedrean.
¡Bien hiciste al gozar de tus momentos
sin dejarte vencer por el recelo!».

Mientras el mercader acababa de recitar los versos, el *yinn* le dijo: «Abrevia, pues voy a matarte de cualquier modo». «Habéis de saber, mi señor *ifrit* –dijo el mercader–, que soy hombre endeudado, que tengo propiedades y capital, hijos, esposa y garantías de las que responder. Os ruego, pues, que me permitáis ir a mi casa; yo le daré a cada uno lo suyo y luego me comprometo solemnemente a volver a vos a primeros de año, para que hagáis conmigo lo que os plazca. Y sea Dios garante de lo que digo». El *yinn*, con la certeza de que podía fiarse de él, le dejó marchar. Volvió entonces el mercader a su lugar, donde concluyó cuanto tenía pendiente y cumplió con sus compromisos. Les contó a su esposa e hijos lo que le había pasado; ellos lloraron, y lo mismo

⁷ Comienza «El mercader y el *ifrit*».

hicieron todos sus parientes, así como sus otras mujeres y retoños. El mercader les dio consejos para el futuro y pasó con ellos lo que quedaba del año. Al cabo del cual, tomó su mortaja bajo el brazo y se dispuso a partir, muy a su pesar; no sin antes despedirse de su esposa, de sus vecinos y de toda su gente, que formaron gran griterío y alboroto a su alrededor. Se puso, pues, en camino y no paró hasta llegar al huerto donde había tenido lugar su encuentro con el *yinn*. Era el primer día del año nuevo. Y estaba el mercader allí sentado, llorando por su desgracia, cuando llegó a él un venerable anciano que traía una gacela encadenada. El recién llegado le dirigió al mercader el saludo de la paz, o sea, el *salam*⁸; le deseó larga vida y le preguntó: «¿Por qué estáis aquí sentado, solo, en este lugar que es refugio de *yinns*?». El mercader le contó su historia con el *ifrit*, y el de la gacela, muy admirado, le dijo: «No hay duda, amigo, de que sois hombre de sólidos principios religiosos, y vuestra historia, tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría. Estoy resuelto a quedarme con vos –añadió, sentándose a su lado– hasta ver en qué acaba todo».

Y con él se quedó el anciano de la gacela, departiendo. A pesar de ello, el mercader, abrumado por su situación, se dejó llevar del miedo, de la pena y la zozobra. En esto se acercó a ellos un segundo anciano, que venía con dos galgos de color negro, y, después de saludarlos, les preguntó por el motivo de que estuvieran sentados en aquel lugar, siendo como era refugio de *yinns*. Ellos le contaron todo, y apenas se les había unido el de los galgos cuando se les acercó un tercer caminante, también de provechosa edad, como los anteriores, que traía una mula torda. Los saludó, les preguntó por qué estaban allí sentados y ellos le contaron toda la historia, que sería ocioso repetir ahora. Y en esto se levantó, en medio de aquel terreno, un gran torbellino, que comenzó a moverse hacia ellos. No tardó el polvo en disiparse, dejando al descubierto al mismo *yinn*, que volvía con la espada desnuda en la mano y echando chispas por los ojos. Llegó hasta donde ellos, se acercó al mercader y le ordenó: «Levántate para que te mate como tú mataste a mi hijo, la prenda de mis entrañas». Atribulado por esas palabras, el mercader se echó a llorar, y, con él, dejaron también oír sus lamentos y sollozos los tres ancianos. Pero el primero de ellos –prosiguió Shahrazad–, el que venía con la gacela, recuperó la compostura, le besó la mano al *ifrit* y le dijo: «Escuchadme, mi señor *yinn*, qué digo, corona de los reyes de los *yinns*: si yo os contase mi historia con esta gacela, y os pareciese maravillosa, ¿me concederíais un tercio de la sangre de este mercader?». «Así se hará –repuso el *yinn*–: si me cuentas la historia y me parece maravillosa, te concederé un tercio de la sangre del mercader».

PUES SABED, SEÑOR *IFRIT*⁹ –dijo entonces el primer anciano–, que esta gacela es prima mía, hija del hermano de mi padre, de mi misma carne y sangre, pues; que la desposé siendo ella de tierna edad, y con ella viví unos treinta años sin que me hiciera padre. Tomé, por ello, una concubina, quien sí me dio un hijo varón, que más parecía la luna llena, pues eran hermosos sus ojos, finas sus cejas y proporcionados todos sus miembros. El muchacho fue medrando hasta que cumplió los quince años. Un día me surgió, por causa de cierta operación comercial, un viaje a otra ciudad, y hacia allá partí. Mi prima, o sea, esta gacela, que había aprendido la magia y la hechicería desde niña, convirtió a mi hijo en un becerro y a su madre, la sierva, en una vaca, y

⁸ A lo largo de toda la obra son muy frecuentes las referencias a la fórmula árabe islámica de salutación o *salam*: *assalamu aléikum*, esto es, «la paz sea con vos(-otros)», cuyo uso u omisión puede ser muy significativo en determinadas ocasiones, como se irá viendo.

⁹ Comienza la historia de «El primer anciano».

se los entregó al pastor. Cuando volví, al cabo de la larga temporada que pasé viajando, pregunté por mi hijo y por la madre de este, y mi esposa me dijo: «Tu concubina ha muerto, y tu hijo ha huido, no sé a dónde».

Durante un año –prosiguió el anciano de la gacela– estuve en mi casa, sin salir, con el corazón triste y los ojos llorosos, hasta que llegó la sagrada Fiesta del Sacrificio, y, con esa ocasión, mandé llamar al pastor y le encargué una vaca cebada. Él me la trajo, o sea, me trajo una vaca que era en realidad mi concubina, hechizada por esta gacela que aquí veis. Me arremangué, tomé el cuchillo y me apresté a degollarla, pero la vaca comenzó a chillar y a llorar con gran angustia. La solté, movido por la compasión, me levanté y ordené al pastor que la sacrificara por mí. Él entonces la degolló y la desolló, pero no encontró en ella grasa ni carne, sino solo piel y hueso. Me arrepentí entonces, ya demasiado tarde, de haberla matado, se la di al pastor y le dije que me trajese un ternero cebado. Él me trajo a mi hijo, convertido en ternero por encantamiento, el cual, nada más verme, rompió la cuerda, se frotó contra mí y se echó a llorar. Como aquello me conmovió, le dije al pastor: «Tráeme otra vaca y deja vivo a este ternero». Entonces mi prima, o sea, esta gacela, me dijo a voces: «¡Cómo! ¡Tienes que degollarlo! Por fuerza has de matarlo este día tan señalado. ¿Es que no sabes que en la Fiesta Grande hay que sacrificar lo mejor? Y, este ternero es el más cebado y lustroso». «Pero piensa –repuse yo– en la vaca que acabo de degollar porque tú me lo dijiste... ¡Buena decepción nos hemos llevado! ¿Qué provecho hemos sacado de ella? Nada en absoluto, ¿verdad? ¡Ojalá no la hubiese degollado! Ahora no voy a consentir que me obligues a matar a este ternero». A lo que ella repuso: «¡Como que hay un solo Dios y como que es Clemente y Misericordioso, que has de degollarlo hoy, y, si no lo haces, dejaré de ser tu mujer, y tú mi marido!». Al oír estas palabras, cuyo verdadero propósito se me ocultaba, me volví hacia el ternero y empuñé el cuchillo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana exclamó:

–¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

–No tanto –repuso ella–, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejase vivir.

A lo que el rey, dirigiéndose a sí mismo, dijo:

–De ningún modo pienso matarla, para poder oír lo que falta de la historia.

Se quedaron los tres dormidos y pasaron la noche abrazados. Ya de mañana, Shahriar fue a la sede de su gobierno, adonde acudió el ministro, con la mortaja para su hija bajo el brazo. El rey pasó el día resolviendo litigios, nombrando a unos y deponiendo a otros de sus cargos, sin informar de nada de lo ocurrido a su ministro, quien, al cabo, se llevó una gran sorpresa. El consejo de gobierno, más tarde, concluyó su jornada cotidiana y el rey Shahriar volvió a palacio.

Y, cuando ya caía la noche 2, Duniyazad le dijo a su hermana Shahrazad:

–Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando, la del mercader y el *yinn*.

–De mil amores la acabaré, si su majestad me concede su permiso –respondió ella.

–Puedes hablar –le dijo el rey.

–Tengo noticia –prosiguió, pues, Shahrazad–, rey bienaventurado y juicioso soberano, de que al mercader se le ablandó tanto el corazón al ver llorar al ternero que dijo al pastor: «Vuelve a

dejar a este ternero con los animales». El *yinn* seguía expectante la maravillosa historia; de modo que el anciano de la gacela avanzó en su relación:

Todo esto ocurría, mi señor y rey de reyes entre los *yinns*, en presencia de mi prima y esposa, que miraba y me seguía instigando: «¡Degüella a ese ternero, que está bien cebado!». Pero, como a mí no me resultó posible hacerlo, le ordené al pastor que se lo llevara, y así lo hizo él. Al día siguiente estaba yo tranquilamente en mi casa cuando el pastor vino a mí y me dijo: «Señor, mucho me honraría daros una noticia que sin duda os ha de alegrar». «Adelante», dije yo. «Ilustre mercader y señor mío –dijo él–, soy padre de una hija que, siendo aún una niña, aprendió magia de una anciana que teníamos en casa. Pues bien, ayer, cuando me disteis el ternero, entré con él donde mi hija, quien se cubrió el rostro y se echó a llorar; aunque luego, riéndose, me preguntó: “¿En tan poco me tenéis, padre, que entráis con varones extraños donde yo me hallo?”. Yo le pregunté: “¿Dónde están esos varones, y por qué has llorado primero y luego te has reído?”. Ella me contestó: “Ese ternero que traéis es el hijo de nuestro patrono, pero bajo el encantamiento de su esposa, que los hechizó a él y a su madre, la concubina. Por eso me he reído. Y, si he llorado, ha sido por la madre del muchacho, a quien el patrono ha degollado”. Mucho me admiraron sus palabras –prosiguió el pastor–, y, no bien he visto que clareaba el día, he venido a vos para contároslo».

Cuando oí, mi señor *yinn*, las palabras del pastor, salí con él, embriagado sin haber catado vino, por la mucha alegría que me dio, y así seguí hasta que llegué a su casa. La hija del pastor me dio la bienvenida, me besó la mano, y, a continuación, el ternero se me acercó y se frotó de nuevo contra mí. Entonces le pregunté a la hija del pastor: «¿Es verdad lo que dices de este ternero?». Ella repuso: «Sí, mi señor, es vuestro hijo, la prenda más preciada de vuestras entrañas». Le dije: «Muchacha, si lo liberas, tuyas son todas las bestias y demás propiedades mías que están al cuidado de tu padre». Ella sonrió: «No es, señor, riqueza lo que deseo. Pongo, sin embargo, dos condiciones: la primera, que me caséis con él, y la segunda, que me permitáis encantar y retener en su nueva condición a quien lo hechizó a él, pues, de lo contrario, nunca estaréis a salvo de su perfidia». Cuando oí, mi señor *yinn*, las palabras de la hija del pastor, le prometí: «Te daré ciertamente a mi hijo, además de todas los bienes que están al cuidado de tu padre. En cuanto a la sangre de mi prima, lícito es que dispongas asimismo de ella». Cuando la hija del pastor hubo oído mis palabras, tomó una taza, la llenó de agua, pronunció un conjuro y asperjó con ella al ternero, diciendo: «Si Dios te creó ternero, mantén tus atributos y no cambies; pero, si te han encantado, vuelve a tu primera naturaleza». Y el ternero al punto se sacudió y se tornó humano. Me eché entonces –prosiguió el anciano de la gacela– en brazos de mi hijo: «Cuéntame, por Dios te lo pido, todo lo que mi prima hizo contigo y con tu madre». Él me relató lo que les había sucedido y yo le dije: «Hijo mío, Dios te ha enviado a la persona que podía liberarte y restituir tu derecho». Al poco, mi señor *yinn*, le di a mi hijo por esposa, en efecto, a la hija del pastor; quien convirtió, por encantamiento, a mi prima en esta gacela y me explicó: «Mirad, señor, que ha adoptado una forma y apariencia vistosas, de las que de ningún modo pueden suscitar rechazo ni repugnancia». Después de eso la hija del pastor permaneció con nosotros días y noches, noches y días, hasta que el Altísimo la eligió para Sí. Mi hijo, al verse viudo, emprendió viaje a la India, que es precisamente el país de este pobre hombre con quien habéis tenido, señor *yinn*, vuestros más y vuestros menos. Yo entonces tomé conmigo a esta gacela, mi prima, y me puse en camino, en busca de noticias de mi hijo. Y mis pasos me han traído hasta este lugar, donde me he

encontrado con estos buenos hombres. Les he preguntado, y, al saber lo ocurrido a este mercader, me he sentado a ver en qué paraba la cosa. Y esa es mi historia. El *yinn* no tuvo más remedio que reconocer: «Una historia maravillosa. Te concedo un tercio de su sangre». Entonces –continuó Shahrazad– se adelantó el segundo anciano, el de los dos galgos, y dijo:

SABED, SEÑOR ENTRE LOS SOBERANOS DE LOS *YINNS*¹⁰, que estos perros son mis dos únicos hermanos. Que cómo puede ser, os preguntaréis. Pues yo os lo voy a contar. Murió mi padre y nos dejó en herencia tres mil dinares. Abrí tienda y me dediqué a comprar y vender, y lo mismo hicieron mis hermanos. Uno de ellos, el mayor, vendió cuanto poseía por mil dinares, adquirió género para lanzarse al comercio y partió de viaje. Un año entero pasó lejos de nosotros, con las caravanas. Y un día estaba yo en mi tienda cuando ante mí se detuvo un mendigo. Le dije: «Dios te ayude, buen hombre», a lo que él respondió entre lágrimas: «Veo que no me reconoces». Al darme cuenta de que no era otro que mi hermano, me levanté, lo recibí con los brazos abiertos y lo invité a pasar al interior de la tienda, donde le pregunté cómo había llegado a aquella situación. Él me contestó: «No me preguntes, hermano, pues los negocios son como son, y las circunstancias no las elige uno». Lo acompañé entonces a los baños, le di un traje completo mío para que se vistiera y lo alojé en mi casa. Saqué luego cuentas de lo que había yo vendido y me encontré con que había ganado mil dinares, que, sumados a lo que al principio tenía, suponían un monto de dos mil. Dividí aquella suma a partes iguales con mi hermano y le dije: «Hazte cuenta de que no te marchaste ni tuviste que estar lejos de tu tierra». Él aceptó gustoso lo que yo le entregaba y abrió tienda.

Pasado que hubo un tiempo, mi segundo hermano, que es este otro perro, vendió cuanto tenía con la intención de emprender asimismo viaje de negocios. Tratamos de impedirselo, pero él hizo oídos sordos y se marchó con una cuadrilla de mercaderes. Un año entero estuvo ausente, hasta que un día vino a mí reducido también a la condición de pordiosero, como el otro. Yo le dije: «¿No te aconsejé, hermano, que no debías emprender viaje?». Él se echó a llorar: «Ay, hermano, era lo que Dios, el Santo, el Excelso, me tenía reservado. De nada sirvieron aquellas sabias palabras tuyas, y ahora estoy arruinado; no me queda ni un solo dírham en la bolsa y, como puedes ver, carezco hasta de una decente camisa con que cubrir mi desnudez». Pues sepa mi señor *yinn* que yo entonces lo tomé del brazo, lo acompañé a los baños, le ofrecí un traje nuevo de los míos y lo llevé a mi tienda. Después de haber comido y bebido juntos, le dije: «Voy a calcular las ganancias que haya hecho estos años, y todo lo que exceda del capital inicial lo repartiré contigo». Ajusté la cuenta y hallé que disponía de un total de dos mil dinares; loé, por ello, al Altísimo, y, muy satisfecho, repartí aquella suma a medias con mi hermano, quien también abrió tienda.

Pero pasado un tiempo –prosiguió el de los galgos– mis dos hermanos quisieron emprender un nuevo viaje y que yo los acompañara. Yo, que no quería, les pregunté: «¿Qué habéis ganado en vuestros viajes para que yo desee unirme a vosotros?». Ellos insistieron, pero yo no me avine. Y, en lugar de viajar, mantuvimos nuestros negocios durante un año, sin que ellos dejasen de proponerme que partiéramos, a lo que yo siempre me negaba. Transcurrido que hubieron otros cinco, accedí a irme con ellos, pero les propuse: «Vamos a contar el dinero que tenemos entre los tres». Para mi sorpresa ellos no disponían de nada; se lo habían gastado todo por su mucha afición a la comida, la bebida y los placeres. En lugar de decirles nada ni hacerles reproche alguno, me

¹⁰ Comienza la historia de «El segundo anciano».

dispuse a calcular cuál era el monto total del dinero y bienes con los que podía contar. Y, como quiera que disponía yo a la sazón de seis mil dinares, les dije: «Con tres mil dinares contamos para mercadear». Y enterré los otros tres mil, para que no me pasara a mí como antes a ellos, sino que pudiéramos, aun en el peor de los casos, abrir de nuevo las tiendas. A ellos les pareció bien, y yo repartí entre nosotros los tres mil que no enterré, mil para cada uno. Hicimos acopio de género y de los pertrechos necesarios para el viaje, fletamos una embarcación y partimos. Un mes entero estuvimos navegando hasta que llegamos a cierta ciudad donde vendimos nuestra mercancía con una ganancia del diez por uno. Cuando ya íbamos a reemprender la travesía, nos encontramos, a la orilla del mar, a una doncella con la ropa hecha jirones, quien me besó la mano y me dijo: «Señor, ¿me haríais una merced por la que, a buen seguro, recibiríais recompensa?». «Sí –le dije yo–, podéis contar con mi favor y merced, incluso aunque queden sin retribuir». «Casaos conmigo, señor –repuso la joven–, y llevadme a vuestro país, pues a vos me entrego; hacedme esa merced, que bien sabré yo pagárosla, y tened por seguro que no os defraudaré». Al oír sus palabras, se me ablandó el corazón ante lo que era un Decreto de Dios, el Santo, el Excelso. De manera que la tomé a mi cargo, la vestí, la alojé lo mejor que pude a bordo, puse a su disposición cuanto era menester y la honré. Al hacernos a la mar, mi corazón le había tomado tanto afecto que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Tan absorto estaba que me olvidé de mis hermanos, quienes, envidiosos de mi suerte, codiciaban mis ganancias con tal ardor que ni pegaban ojo por las noches. Lo cierto es que mis mercancías se habían multiplicado, y ellos, al ver mi riqueza, ansiaban quedarse con todo. Hablaron, pues, de acabar conmigo y adueñarse de lo mío: «Matemos a nuestro hermano, y toda la riqueza será nuestra». Satanás les embelleció lo que planeaban, y una noche vinieron a mí mientras dormía junto a mi desposada y me arrojaron al mar. Desperté ella, se sacudió y resultó ser una *ifrit*. Me rescató del agua y me llevó a un lugar en la costa; me dejó y se ausentó por poco tiempo.

A la mañana siguiente –prosiguió el anciano de los galgos– volvió la joven y me dijo: «Soy yo, vuestra mujer, quien os ha traído aquí salvándoos de una muerte cierta, con la venia del Altísimo. La verdad es que mi condición es la de *yinn*, y nada más veros, mi corazón se enamoró de vos en Dios; porque habéis de saber que creo en Él y en Su Enviado, a quien Dios bendiga y dé la paz. Me acerqué, pues, a vos con la apariencia bajo la que me visteis y me desposasteis. Ahora os he salvado de morir ahogado, y estoy furiosa con vuestros hermanos, a quienes voy a matar». Cuando oí su historia, me quedé admirado, le di las gracias por lo que había hecho y le dije: «Quitarles la vida a mis hermanos no me parece bien». Le conté lo que me había pasado con ellos, de principio a fin, y, después de oír mis palabras, dijo: «Esta misma noche volaré hasta donde estén, hundiré su embarcación y los haré morir». «¡No, por Dios –exclamé–, no hagáis eso! ¿No dice el refrán: “sé compasivo con quien te hizo mal; bastante tiene ya con su maldad”? Además, de todas maneras, hermanos míos son». «Tengo que matarlos», insistió la *yinn*, y yo seguí intentando aplacarla. Al cabo de un rato salió volando llevándome con ella y me dejó en la terraza de mi casa. Abrí las puertas y desenterré las monedas que había ocultado. Presenté luego mis respetos a unos y otros, compré género nuevo y volví a abrir la tienda. Cuando, ya de noche, volví a mi casa, me encontré con estos dos perros, allí atados. Nada más verme, se levantaron ambos, vinieron a mí y se echaron a llorar. Entonces oí a mi esposa decir: «Son vuestros hermanos». «¿Y quién les ha hecho eso?», pregunté. Ella repuso: «Les mandé a mi hermana, que los dejó como veis. Y así seguirán hasta dentro de diez años». Pues bien, mi señor *yinn*, venía yo de camino en busca de mi

cuñada, para que libere a mis hermanos, que llevan ya diez años en ese estado, cuando vi a este honrado mercader, que me contó lo que le había ocurrido. Y no he querido dejar de presenciar la suerte que corría. Esa es mi historia.

—El *yinn* —prosiguió Shahrazad— no tuvo más remedio que reconocer que la historia era maravillosa y dijo, por tanto: «Te concedo un tercio de su sangre». Y tengo noticia de que entonces se adelantó el tercer anciano, el de la mula, y le dijo al *yinn*: «Voy a contaros, mi señor *ifrit*, una historia aún más maravillosa que las anteriores, y, si quedáis conforme, habréis de otorgarme el resto de la sangre del mercader, con lo que habrá satisfecho el precio de su delito». «En eso quedamos», contestó el *yinn*.

PUES SABED, SEÑOR Y CAUDILLO DE LOS *YINNS*¹¹ —comenzó a contar el anciano—, que esta mula era antes mi esposa. Hace ya tiempo, y por motivos que no vienen al caso, hube de emprender un viaje que me tuvo fuera un año entero, al cabo del cual regresé a ella de noche, y me la encontré en la cama con un esclavo negro: ambos se dirigían palabras galantes, se hacían arrumacos, se reían, se besaban, se entregaban a la querella de cuerpos. Cuando mi mujer me vio, se levantó a toda prisa, se me acercó con un cantarillo de agua sobre la que pronunció ciertas palabras, y me asperjó diciendo: «Sal de esa forma y toma la de un perro», y, en efecto, al punto me convertí en perro. Ella me echó entonces de la casa, salí por la puerta y anduve vagando hasta que llegué a la tienda de un carnicero. Me acerqué y empecé a comer de los huesos que allí había. El hombre luego me llevó a su casa. Cuando la hija del carnicero me vio, se cubrió el rostro y le dijo: «¿Venís, padre, con un varón y lo metéis en casa?». «¿Dónde está ese varón?», preguntó el padre. «A ese perro —respondió ella— lo ha encantado su mujer y yo puedo liberarlo». El carnicero dijo: «Debes hacerlo, hija mía». La muchacha tomó un cantarillo con agua, pronunció sobre ella ciertas palabras y me asperjó diciendo: «Sal de esa forma y torna a la tuya propia». Volví, pues, a mi primera condición, la humana, le besé la mano a mi benefactora y le dije: «Quiero que encantadas a mi esposa como ella me encantó a mí». La muchacha me dio un poco de aquella agua y me dijo: «Cuando la veas dormida, aspérla con esta agua y se convertirá en lo que a ti mejor te parezca». Y así lo hice. La encontré dormida, y la asperjé diciendo: «Sal de esa forma y toma la de una mula», y es, desde entonces, esta que veis con vuestros propios ojos, sultán y caudillo de los reyes de los *yinns*. El anciano se volvió entonces hacia la mula y le preguntó: «¿Es cierto lo que he contado?». La mula movió la cabeza asintiendo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras. Su hermana Duniyazad exclamó:

—¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

—No tanto —repuso ella—, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejase vivir.

—No pienso, desde luego —se dijo el rey para sí—, matarla, pues deseo seguir oyendo lo que cuenta, que es maravilloso.

Y durmieron, abrazados, hasta la mañana siguiente. El rey salió hacia la sede de su gobierno, adonde acudieron también el primer ministro y los mandos del ejército. Se abrió la sesión, y el soberano resolvió, puso, depuso, prohibió y ordenó hasta el final de la jornada. Se disolvió entonces el consejo y el rey Shahriar regresó a sus estancias.

¹¹ Comienza la historia de «El tercer anciano».

Y, cuando ya caía la noche 3, y el rey hubo satisfecho su necesidad con Shahrazad, la hermana de esta, Duniyazad, dijo:

–Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando.

–De mil amores –repuso Shahrazad, retomando su relato–. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el anciano de la mula terminó su historia, que resultó ser aún más maravillosa que las dos anteriores, el *yinn*, muy emocionado, le concedió el tercio que quedaba de la sangre del mercader, a quien dejó libre. El hombre se acercó entonces a los tres ancianos y les dio las gracias, a lo que ellos respondieron deseándole la paz y dándole sus parabienes por que hubiera salido indemne de aquel trance, y cada uno de ellos se marchó a su país. Pero aún más maravillosa, si cabe –prosiguió Shahrazad–, es la historia del pescador.

–¿Y cuál –preguntó Shahriar– es la historia del pescador?

–TENGO NOTICIA¹², bienaventurado rey –contestó Shahrazad, iniciando un nuevo relato–, de que hubo un pescador, hombre entrado ya en años, con esposa y tres hijos, y de condición humilde. Tenía por costumbre echar la red cuatro veces al día, ni más ni menos. Un día, a primera hora de la tarde, se acercó a la costa, dejó su cesta en el suelo, se subió los faldones de la camisa para meterse en el agua, lanzó la red y esperó paciente a que se asentara en el fondo. Al cabo de un rato juntó las cuerdas y notó el peso. Trató de tirar de ellas y, al ver que no podía, se fue tierra adentro con un extremo, plantó una estaca y allí lo ató. A continuación se desnudó y, esforzándose con denuedo bajo las aguas, consiguió al fin sacar la red. Muy contento, se vistió de nuevo, fue hacia ella y se encontró con que dentro había un asno muerto que, encima, había desgarrado la red. Al verlo, se entristeció y exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso!». Luego añadió: «¡Vaya ganancia la mía!», y declamó estos versos:

«Tú, que la ruina buscas, de tinieblas rodeado:
si de nada te sirve, ¿por qué te afanas tanto?
¿No ves que el pescador, por buscarse sustento,
se aventura en el mar con los astros por techo,
y con valor afronta los golpes de las aguas
con los ojos clavados de la red en la panza;
por que acaso la noche le ilumine un pescado,
cuya boca el mortal gancho haya atravesado,
para que se lo compre quien, guardado del frío,
de noche duerme en casa, bien comido y tranquilo;
quien, tras sereno sueño, descansado despierta,
habiendo disfrutado de una hermosa gacela...?
Unos viven felices mientras que otros sufren;
lo que pescan los pobres les da a los ricos lustre».

Pronunciado que hubo estas palabras, se dijo a sí mismo: «¡Venga, no desfallezcas, y Dios te ayude a no perder la noble entereza!», y recitó:

«Si el infortunio aprieta, cúbrete con la túnica
de la noble entereza de quienes no se turban.
Solución a tus penas, de los hombres no esperes,
mas pídele al Clemente que castigue a los crueles».

¹² Comienza «El pescador».

A continuación sacó de la red al asno muerto, la estrujó bien y la extendió. Al cabo de un rato bajó otra vez a la orilla, lanzó la red invocando a Dios y esperó paciente a que se asentara en el fondo. Luego tiró de ella y notó que pesaba y costaba moverla, más aún que la vez primera. Creyendo que ahora sí habría peces, ató las cuerdas, se desnudó y buceó alrededor de la red hasta que consiguió sacarla a tierra; pero se encontró con que dentro había una gran tinaja llena de arena y barro. Cuando vio aquello se entristeció, y recitó las palabras del poeta:

«Días crueles, ¡basta ya!
¿No podéis tener piedad?
Ni la suerte me ha tocado
ni me socorren mis manos;
salgo a buscar mi sustento
y menos que nada encuentro.
El torpe a los astros llega
y el sabio eclipsado queda».

Se deshizo de la tinaja, estrujó y limpió la red, pidió perdón a Dios por sus pecados y volvió al mar por tercera vez. Lanzó la red y esperó paciente a que se asentara en el fondo; luego tiró de ella, y lo único que encontró fueron restos de loza, botellas rotas y huesos. El pescador, muy disgustado, repitió entonces las palabras del poeta:

«En lo que hace al Destino ni sueltas ni sujetas,
y nada garantizan el cálamo y las letras.
Si sabes que el azar la dicha la reparte,
disfruta con lo tuyo; lograr más no pretendas...
Mientras que alcanza cimas quien menos lo merece,
al más inteligente su suerte lo condena.
Preferible es la muerte que seguir en un mundo
que enaltece a los patos y al gavilán desdeña.
Cuando hasta el más inútil se hace el amo de un reino,
no extraña que el mejor luche con la miseria.
Hay aves que al alcance tienen cuanto apetecen,
y otras que, por vivir, han de cruzar la tierra».

Luego, levantando los ojos al cielo, exclamó: «¡Bien sabéis, Dios mío, que yo nunca lanzo la red más de cuatro veces, y hoy ya van tres!», y, pronunciando de nuevo Su santo Nombre, lanzó la red y esperó paciente a que se asentara en el fondo. Pasado un tiempo trató de tirar de ella, y, al comprobar que le resultaba imposible moverla, exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!», y recitó:

«¿Qué clase de existencia llevo?
Solo me ofrece sufrimientos.
Si al alba se muestra risueña,
es que con la noche habrá penas...
Pero, cuando buscan dichosos,
hacia mí se vuelven los ojos».

Volvió, pues, a desnudarse y buceó alrededor de la red hasta que consiguió sacarla a tierra. La abrió y se encontró con que dentro había una vasija de latón, llena y con un tapón de plomo

en el que habían estampado el Sello de nuestro señor Salomón¹³ hijo de David, con ambos sea la paz. Cuando el pescador vio aquello, se dijo, muy contento: «La venderé en el mercado del cobre, y me darán no menos de diez dinares de oro». Al moverla la notó pesada, y, tras comprobar que estaba herméticamente cerrada, se preguntó: «¿Qué habrá dentro? Tengo que abrirla y ver lo que contiene; me lo echaré en la alforja y lo venderé». Sacó entonces un cuchillo con el que consiguió desprender el plomo que sellaba la vasija; la puso sobre el suelo y la sacudió para que cayera lo que hubiese dentro. Pero, en lugar de caer nada, lo que le extrañó mucho, de la vasija empezó a salir un humo que ascendió hasta lo más alto del cielo y luego se movió por la faz de la tierra. Salió el humo todo junto, y se convirtió en un *ifrit*, cuya frente, aun con los pies hincados en el polvo del suelo, topaba con las nubes. La cabeza le abultaba más que la cúpula de un gran edificio, sus manos parecían perchas de marinos y sus piernas mástiles; la boca, más que boca, era una cueva, los dientes rocas, las narices calderos y los ojos luminarias; todo, bajo una abundante mata de pelo gris desordenado.

El pescador, al ver a aquel *ifrit* descomunal, se echó todo él a temblar, los dientes le crujieron, se le secó la saliva y se le nubló la vista. Cuando el temible *yinn*, por su parte, vio al pescador, dijo en voz alta: «No hay más que un Dios y Salomón es Su profeta¹⁴». Y luego añadió: «¡Profeta de Dios, os ruego que no me matéis! No volveré a llevaros la contraria ni a desobedecer vuestras órdenes». El pescador le preguntó: «¿Cómo es que dices, *yinn* insurrecto, “Salomón es el profeta de Dios”, por más que Salomón hace ya mil ochocientos años que murió, y ahora estamos al final de los tiempos? Cuéntame tu historia y dime a qué se debe que estuvieras en esa vasija». El *ifrit*, al oír estas palabras, exclamó: «¡No hay más que un Dios! ¡Tengo un importante anuncio que hacerte, pescador!». «Algo bueno será, ¿no?», preguntó el pescador. «Que voy a darte –dijo el *yinn*–, en este punto y hora, la peor de las muertes». El pescador dijo: «Pues por ese anuncio mereces, por muy jefe de los *ifrits* que seas, perder la protección divina. ¡Ay de ti! ¿Por qué has de matarme? ¿Qué puede impulsarte a acabar conmigo, siendo yo quien te ha liberado de la vasija, quien te ha salvado del fondo del mar y te ha puesto sobre tierra firme?». Pero el *ifrit* no se inmutó: «Dime qué muerte prefieres o, en otras palabras, cómo quieres que te mate». El pescador volvió a preguntar: «¿Y qué culpa he cometido yo para llevarme semejante castigo?», a lo que el *ifrit* repuso: «Oye mi historia, pescador». Y el pescador: «Habla, pero que tus palabras sean breves, porque el alma se me sale casi por las narices». El *ifrit* le relató lo siguiente:

SABE, PESCADOR¹⁵, que soy uno de los *yinns* que, con Sajr, mi distinguido congénere, se rebelaron contra Salomón hijo de David, con ambos sea la paz. Mi señor Salomón entonces envió a su ministro, Ásaf hijo de Barjías, a buscarme, y este, valiéndose de una treta, se las arregló

¹³ A Salomón, reconocido como profeta en el Corán, la tradición islámica le atribuye la posesión de un anillo o sello que le confería poder sobre los *yinns*. Varios pasajes coránicos, tales como XXVII (Las hormigas), 17, y XXX-VIII (*Sad*), 36-37, hablan, en efecto, de demonios y *yinns* a su servicio, junto con el viento, las aves y los humanos. En cuanto a la inscripción o grabado de dicho sello, hay, al menos, dos versiones: una tradición, coincidente con lo relatado aquí, afirma que llevaba el nombre de Dios (ya fuese el conocido, *Allah*, ya el desconocido, de gran valor para algunas corrientes esotéricas); otra, en contraste, sostiene que llevaba una estrella de seis puntas, símbolo, que, en consecuencia, se ha utilizado con profusión en sociedades islámicas por las virtudes protectoras que se le suponen.

¹⁴ Esta declaración reproduce la profesión de fe islámica («No hay más que un Dios y Mahoma es Su enviado»), pero ajustándola, según la lógica del relato, al tiempo de Salomón, cuya misión profética era lo más reciente que el *yinn* podía conocer cuando fue encerrado.

¹⁵ Comienza la historia de «El *yinn* encerrado en la vasija».

para conducirme, humillado, a la presencia del profeta y rey. Cuando Salomón me vio, Le pidió a Dios socorro contra mí, y me recomendó que tuviera fe y me sometiese a su obediencia, a lo que yo me negué. Mandó entonces que trajeran esta vasija, me encerró en ella y la selló con un tapón de plomo sobre el que estampó el Nombre Más Grandioso. Hecho esto, los *yinns*, obedeciendo sus órdenes, me cargaron y arrojaron al mar. Allí pasé cien años, al cabo de los cuales me dije: «Si alguien me salva lo haré rico para siempre». Pasaron otros cien y nadie me salvó. Doscientos años llevaba ya, pues, encerrado, cuando me dije: «Quien me salve tendrá todos los tesoros de la tierra», pero nadie me salvó. Transcurridos cuatrocientos años más, me dije de nuevo: «A quien me salve le concederé tres deseos», pero nadie me salvó. Llevado entonces de la ira, me prometí que mataría a quien, a partir de ese momento, me salvara, dejándole elegir, eso sí, cómo había de morir. Tú me has salvado, y yo, en consecuencia, te he preguntado qué muerte prefieres.

Cuando el pescador –siguió contando Shahrazad– hubo oído las palabras del *ifrit*, se lamentó: «¡Qué cosa, Dios mío! ¡Y yo he tenido que venir a salvarte precisamente ahora! Déjame vivir y que Dios te deje vivir a ti; no me mates, no sea que Dios le permita a alguien matarte a ti». «No tengo más remedio que quitarte la vida; dime ya cómo quieres morir», fue la respuesta del *ifrit*. De esta manera el pescador se cercioró de lo que le esperaba, y el *yinn* insurrecto se reafirmó en su intención. Pero el primero insistió: «Perdóname la vida, ya que te he liberado». «Precisamente por haberme salvado es por lo que te voy a matar», repuso el *ifrit*. Entonces dijo el pescador: «¿De manera que te hago un bien, maestro de los *yinns*, y tú me pagas con una iniquidad? No andaba descaminado quien dijo:

Los favores que hicimos con males nos pagaron;
tal es el proceder de las almas rastreras.
El mismo premio obtiene quien ayuda a un extraño
que el infeliz que quiso socorrer a la hiena¹⁶».

Al oír esto, dijo el *ifrit*: «No sigas haciéndote ilusiones, porque te tengo que matar». El pescador rumió para sus adentros: «Este es un *yinn* y yo un ser humano. Dios me ha concedido el pleno uso de la razón; voy, pues, a arreglármelas para acabar, valiéndome de mi astucia y mi entendimiento, con un ser que con tanta maldad se conduce». Y a continuación le preguntó al *yinn*: «¿Estás resuelto a matarme?» «Sí», dijo el otro. «Pues, antes, voy a preguntarte una cosa, y por el Nombre Más Grandioso, que grabado está en el Sello de Salomón, te conmino a que me digas la verdad». «Te la diré –aseguró el *ifrit*, quien, al oír hablar del Nombre Más Grandioso, se turbó y conmovió–. Pregunta, pero sé breve». «¿Cómo puede ser –le preguntó el pescador– que estuvieras dentro de esa vasija, si en ella no te cabría ni un pie ni una mano, tanto menos todo tú entero?». «¿Es que no te crees –preguntó el *ifrit*– que yo estaba encerrado en esa vasija?». El pescador contestó: «No, no me lo creo, ni me lo creeré nunca hasta que lo vea con mis propios ojos».

¹⁶ El relato del hombre que socorrió a la hiena es un equivalente del refrán «cría cuervos y te sacarán los ojos» y se ha utilizado en la literatura islámica para recomendar precaución a la hora de hacer favores. El mismo Muhyiddín Ibn al-Árabi, el gran místico murciano que vivió entre los siglos XII y XIII, se extiende sobre la cuestión, mostrándose partidario de tales precauciones, y recoge unos versos que debían de ser conocidos, donde se cuenta la historia y se hace explícita la moraleja (*Muhádarat al-abrar wa-musámarat al-ajyar*, Beirut: Dar Sáder, s.d., vol. II, pág. 16): «Quien a desconocidos favorece / se expone al mismo fin que el de la hiena. / La acogió al encontrarla ante su umbral, / leche le dio a beber de sus camellas, / y, cuando con el tiempo hubo medrado, / descuartizó a su salvador la fiera. / Así es como pagan los ingratos / la ayuda que otros por bondad les prestan».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 4, Duniazad dijo a su hermana:

–Acaba, si no estás dormida, la historia que nos estabas contando.

Shahrazad reanudó su relato:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el pescador le dijo al *ifrit* que de ningún modo se creería su historia si no lo veía con sus propios ojos dentro de la vasija, el *yinn* se sacudió de repente y se convirtió en humo, que, primero, ascendió por el aire y luego se concentró y fue metiéndose poco a poco en el recipiente hasta que estuvo todo dentro. El pescador se apresuró entonces a cerrar la vasija con el sello de plomo; hecho lo cual le dijo al *yinn* a voces: «¡Elige ahora tú la muerte que prefieras! Te voy a arrojar al mar, y me voy a construir una casa en este lugar, y a cuantos se acerquen a pescar les advertiré que en el fondo hay un *ifrit* desafortunado, que da a elegir entre las distintas maneras de morir a quien quiera que lo haya sacado de su prisión».

Cuando el *ifrit* oyó estas palabras, trató de salir, pero no le fue posible, por estar bajo el influjo del Sello de Salomón. Y, comprendiendo que el pescador le había procurado la más despreciable, sucia e infame suerte que un *yinn* puede sufrir, dijo: «¡Pero si estaba bromeando contigo!». «¡Mientes, vil *ifrit*!», fue la respuesta del pescador, quien cargó con la vasija y se encaminó hacia las aguas. El *yinn* exclamó: «¡No, no!», a lo cual repuso el pescador: «¡Sí, sí! ¡No hay más remedio, no hay más remedio...!».

El insurrecto entonces, bajando la voz, como quien se humilla, preguntó: «¿Qué vas a hacer conmigo, pescador?». El hombre repuso: «Te voy a tirar al agua; puede que hayas pasado mil ochocientos años en el mar, pero ahora voy a hacer que en él te quedes hasta la Última Hora. ¿No te dije: “Déjame vivir y que Dios te deje vivir a ti, y no me mates, no sea que Dios te mate a ti”? Pero tú, como si tal cosa. Hiciste oídos sordos, y lo único que querías era perjudicarme a mí, a tu benefactor. Bueno, pues Dios te ha puesto en mis manos y has caído en mi engaño». El *ifrit* dijo: «¡Ábreme, para que pueda hacerte bien!». A lo que el pescador respondió: «Me estás mintiendo, malnacido. ¿No ves que nos pasa lo mismo que al ministro del rey Jonán y al sabio Royán?». El insurrecto preguntó. «¿Y qué fue lo que les pasó al ministro del rey Jonán y al sabio Royán?». El pescador entonces –prosiguió Shahrazad– contó lo siguiente:

SABE, *IFRIT*, QUE HACE MUCHO TIEMPO¹⁷ hubo en la ciudad de Fars, del país de Rumán, un monarca al que llamaban rey Jonán, inmensamente rico y poderoso, que disponía de nutridas tropas y sirvientes de todas las razas. Pero este rey tenía el cuerpo cubierto por un vitíligo contra el que nada habían podido ni médicos ni sabios, todos cuyos brebajes, polvos y pomadas habían resultado inútiles. Nada, no había cura, le decían. A la ciudad del rey Jonán llegó un hombre de prolecta edad a quien llamaban el sabio Royán, buen conocedor de los tratados griegos, persas, latinos, árabes y siríacos, muy versado tanto en medicina como en las ciencias de los astros, cuyos fundamentos y reglas dominaba, tanto para provecho como para daño. Pocos secretos guardaban para él, en efecto, las propiedades de las plantas, las secas y las frescas, las ponzoñosas

¹⁷ Comienza «El ministro del rey Jonán y el sabio Royán».

y las curativas. Tenía, por si con esto no bastaba, amplios conocimientos de filosofía y de otras muchas disciplinas y artes.

Al cabo de unos días de su llegada a la ciudad, el sabio Royán tuvo noticia del rey y del vítiligo con que Dios lo estaba poniendo a prueba, y en cuyo tratamiento habían fracasado todos los médicos y expertos. El sabio, tras enterarse de ello, pasó la noche ocupado en sus pensamientos, y, en cuanto amaneció la mañana, alumbrando con su luz y resplandor, y el sol al Profeta, Ornato de los agraciados, saludó¹⁸, el sabio se puso sus mejores ropas y entró donde el rey Jonán. Tras besar el suelo, desearle a este que no cesaran su prosperidad y buenaventura, y lisonjearlo con admirable facundia, se presentó a sí mismo y añadió: «Tengo, mi señor, noticia de la desgracia que vuestra majestad sufre en el cuerpo, y de que son muchos los médicos que no han hallado medio de acabar con ella. Yo voy a tratárosla, insigne soberano, sin que tengáis que ingerir ningún brebaje ni untaros pomada alguna». Muy admirado por lo que acababa de oír, el rey Jonán exclamó: «¿No sé cómo lo conseguirás! Pero te prometo que, si me curas, te haré rico a ti y a tus descendientes, te concederé generosas mercedes, todo lo que desees será tuyo, estarás a mi lado y te querré bien». Le obsequió ricos ropajes y otros dones, e insistió: «¿Es verdad que me librarás de esta enfermedad sin medicamentos ni pomadas?». «Por cierto que sí –respondió Royán–: vuestra majestad sanará sin sufrir molestias ni fatigas». Aún más asombrado, dijo el rey: «Todo lo que para mí determines, sabio, se hará en cualquier momento del día. Pero date tanta prisa como puedas». «Así se hará», fue la respuesta de Royán.

El sabio bajó de donde el rey, y en la ciudad alquiló una casa, donde, además de sus libros, puso sus medicamentos y sus drogas. Más tarde, valiéndose de estos y sus muchos conocimientos, ahuecó un mazo de los de jugar al polo, o, por mejor decir, la empuñadura a la que se sujeta al mazo con que se le da a la pelota. Cuando lo tuvo listo, subió a palacio, entró a la presencia del soberano, besó el suelo ante él y le encargó que fuese con su montura al campo de polo. Al rey lo acompañaron sus comendadores, chambelanes, ministros y demás gerifaltes del reino. Y, no bien se hubo sentado el monarca junto al campo de juego, se presentó ante él Royán el Sabio, quien le entregó elartilugio que había preparado: «Tomad, mi señor, este mazo, empuñadlo así como veis, moveos por el campo y golpead la pelota con energía hasta que os sude la palma de la mano, para que el medicamento os pase al resto del cuerpo. Cuando acabéis de jugar y notéis los efectos del remedio, habéis de volver a vuestro palacio, tomar un buen baño, lavaros a conciencia y echaros luego a dormir. Con ello os habréis curado y restablecido». Recibió, pues, el rey Jonán el mazo de manos del sabio, lo agarró con firmeza y montó su cabalgadura. Lanzaron la pelota y el soberano corrió tras ella, la alcanzó y la golpeó fuerte valiéndose del mazo, cuya empuñadura tenía bien asida. Y así siguió hasta que el sudor le corrió por la palma y por todos los miembros, lo cual permitió que el medicamento se le propagara por todo el cuerpo, como tenía previsto el sabio Royán. El cual indicó de nuevo al soberano que volviese a su palacio y se lavase de inmediato. Así lo hizo el rey Jonán, quien ordenó que dejaran libres los baños. Fámulos del servicio y siervos armados porfiaron por ver quién era el más diligente en los preparativos del aseo y vestido del egregio monarca. Este, el rey Jonán, entró en los baños, se lavó a conciencia y se vistió; salió luego, se trasladó a caballo al pabellón donde tenía sus estancias y se echó a dormir. El sabio Royán, por su parte, volvió a su casa, donde pasó la noche. Al día siguiente, de

¹⁸ El original emplea una muy elaborada fórmula en prosa rimada.

mañana, subió adonde el rey y solicitó audiencia, que le fue concedida. Entró, besó el suelo ante el soberano y declamó:

«De teneros por padre la elocuencia se ufana;
nadie más en el orbe tamaña gloria alcanza.
La irradiación que emana de tan regio semblante
borra del peor acaso las tenebrosidades.
De relucir no cesa vuestro rostro risueño,
para hacer invisible la dura faz del Tiempo.
De vos he recibido tan cumplidos regalos
como los que reciben de las nubes los campos.
¡Largueza ilimitada, corona de grandeza;
vuestra regia existencia toda cumbre supera!».

Cuando el sabio –siguió contándole el pescador al *yinn* encerrado en la vasija– acabó de declamar el poema, el rey se puso en pie, lo estrechó entre sus brazos, lo sentó a su lado y le donó, de su propio vestuario, las más suntuosas prendas. Y es que el día anterior, cuando el rey salió del baño, se había mirado el cuerpo y comprobado que el vítiligo le había desaparecido sin dejar rastro, que tenía la piel tan pura y blanca como el nácar. Esto le dio gran contento y lo alivió de todo el pesar que le oprimía el pecho. De modo que, como queda dicho, a la mañana siguiente, entró el soberano en su salón, se sentó en su solio real, y a su presencia acudieron los chambelanes y mandatarios, así como el sabio Royán. Cuando el rey lo vio, se levantó enseguida, fue hacia él y lo sentó a su lado. Mesas con suculentos manjares estaban ya dispuestas, y el sabio comió con el monarca y con él siguió toda la jornada. Al caer la noche el rey le entregó al sabio la suma de dos mil dinares, amén de nuevas túnicas, telas y otros ricos presentes; le hizo montar en su propio corcel, y el sabio volvió a su casa. El rey Jonán no salía de su asombro por lo que el otro había hecho: «Me ha curado la piel toda sin untarme pomada alguna... ¡Esto sí que es sabiduría! He de colmar de honores y agasajar a este hombre, y hacer de él mi continuo contertulio y compañero». Y aquella noche el rey Jonán la pasó feliz y contento, libre ya de su enfermedad.

A la mañana siguiente el monarca salió de sus estancias privadas y se sentó en su trono; delante de él estaban, de pie, los principales del reino, y, a su derecha e izquierda, comendadores y ministros, todos estos sentados donde les correspondía. Hizo que compareciese el sabio Royán, el cual accedió, en efecto, al salón del trono y besó el suelo ante el rey. Este se levantó, sentó al sabio a su lado como la vez anterior, comió con él, le deseó larga vida y volvió a regalarle prendas de ropa y otros valiosos objetos, y no dejó de conversar con él hasta que cayó la noche. El rey mandó entonces que le hicieran entrega de cinco suntuosos mantos, así como mil dinares, y el sabio se marchó a su casa, muy agradecido. Al día siguiente, también por la mañana, el rey fue a la sala del gobierno, donde se sentó, como siempre, rodeado de los comendadores, ministros y chambelanes.

Y afirma el transmisor de la presente historia que el rey Jonán tenía un ministro malcarado y resentido; vil, avaro y envidioso; dispuesto por su natural al rencor y a la inquina. Cuando este ministro vio que el rey había admitido a su privanza al sabio Royán y lo había colmado de regalos, sintió envidia y comenzó a abrigar los peores deseos contra él. Y es que, como suele decirse, «donde hay vida, hay envidia»; o, también: «Maldad siempre hay en el alma; si el señor de ella hace gala, los humildes se la guardan». Pues bien, aquel ministro se puso en pie ante el rey, besó el suelo y dijo: «Majestad, señor de nuestra hora y nuestro tiempo, cuya beneficencia alcanza a

todos nosotros, quisiera daros un buen consejo, tal que si me lo callara y os lo ocultara sería yo un hijo de mala madre. Si mi señor me ordena hablar, se lo declararé». El rey, incómodo con este preámbulo, preguntó: «¿Y cuál es tu consejo?». «Como decían, señor de nuestra era, los antiguos paganos, “quien no se anda con tiento pierde el favor del Tiempo”. He tenido ocasión de ver cómo vuestra majestad se ha volcado en atenciones hacia su peor enemigo, quien solo busca la ruina del reino. He visto cómo vuestra majestad le concede mercedes, cómo lo agasaja sin medida, cómo lo admite a su más íntima privanza. Y temo por vuestra egregia persona». El rey, tan inquieto ya que palidecía, preguntó: «¿Y quién es, según tú, ese enemigo mío a quien he concedido mercedes?». «Señor, si estáis dormido, os ruego que despertéis; me refiero al sabio Royán». El rey contestó: «Royán es mi amigo y la persona a quien más aprecio tengo, pues me ha curado con algo que solo tuve que tomar en mi mano, librándome así de una enfermedad contra la que nada habían podido tantos médicos. Nadie hay en esta era como él, ni al este ni al oeste. ¿Cómo te atreves a hablar así contra Royán? Desde el mismo día de hoy le voy a asignar unas rentas de mil dinares al mes; y la verdad es que, si le diera parte de mi reino, aún me estaría quedando corto. Lo que te mueve es la envidia, tal como sé que le ocurrió al rey Sindbad. Relatan –aunque Dios lo sabrá mejor– que...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana exclamó:

–¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

–No tanto –repuso ella–, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejara vivir.

A lo que el rey se dijo:

–No pienso matarla, para poder oír lo que quede de la historia, que es maravillosa.

Se quedaron luego los tres dormidos, y pasaron la noche abrazados. Ya de mañana, el rey fue a la sede de su gobierno, donde presidió la sesión de su consejo. Resolvió, puso y depuso, prohibió y ordenó hasta el final de la jornada, cuando se disolvió el consejo y pudo volver a su residencia. El día llegó a su fin y el rey satisfizo su necesidad con la hija del ministro.

Y, cuando ya caía la noche 5, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, según el pescador, el rey Jonán dijo a su ministro: «A ti, ministro, te ha entrado envidia de este sabio y quieres que lo mate, de lo que yo me arrepentiría, tal como el rey Sindbad se arrepintió de haber matado al halcón». El ministro dijo: «Perdonadme, rey de nuestra era, pero ¿cómo fue eso?». El soberano relató lo siguiente:

SE CUENTA, PERO DIOS LO SABRÁ MEJOR¹⁹, que hubo un rey de los persas, amante del ejercicio y el aire libre, de la caza y la montería, que tenía un halcón adiestrado del que no se separaba ni de día ni de noche. Tan es así que dormía con el ave apoyada en su muñeca, y, cuando salía de caza, lo llevaba siempre consigo, provisto de una taza de oro que le pendía al ave del cuello, para que de ella bebiera. Pues bien, estaba un día el rey tranquilamente sentado cuando el maestro cetrero se presentó ante él y le dijo: «Majestad y señor de nuestra era, es hora ya de salir de

¹⁹ Comienza «El rey Sindbad».

caza». El rey se aprestó para partir, y se colocó, como solía, el halcón en la muñeca. Empezaron la marcha y llegaron a una torrentera donde plantaron la red, en la que no tardó en caer una gacela. El rey exclamó: «¡A quien la deje escapar lo mato!». La gacela en ese instante se alzó sobre sus cuartos traseros y dobló los delanteros bajo su pecho, como si quisiera besar el suelo ante el soberano. Este fue a inclinarse entonces sobre animal, que, dando un salto por encima de la cabeza del rey, huyó perdiéndose de vista por los matorrales. El soberano se volvió hacia sus hombres y se dio cuenta de que estaban haciéndose señas y mirándolo a él: «Ministro, ¿qué están murmurando esos?». El ministro contestó: «Repiten lo que vuestra majestad ha dicho, que quien deje escapar a la gacela hallará la muerte». «Por mi propia cabeza juro –repuso el rey– que le daré alcance y volveré con ella». Y, no bien lo hubo dicho, salió en persecución de la gacela y no se detuvo hasta alcanzarla. El halcón voló hacia la presa y comenzó a darle picotazos en los ojos hasta dejarla ciega y sin sentido. Por su parte, el rey tiró la maza, le acertó y el animal cayó derribado. El ilustre cazador desmontó, degolló a la gacela, la desolló y la colgó del arzón de su silla. Era –prosiguió el rey Jonán– la hora más calurosa del día, y el lugar, un secarral donde no había ni gota de agua; el rey tenía sed y también su caballo. El soberano dirigió la vista hacia un punto y vio un árbol del que goteaba una suerte de grasa derretida; se acercó y, con la mano enguantada en cuero, tomó la taza que pendía del cuello del halcón y la llenó con aquel líquido, que se acercó a la boca. El ave le dio un golpe a la taza con el pico y la volcó. Tomó el rey de nuevo la taza, que volvió a llenar, y, creyendo que el halcón también tenía sed, se la ofreció, pero el ave hizo lo mismo: darle con el pico y volcarla. Irritado con el halcón, el rey tomó por tercera vez la taza y se la ofreció a su caballo, pero el halcón volvió volcarla, ahora con un ala. El soberano exclamó: «¡Dios te confunda, ave de mal agüero! ¡Me has impedido beber a mí, luego a ti mismo y por último al caballo!», y de un golpe de espada le cercenó las alas al halcón, que levantó la cabeza, como si quisiera indicarle: «¡Mirad lo que hay sobre el árbol!». El rey alzó en efecto los ojos y vio que sobre el árbol había una serpiente, y que lo que se derramaba era su veneno. El rey, arrepentido de haberle cortado las alas al halcón, se puso en pie, montó su caballo y, cargando con la gacela, regresó al lugar donde habían plantado la red, y una vez allí le lanzó la carne del animal al cocinero. «¡Toma, prepárala!», le ordenó. Hecho lo cual, se sentó en su silla con el halcón en las manos. El ave soltó un estertor y murió. El rey gritó entonces de pena y de dolor, por haber matado al halcón que lo había librado de una muerte segura. Y esa es la historia –concluyó el rey Jonán– del rey Sindbad.

Cuando el ministro hubo oído las palabras de su señor, le preguntó: «¿Y qué he dicho yo para que su egregia majestad se lo tome tan a mal? Lo único que me mueve es mi inquietud por la suerte que podáis correr. Considerad, mi señor, que, si me hacéis caso, os salvaréis, y, si no, pereceréis como pereció el ministro que quiso engañar a cierto príncipe». Y relató lo siguiente:

SEPA VUESTRA MAJESTAD²⁰ que hubo un rey cuyo hijo era muy dado a la caza y la montería. Dicho soberano tenía un ministro a quien ordenó que velase por su hijo en todo momento. Cierta vez salió el príncipe de caza, y con él, el ministro de su padre. Una vez que la partida se hubo alejado de palacio, vieron sus componentes un animal de gran tamaño, y el ministro dijo al príncipe: «¡Vuestra es la presa: id por ella!». El joven salió detrás hasta desaparecer él mismo y

²⁰ Comienza «El príncipe y la hembra de *guls*». De los *guls*, que en la noche 765 veremos que se definen como «los ogros que se alimentan de carne humana», y a los que en la noche 551 se tilda de «demoníacos», hemos hablado por extenso en la introducción.

perder el rastro del animal por aquellos parajes. Sin saber qué hacer ni a dónde ir, vio de pronto, en la punta del camino, a una doncella llorando, a quien preguntó: «¿Quién sois?». «Soy la hija –repuso ella– de cierto rey de la India; iba por estas soledades cuando me entró sueño, caí del caballo y quedé sin sentido, y ahora estoy sola y perdida». Conmovido por las palabras y situación de la joven, el príncipe la subió a la grupa de su montura y prosiguió la marcha. Al pasar junto a unas ruinas, la muchacha le dijo: «Señor, tengo que hacer una necesidad». Él la dejó bajar y alejarse. Al ver que tardaba y tras haberla esperado por un tiempo, se fue a su zaga y la alcanzó, sin ser notado. Se dio cuenta entonces de que la muchacha era en realidad una hembra de *gul* que les estaba diciendo a sus crías: «Hijos míos, os he traído a un muchacho bien gordo». «¡Sí, madre, traédnoslo, que nos lo zampemos entero!», le respondieron ellos. Cuando el príncipe oyó aquello, viendo la muerte tan cerca, se echó a temblar de miedo y volvió sobre sus pasos. Salió entonces la *gul*; lo vio allí, tan aterrorizado que se estremecía todo él, y le preguntó: «¿Qué es lo que te asusta tanto?». «Tengo miedo –respondió él– de lo que cierto enemigo mío pueda llegar a hacerme...». «Me has dicho que tu padre es rey». «Así es». «Entonces –dijo la *gul*–, ¿por qué no le das a tu enemigo algo de dinero para que se quede contento?». «Mi enemigo no se va a conformar con dinero ni riquezas, sino con mi vida. Por eso tengo miedo: soy hombre perdido». La *gul* repuso: «Si estás perdido como dices, pídele a Dios socorro contra quien te quiere mal, y Él te evitará toda perturbación». El príncipe alzó los ojos al cielo: «¡Vos, Quien a los necesitados respondéis, siempre que con fe Os lo piden, y les evitáis toda perturbación, asistidme contra mi enemigo, apartadlo de mí, ya que todo lo podéis». Cuando la *gul* oyó aquellas palabras, se apartó del príncipe, quien volvió adonde su padre y le contó lo sucedido. Y el rey hizo responsable al ministro del peligro en que el joven se había visto, y lo mató.

Y el ministro del rey Jonán dijo, a modo de conclusión: «Tenga vuestra majestad la certeza de que, cuanto más os fieis del sabio Royán, más pie le estaréis dando a que os haga daño; pues cuanto más generoso seáis con él y más cerca lo tengáis, tanto más fácil le será a él planear vuestra muerte. ¿No habéis visto cómo os ha curado la piel? Temed, pues, que acabe con vos valiéndose de un objeto que os ponga en la mano». A esto repuso el rey Jonán: «Me parece que tienes razón, ministro...; sí, acaso tus advertencias sean adecuadas. Ese sabio bien puede ser un agente de alguno de mis enemigos y haberse acercado a mí con la intención de acabar conmigo. Y, si es cierto que me curó valiéndose de algo que toqué, bien podría matarme incluso con algo que me diera a oler». Luego el rey le preguntó: «Ministro, ¿qué conviene, pues, hacer?». «Mandad por él ahora mismo, hacédle venir y, cuando llegue, cortadle el cuello. Así os libraréis del mal que pueda ocasionaros y os quedaréis tranquilo. Antes de que él os traicione, traicionadlo vos a él, majestad», aconsejó el ministro envidioso. «Sí, tienes razón, ministro, no me cabe duda», admitió el rey Jonán. Llamó entonces el monarca al sabio, que acudió contento a su presencia, sin saber lo que el Altísimo tenía decretado para él. Ya lo dijo el poeta:

Lo que esté por venir algún día, no temas;
 ¿Acaso no confías en Quien tendió la tierra?
 Torcer la voluntad no hay criatura que pueda
 de Quien Sus ricos dones a Su creación no niega.

Por su parte, el sabio Royán recitó ante el monarca los siguientes estos versos laudatorios:

«Si algún día las gracias no os diese, como debo,
de nada servirían mis prosas ni mis versos.
Me habéis, sin yo pedíroslos, concedido regalos,
que siempre, sin excusa, puntuales me han llegado.
¿Y no iba yo a loaros como bien merecéis,
en secreto y en público, por vuestro gran valer?
Bendita sea por siempre vuestra noble largueza,
que los hombros me carga y mi labia aligera».

A los que enseguida añadió, a propósito de los decretos divinos:

«Deja tus cuitas estar,
ponte en manos de tu sino,
que a la vuelta del camino
las penas olvidarás.

¡Cuántas veces de un revés
has sacado beneficio!
Lo que Dios haya querido
considéralo tu bien».

Y en esta misma vena:

«Ponlo todo en las manos del Sabio, del Experto,
y del dolor del mundo descárguese tu pecho.
Mira que a tus deseos no se somete nada,
y que Dios tiene siempre la última palabra».

Y asimismo:

«Debes sobrellevar tu pesar con paciencia,
e impedir que las ansias te perturben el ánimo.
Dichosos quienes viven sin inquietud ninguna;
los designios humanos resultan siempre vanos».

Bien, pues cuando el sabio Royán se hubo presentado ante el rey, este le dijo: «¿Sabes por qué te he hecho comparecer ante mí?». El sabio repuso: «Lo que los ojos no ven solo Dios, el Supremo, lo conoce». «Te he traído para matarte», dijo el rey. Consternado por estas palabras, el sabio preguntó: «¿Y por qué va a matarme vuestra majestad? ¿Cuál es la culpa que se me imputa?». «Me han informado –contestó el rey– de que eres un agente de mis enemigos y has venido con la intención de acabar conmigo. Pero voy a ser yo quien tome la delantera». Dicho lo cual, el rey le dio una voz a su verdugo: «Córtale el cuello a este traidor, líbranos de su maldad». El sabio rogó: «Dejadme vivir y que Dios os deje vivir a vos; no me matéis, no sea que Dios os mate a vos», y a continuación –siguió contando el pescador– le dirigió las mismas palabras que yo te dirigí antes a ti, *ifrit*, para que me dejaras vivir. Pero, igual que tú antes, tampoco el rey Jonán se dejó conmovir, pues le contestó al sabio Royán: «No estaré a salvo más que si te mato, ya que, si me curaste con algo que tomé en mi mano, también podrás matarme con algo que me des a oler o por cualquier otro procedimiento». «¿Esta es, majestad –dijo el sabio–, la recompensa que me dais, pagarme el bien con mal?». «Tengo que matarte ahora mismo», insistió el rey. Cuando el sabio tuvo la certeza de que su fin estaba cerca, se echó a llorar y lamentó

haberle hecho el bien a quien no lo merecía. Sobre este tema, el de las precauciones que se han de tomar, dijo el poeta:

Sensatez a Maimuna no diréis que le sobra,
por más que fue su padre la cordura en persona,
a quien jamás se vio, ni en seco ni en mojado,
andar a la ligera, por no dar un mal paso.

El verdugo se acercó entonces al sabio, le vendó los ojos, desenvainó su espada y dijo: «¡Cuando su majestad lo ordene!». Por su parte, el sabio le rogó de nuevo al rey, entre lágrimas: «Dejadme vivir y que Dios os deje a vos vivir; no me matéis, no sea que Dios os mate a vos», y recitó:

«Seguro que mi muerte contentará a los viles;
la causa de mi ruina fue dar un buen consejo.
Si vivo, cambiaré, y, si es mi último día,
sírvale al bondadoso de efectivo escarmiento».

El sabio insistió: «¿Es esta la recompensa que me dais, el mismo pago que se llevó el cocodrilo?». El rey preguntó: «¿Y cuál es la historia del cocodrilo?». «No puedo –repuso el sabio– contárosla ahora, en la situación en que me hallo. Pero, por Dios os lo suplico, perdonadme la vida, y así el Supremo se la perdone a vuestra majestad». Dicho lo cual, el sabio volvió a echarse a llorar con gran amargura. Entonces se levantó uno de los privados del rey y dijo: «Señor, concededme la sangre de este hombre, porque no le hemos visto cometer culpa alguna con vuestra majestad, sino que, al contrario, os ha curado de vuestra enfermedad, contra la que nada pudieron médicos ni sabios». «Vosotros –dijo el rey– no sabéis por qué mato a este hombre, pero voy a decíroslo: si le perdono la vida, puedo darme por muerto con toda certeza. Quien me curó de mi enfermedad con algo que toqué puede perfectamente matarme con algo que me dé a oler. Temo que acabe conmigo a cambio de algún estipendio que le tengan prometido, porque debe de ser un agente de alguien que me quiere mal. Solo si lo mato podré quedarme tranquilo». El sabio volvió a suplicar: «Perdonadme la vida y que Dios os la perdone a vos; no me matéis, no sea que Dios os mate a vos».

Y sabe, *ifrit* –continuó el pescador, dirigiéndose al *yinn*, que seguía encerrado en la vasija–, que, cuando el sabio tuvo por cierto que el rey iba a matarlo, le dijo: «Majestad, si no hay modo de evitar que me matéis, os pido que me deis algo de tiempo, para que pueda bajar a mi casa, poner orden en lo mío, dejar dichas mis últimas voluntades, y asimismo regalar mis libros. Tengo uno en especial que legaré a vuestra majestad para que lo guarde, como oro en paño que es, en la biblioteca de palacio». «¿Y qué libro es ese?», preguntó el rey. «Sería imposible –contestó el sabio– daros cuenta cabal de todo su contenido... Baste con decir que la menor de las virtudes que encierra es la siguiente: una vez, majestad, que me hayáis mandado decapitar, abrid el libro por la tercera hoja y leed la tercera línea de la página que quede a vuestra izquierda, y al punto mi cabeza empezará a hablar y contestará cuantas preguntas le hagáis». El rey, en el colmo del asombro y estremeciéndose de la emoción, preguntó: «¿Tu cabeza hablará después de que te la haya cortado?». «Sí, majestad, en virtud de prodigiosas fuerzas», contestó el sabio, a quien el rey mandó ir bajo vigilancia.

El sabio volvió, pues, a su casa, y todo aquel día y el siguiente los pasó resolviendo sus asuntos, y, cuando hubo terminado, compareció en el consejo que se celebraba ante el trono regio. Otro tanto hicieron los comendadores, ministros, chambelanes, gobernadores y demás gerifaltes, en número tal que más parecían las flores de un vergel. El sabio, pues, entró donde el rey y se paró ante él, con un libro viejo y un frasquito de perfumista en el que había unos polvos. Royán se sentó y dijo: «Traedme un plato». Se lo trajeron y el sabio volcó en él los polvos, que extendió con cuidado. Entonces, dirigiéndose al rey, dijo: «Tomad este libro, majestad, pero no hagáis nada antes de cortarme la cabeza. Cuando me la hayáis cercenado, ponedla en este plato y ordenad que la restrieguen bien contra estos polvos; con ello se cortará la hemorragia. Luego abrid el libro». El rey ordenó que le cortaran el cuello al sabio. El verdugo se levantó y le dio un tajo en la nuca; luego tomó la cabeza, la colocó en el plato y la restregó contra los polvos. En ese instante volvió en sí la cabeza del sabio Royán y dijo: «Ahora puede abrir el libro vuestra majestad». El soberano fue entonces a abrirlo, pero se encontró con que las hojas estaban pegadas unas con otras. Se puso, pues, el dedo en la boca, se mojó la punta con saliva, y fue pasando las hojas una a una: la primera, la segunda y la tercera, que solo pudo ir despegando con esfuerzo. Cuando llegó a la sexta hoja, sin haber encontrado escritura de ninguna clase, exclamó: «¡Aquí no hay nada escrito, sabio!». «Seguid hojeándolo un poco más», dijo el decapitado. Así lo hizo el rey. Y, apenas había despegado otras tres hojas, el veneno con que estaba el libro untado se le propagó por el cuerpo. El monarca, ya entre convulsiones, exclamó: «¡Me has envenenado!». El sabio Royán recitó:

«Proceden en sus vidas como si eternos fuesen,
pero todo dominio se desvanece siempre.
Si justicia impartieran, hallarían justicia;
mas son viles tiranos, que el Sino tiraniza.
El día ha de llegar en que hablarán los hechos:
“¡Vaya esto por aquello! Y ha sido justo el Tiempo...”».

Y en el momento –fue concluyendo el pescador– en que el sabio Royán terminó de hablar el rey cayó muerto. Sabe, pues, *ifrit*, que si el rey Jonán hubiese dejado vivir al sabio Royán, también Dios le habría dejado vivir a él; pero, como no quiso y ordenó que lo mataran, Dios lo mató a él. Aplícate, pues, el cuento: si me hubieses dejado vivir, Dios te dejaría vivir a ti.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana Duniazad exclamó:

–¡Qué grato es lo que cuentas!

–No tanto –repuso ella–, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejase vivir.

A gusto y contentos durmieron aquella noche. Ya de mañana salió el rey hacia la sala del trono, y, cuando se disolvió el consejo, regresó a palacio y se reunió con los suyos.

Y, cuando ya caía la noche 6, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el pescador le hubo dicho al *ifrit*: «Si me hubieses perdonado la vida, te dejaría yo ahora vivir a ti, pero, como todo lo que querías era

matarme, voy a tirarte al agua y a dejarte morir encerrado en la vasija»; el *yinn* insurrecto dijo a grandes voces: «¡Dios quiera que no lo hagas, pescador! ¡Concédeme la vida y no me tomes en cuenta mis palabras! Es cierto que quise perjudicarte; sé tú ahora magnánimo. Seguro que conoces el refrán que reza “sé bondadoso con quien te hizo mal, bastante tiene ya con su maldad” y otros muchos parecidos. No hagas como hizo Umama con Átika». «¿Y qué fue –preguntó el pescador– lo que les pasó?». El *ifrit* repuso: «No es este momento de historias, pues estoy encarcelado; si quieres que te lo cuente, habrás de soltarme». «¡Ni hablar! Ya me he decidido –insistió el pescador– a arrojarte al mar; no hay modo de que te libres. Yo te pedí compasión, te supliqué, y tú, dale que dale con matarme... Y eso que yo no había incurrido en culpa alguna ni te perjudiqué en lo más mínimo. ¡Todo lo contrario! Fue un bien lo que te hice al sacarte de tu prisión. De modo que, al portarte conmigo como te has portado, he sabido que eres perverso de raíz. Y ten presente que, si te arrojo al mar, lo haré solo para que esté advertido quien pueda encontrarte, te eche al agua otra vez y en el fondo te quedes hasta que te llegue tu hora, después de haber sufrido terribles tormentos». El *ifrit* suplicó: «Déjame libre, pues este es tiempo de hombres cabales. Me comprometo a no hacerte mal, sino a favorecerte de modo duradero». El pescador le hizo prometerle que, si lo soltaba, no recibiría de él daño alguno, sino favores, y cuando hubo comprometido al *yinn* por la fe, pues lo obligó a jurar por el Nombre Más Grandioso, lo liberó.

El humo comenzó entonces a elevarse hasta que salió todo y tomó la forma de un *ifrit* de muy mala pinta, que le dio a la vasija tal puntapié que salió esta despedida con fuerza y vino a caer en las aguas. Cuando el pescador vio aquello, tuvo la certeza de que su muerte estaba próxima, se orinó encima y dijo: «No es buena señal». Pero hizo de tripas corazón y se dirigió al *yinn*: «Bien sabes, *ifrit*, que Dios, el Supremo, dijo en el Corán: “Cumplid los pactos, pues se os preguntará por ellos”. Te has comprometido conmigo y jurado que no me traicionarás. Si ahora rompes tu promesa, recibirás el castigo de Dios, Quien es celoso, Quien es paciente pero no olvida. Recuerda que te dije lo mismo que el sabio Royán al rey Jonán: “Déjame vivir y que Dios te deje vivir a ti”». El *yinn* soltó una risotada, echó a andar y ordenó: «Sígueme, pescador». Y así lo hizo este.

Sin saber, pues –continuó Shahrazad–, si se salvaría o no, el pescador se fue detrás del *ifrit*, y, alejándose de los límites de la ciudad, subieron primero un monte y luego bajaron a un espacioso terreno, en medio del cual había una alberca llena de agua. El *ifrit* se paró al borde y le ordenó al pescador que echara la red. El hombre miró hacia la alberca, donde había peces de distintos colores: blancos, rojos, azules y amarillos. Admirado por ello, el pescador lanzó la red y al tirar de ella vio que acababa de pescar cuatro peces, cada uno de un color distinto. El pescador se alegró y el *ifrit* le dijo: «Lléveselos al rey, regáloselos, y él te hará rico. Y por Dios te pido que aceptes mis disculpas, pues era grande mi desconcierto después de haber pasado en el fondo del mar mil ochocientos años. No olvides que, en esta alberca, debes pescar solo una vez al día, y queda con Dios». Dicho esto, el *yinn* golpeó con los pies la tierra, y esta se abrió y lo engulló.

El pescador tomó el camino de la ciudad, asombrado por cuanto le había sucedido con el *ifrit*. Sin soltar la captura, entró en su casa y buscó una jofaina; la llenó de agua y puso en ella los peces, que comenzaron a bullir. Se colocó luego la jofaina en la cabeza y se dirigió hacia el palacio real, como el *ifrit* le había indicado. Logró acceder a presencia del rey y le ofreció los cuatro peces. El soberano no salía de su asombro con el regalo del pescador, pues no había visto en su vida nada como aquello, ni en atributos ni en apariencia; y dijo: «Entregadle esos peces a la

sierva cocinera», refiriéndose a cierta esclava que le había regalado el rey de los bizantinos hacía tres días, y cuyos platos aún no había él probado. De modo que el ministro ordenó a la cocinera que los friera y añadió: «Mujer, el rey te manda un recado: “Mis lágrimas las guardo para la adversidad; hoy danos tú solaz con tus buenas artes”. Acaban de traerle este regalo a su majestad». Trasladado el mensaje, el ministro volvió junto al rey, quien le ordenó que le entregase al pescador la suma de cuatrocientos dinares. Así lo hizo el ministro, y el pescador, guardándose el oro en la alforja, se dirigió hacia su casa. Hizo el camino corriendo a todo correr; se caía, se levantaba, volvía a tropezar y pensaba que estaba viviendo un sueño. Se detuvo para comprar lo que los suyos necesitaban y con ello se presentó ante su esposa.

Lo anterior, por lo que respecta al pescador. En cuanto a la esclava cocinera, sépase que tomó los peces, los limpió y puso la sartén al fuego. Dejó que el pescado se hiciera por un lado y, cuando estuvo listo, le dio la vuelta. En ese preciso instante se rajó la pared de la cocina y de ella salió una joven dama de esbelta cintura, cumplidos miembros, mejilla tersa, ojos como de azabache...; muy agraciada, en fin, de rostro y admirable en su figura. Venía tocada de una tela de seda azul con flecos y se adornaba de zarcillos en las orejas, un par de brazaletes en las muñecas y anillos con piedras preciosas en los dedos. Traía, además, en la mano, una vara de junco, que clavó en la sartén diciendo: «Decidme, peces: ¿os mantenéis fieles al pacto?». La cocinera, al ver esto, se desmayó. La de la vara repitió sus palabras dos veces, y los pescados, sacando las cabezas de la sartén, dijeron: «Sí, sí», y declamaron al unísono:

«Si quieres regresar, regresamos contigo;
si abandonar prefieres, también te seguimos».

La misteriosa visitante volcó la sartén y salió por donde había entrado. La pared de la cocina volvió a soldarse y, poco después, se despertó la esclava, que vio los cuatro peces más negros que un tizón. La cocinera recordó entonces las conocidas palabras, que venían que ni pintadas para la ocasión: «No bien entraron en batalla se les quebraron las lanzas», y estaba aún echándose las culpas de lo sucedido cuando el ministro se le plantó, cuan alto era, junto a la cabeza y le preguntó: «¿Y el pescado frito para su majestad?». La esclava se echó a llorar y le contó lo sucedido. El ministro, asombrado, exclamó: «¡Esto es un portentoso!», e hizo venir al pescador, a quien ordenó: «¡Tráenos, pescador, cuatro peces como los primeros!». El hombre fue a la alberca, lanzó la red, tiró de ella y se encontró con cuatro peces como los de la otra vez, que le llevó al ministro. Este se los entregó a la esclava: «Fríelos delante de mí para que pueda ver por mí mismo lo que pasa». La cocinera limpió el pescado y lo puso en la sartén. Pero al punto se rajó la pared y apareció la misma muchacha, vestida como la vez anterior y con la misma vara, que clavó en la sartén diciendo: «Decidme, peces: ¿os mantenéis fieles al antiguo pacto?». Los cuatro pescados levantaron las cabezas y declamaron al unísono:

«Si quieres regresar, regresamos contigo;
si abandonar prefieres, también te seguimos».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 7, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando hubieron hablado los peces, la joven volcó la sartén con la vara, salió por donde había entrado y la pared volvió a soldarse. El ministro entonces, parado donde estaba, dijo: «Esto no podemos ocultárselo a nuestro señor»; fue adonde el soberano y le contó cuanto había presenciado. «Yo también tengo que verlo con mis propios ojos», fue la respuesta del rey. De modo que envió a buscar al pescador, le ordenó que le trajese cuatro peces más, y le concedió un plazo de tres días. El pescador fue a la alberca, pescó de nuevo y le llevó sin demora su captura al rey, quien le entregó cuatrocientos dinares. El monarca a continuación se dirigió al ministro: «Haz la fritura tú, aquí mismo, delante de mí». «Dicho y hecho», contestó el ministro, e hizo que le trajesen la sartén, donde colocó las cuatro piezas, después de limpiarlas. Empezó a freírlas y, cuando les dio la vuelta, se rajó la pared y de ella salió un esclavo negro, grande como un toro, tanto que cualquiera lo habría tenido por un superviviente del extinto y fiero pueblo de los adíes²¹. En la mano traía una rama verde y preguntó, con cuidada y turbadora dicción: «Decidme, peces, ¿os mantenéis fieles al antiguo pacto?». Los peces levantaron las cabezas, respondieron: «¡Sí, sí, seguimos siendo fieles!», y declamaron al unísono:

«Si quieres regresar, regresamos contigo;
si abandonar prefieres, también te seguimos».

Entonces el esclavo se acercó a la sartén, la volcó y se marchó por donde había entrado. El ministro y el rey miraron y vieron que los pescados se habían chamuscado, y el soberano, atónito, exclamó: «¡No podemos quedarnos con los brazos cruzados! Algo raro tiene que haber detrás de esos peces», y mandó que hicieran venir de nuevo al pescador. Cuando este compareció, le preguntó el rey: «¿De dónde has sacado esos peces? ¡Y cuidado con mentirme!». El pescador repuso: «De una alberca entre cuatro alcores, más allá de la gran montaña que domina vuestra ciudad, mi señor». El rey volvió a preguntar: «¿A cuántos días de distancia?». «A media hora solamente, majestad», contestó el pescador. Cada vez más extrañado, el rey dio la orden de que su guardia se dispusiese a salir de inmediato, mientras el pescador no paraba de maldecir, para sus adentros, al *ifrit*.

Los expedicionarios se pusieron en marcha, alcanzaron uno de los alcores y desde allí bajaron a un espacioso terreno que les era desconocido. Pasmados quedaron todos con aquel espacio que se abría entre cuatro promontorios y donde los peces eran de cuatro colores: rojo, blanco, amarillo y azul. El rey detuvo la marcha y preguntó a su séquito y guarnición: «¿Alguno de vosotros conocía esta alberca y este lugar?». Los militares contestaron que no, y, para mayor seguridad, les preguntaron uno por uno a los más viejos de la partida, quienes sentenciaron: «En este paraje no se ha visto jamás alberca alguna». «Pues yo juro que no volveré a entrar en mi ciudad ni a sentarme en el solio de mi reino hasta que no averigüe la verdad sobre esta alberca y estos peces», aseguró el rey, y dispuso que todos hiciesen alto en los alrededores, orden que obedecieron de inmediato. A continuación mandó llamar a su ministro, que era hombre experto, razonable, juicioso y sabio, y le dijo: «Esta noche pienso quedarme solo para averiguar cuanto

²¹ Los adíes son una antigua tribu mencionada en el Corán; su epónimo es Ad, un gigante de la estirpe de Sem, y estaba asentada en la ciudad de Íram, a la que se hace frecuente referencia en *Mil y una noches*. Los adíes recibieron castigo por no hacer caso al profeta Hud, que quiso convertirlos de la idolatría.

pueda sobre la alberca y los peces. Tú te sentarás a la puerta de mi tienda y les dirás a los comendadores, ministros, chambelanes y a cualquiera que pregunte: “El rey está indispuerto y me ha ordenado que no permita entrar a nadie”, de manera que quede en secreto lo que voy a hacer». A esto no pudo el ministro, como es lógico, oponerse. El rey se quitó sus galas y, armado de su espada, logró abandonar el campamento sin ser advertido. Y no paró de andar durante toda la noche. Tampoco al hacerse de día se detuvo, sino que prosiguió su marcha hasta que el calor sofocante lo obligó a descansar. Volvió luego a emprenderla, y caminó todo aquel día con su noche, hasta que, con las primeras luces, distinguió a lo lejos un punto más oscuro. Muy contento, se dijo: «Tal vez encuentre a alguien que me informe sobre la alberca y los peces».

Al acercarse más advirtió que era un palacio levantado en piedra negra, reforzada con planchas de hierro, y que uno de los dos batientes de su puerta de entrada estaba abierto. Satisfecho por ello, el rey se detuvo ante la puerta y la golpeó con suavidad, pero no oyó nada. Volvió a llamar, por segunda y tercera vez, ahora con mayor firmeza, sin obtener respuesta. Dio luego un cuarto golpe, más enérgico todavía, y, al no oír a nadie, se dijo: «Debe de estar vacío». Infundiéndose ánimo a sí mismo, traspasó la puerta que daba a la galería y gritó a grandes voces: «¡Ah del palacio y quienes lo habitan! Soy un forastero, un transeúnte. ¿Tendríais algunos víveres que me ayuden a seguir mi camino?», y repitió sus palabras dos veces más, sin obtener ningún resultado. Se armó, pues, de valor y, tratando de serenarse, avanzó por las sucesivas antesalas hasta llegar al interior del palacio, donde no encontró a nadie. Estaba, sin embargo, dispuesto para ser habitado. En su mismo centro había una fuente sobre la que se alzaban cuatro leones de oro bermejo, que lanzaban por las bocas agua como perlas y gemas; todo ello rodeado de aves, que no podían escapar gracias a la red, también de oro, que habían tendido sobre el patio para ese fin. El rey, al mismo tiempo que asombro, sintió pesar por no ver a nadie que pudiese darle noticias de la alberca, los peces, los alcores y el propio palacio. Y allí se sentó, en aquel patio al que daban varias puertas, a meditar. Enseguida oyó el lamento de un corazón triste, al que siguieron estos versos:

«Ocultarlo querría, pero bien que se muestra,
y en mis ojos el sueño se transforma en desvelo.
Al Amor me dirijo, pues que me da tormentos:
“Ni me endulzas la vida, ni en paz vivir me dejas”.
Piedad merece el joven fuerte que se doblega
de dolor, el pudiente que pierde su sustento.
¿Qué hará, si en la batalla, se ve en riesgo el arquero,
y, al ir a disparar, se le rompe la cuerda?
¿Cómo podrá escapar de la crueldad del Sino
quien afrontar no sabe pesares y peligros?».

Cuando el rey hubo oído aquellos lamentos, se puso en pie y fue hacia el lugar de donde provenían. Se encontró con una cortina echada, que daba a una gran estancia. Alzó la cortina y vio tras ella a un hombre sentado en un diván o tarima que se alzaba un codo por encima del suelo. Se trataba de un joven agraciado, de proporcionados miembros y elocuente lengua, frente tersa, mejilla sonrojada y un lunar en medio de esta como una rodela de ámbar. Se acomodaba, pues, a la descripción del poeta:

La frente y los cabellos de aquel grácil muchacho
son las luces y sombras del mundo que habitamos.

Nunca nada más lindo se ha visto que el lucero
que chispea entre las rosas, bajo aquel ojo negro²².

Reconfortado con el encuentro, el rey dirigió el saludo de la paz al joven, quien permaneció sentado, con el cuerpo cubierto por un manto de seda bordada en oro y un aire de tristeza. Desde su asiento le devolvió el saludo, con gran cortesía, y añadió: «Disculpad, mi señor, que no me levante». El rey dijo: «No tenéis por qué disculparos, joven señor. Más bien debo yo explicaros que me acojo a vuestro asilo impulsado por una necesidad imperiosa, y es que deseo recabar noticias de la alberca, los peces de colores y este palacio. Os ruego, pues, que me las deis, y asimismo me expliquéis la razón de vuestra soledad y llanto». Al oír estas palabras, el joven rompió a llorar con tal desgarró que casi se ahogaba, y recitó:

«A quien tranquilo en dormirar insiste,
mientras con sus vaivenes sigue el Tiempo:
“De Dios el Ojo no conoce el sueño,
y nadie más que Dios por siempre existe”».

Versos a los que enseguida añadió:

«Ponte en manos, confiado, de Quien rige al Destino;
y afronta tus pesares tal y como te vengan.
De lo que ocurrir pueda no busques los motivos,
pues todo lo decide la santa Providencia».

Asombrado por todo aquello, el rey le preguntó: «¿Pero por qué lloráis?». «¿Cómo no voy a llorar hallándome en mi situación?», preguntó a su vez el joven, y, alargando la mano hasta el borde de su manto, lo alzó dejando ver que, desde la cintura hasta los pies, era todo él de piedra; mientras que desde el ombligo hasta el nacimiento del cabello tenía el cuerpo de cualquier ser humano. Cuando el recién llegado monarca vio en qué estado se hallaba su anfitrión, se entristeció mucho y, después de manifestar su dolor, dijo: «Sabed, joven amigo, que no hacéis sino añadir cuitas a mis cuitas, pues si venía yo intrigado por los peces, ahora me abrumba la inquietud que por vos siento. ¡Ay! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Pero daos prisa, os lo ruego, contadme cuanto antes vuestra historia». El joven: «Habéis de prestarme vuestra entera atención». El rey: «Vuestra es, desde luego». El joven: «Pues sabed, que la historia de esos peces y la mía propia es tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría».

ELLO ES, MI SEÑOR²³ —comenzó a relatar el joven hechizado—, que mi padre fue rey de esta ciudad. Se llamaba Mahmud, y era de todos conocido como señor de los Cuatro Oasis, o sea, estos cuatro alcores o promontorios que nos circundan; dominios sobre los que reinó durante setenta años, al cabo de los cuales murió. Accedí yo entonces al poder supremo y me casé con la hija de mi tío, el hermano de mi padre. La dama me profesaba un amor tan grande que, cuando me alejaba de su lado, dejaba ella de comer y de beber. Así, a salvo de cualquier daño, permanecí durante cinco años, hasta que cierto día, ausente mi esposa porque había ido a los baños, le ordené

²² Los dos últimos versos adoptan la forma, usual en la poesía árabe clásica, de la adivinanza: el lucero es el lunar, y las rosas, las mejillas.

²³ Comienza «Los peces de colores».

al cocinero que nos preparara algo de cenar. Luego entré en este pabellón y me eché donde ahora mismo estoy, con dos esclavas a quienes encargué que me abanicaran; una se sentó a mi cabeza y la otra a mis pies. Inquieto por la ausencia de mi prima y esposa, no conseguía yo dormirme. Aunque tenía los ojos cerrados, mi alma seguía despierta, por lo que oí que la sierva sentada a mi cabeza le decía a la otra: «¡Pobre señor nuestro, amiga Masuda, tan buen mozo como es! ¡Qué desgracia que esté casado con esa!». La otra respondió: «Sí, tienes razón, ¡maldiga Dios a las adúlteras! Verdaderamente una persona como nuestro amo, tan modoso él, no es pareja adecuada para esa furcia, que pasa las noches fuera de la cama de su marido». La que estaba a mi cabeza dijo: «Nuestro señor es tan necio, por no llamarlo de otro modo, que ni ha querido preguntar por sus ausencias». La otra repuso: «¡Ni se te ocurra volver a insinuar tamaña barbaridad! ¿Cómo puede el pobre saber lo que hace la señora, que no deja ni un cabo suelto...? No hagas como si no supieras nada de la bebida que nuestro señor se toma cada noche, antes de acostarse. ¿O es que no estás enterada de que ella le pone beleño²⁴, y nuestro señor se queda tan profundamente dormido que está ausente del mundo? ¿Cómo entonces va a adivinar el pobre a dónde va su mujer y lo que allí hace? Bien se encarga ella de que nuestro señor se tome el brebaje, y solo entonces se cambia de ropa y se perfuma la pervertida; luego se ausenta hasta el alba y, cuando vuelve, le hace aspirar al marido por la nariz unos sahumeros que ella misma prepara y lo despiertan».

Cuando hube oído las palabras de las esclavas, las luces se me tornaron sombras, y eso que aún no se había hecho de noche. Enseguida vino mi prima y esposa de los baños, pusimos la mesa, cenamos y pasamos nuestra hora larga departiendo, como teníamos por costumbre. Pidió luego ella que me trajeran la bebida que solía yo tomar antes de acostarme. Me ofreció el vaso y yo, aunque no lo quería, tuve que fingir que me lo bebía como hacía siempre. De manera que lo vacié en mi faltriquera y me tendí a esperar. Poco después fingí que me había quedado dormido y ella exclamó: «¡Eso: duérmete, duerme toda la noche y ojalá no vuelvas a levantarte! ¡Cómo te aborrezco! ¡Qué harta estoy de vivir a tu lado! ¿Cuándo se dignará Dios a llevarse tu alma?». Dicho lo cual, se levantó, se atavió con sus mejores ropas, se perfumó, se ciñó mi espada, franqueó la salida del pabellón y salió. Yo, por mi parte, me levanté y la seguí. Mi esposa cruzó el mercado y llegó a la puerta de la ciudad. Pronunció ciertas palabras en un idioma que no comprendí, cayeron los cerrojos por sí solos, se abrió la puerta, salió y siguió su camino; siempre conmigo a su zaga, pero sin que ella lo notase. Hasta que, pasando por donde la escombrera, llegó a una fortaleza donde había una construcción de adobe rematada en cúpula. Mi prima y esposa franqueó la puerta y entró, y yo me subí a lo alto de la cúpula, desde donde podía mirar.

Pude así ver que el lugar donde entraba era la vivienda de un esclavo negro. Tenía este unos labios tales que podía limpiar de polvo los guijarros, el de arriba como un cobertor y el de abajo como un tapiz; se cubría el cuerpo de andrajos propios de un mendigo y yacía sobre un exiguo montón de paja. Mi prima besó la tierra ante los pies del esclavo, y este, levantando la cabeza, exclamó: «¡Pero bueno...! ¿Por qué has tardado tanto? Han venido los negros, mis primos, a visitarme, han bebido cuanto les ha venido en gana y cada cual ha estado con su coima. Yo, sin embargo, no he querido catar la bebida, ¡por culpa tuya!». «Señor mío –contestó ella– y amado

²⁴ En árabe, *banch*, que es el nombre del *Hyosciamus niger*; el término aparece con frecuencia en *Mil y una noches*, para designar somníferos o narcóticos que unos personajes administran a otros. Puede que no siempre haya que entenderlo en sentido muy estricto, pues acaso se trate de algún otro agente de origen vegetal, o bien de una mezcla, como ocurre a comienzos de la noche 314, donde el beleño (o *banch*, si es que no lo es) se mezcla con opio.

de mi corazón, ¿no sabéis que estoy casada con mi primo, en cuya imagen odio a la creación entera y hasta a mí misma me aborrezco? Si no temiera por vos, no volvería a salir el sol sin que yo redujese la ciudad entera a ruinas que habitaran zorros y lobos, donde solo se oyera graznar de cuervos y ulular de búhos; ni una sola piedra dejaría sobre otra, pues todas las haría trasladar hasta más allá de Monte Qaf²⁵». El esclavo exclamó: «¡Mientes, malnacida! Yo te juro por la valía de los negros, que, dicho sea de paso, no es como la de los blancos, que si llegas otra vez tarde, no volverás a estar a mi vera, ni volveré a ponerme encima de ti, felona. Te crees que puedes hacer conmigo lo que te venga en gana, ¿eh, perra maloliente? Con la blanca más perdida y despreciable tenía yo que ir a toparme...». Tras oír aquellas palabras –prosiguió el joven príncipe– y visto con mis propios ojos lo que allí ocurría, el mundo se llenó de tinieblas ante mí y no supe en qué lugar paraba mi espíritu. Mi prima se levantó y, sin parar de llorar y de rebajarse, le decía a su amado: «¡Amor mío, fruta fresca de mi corazón, a nadie tengo más que a vos! ¿Qué sería de mí, tesoro mío, luz de mis ojos, si me apartarais de vuestro lado?», y llorando y suplicando siguió hasta que el esclavo se mostró indulgente. Mi prima entonces, ya más contenta y de pie ante su amado, se quitó la ropa, incluida la interior, prenda a prenda, y preguntó: «Señor, ¿tenéis algo que pueda comer vuestra sierva?». Él contestó: «Destapa esa olla; verás que contiene un guiso de huesos de ratones; cómetelos masticándolos bien. Luego ve a esa escupidera en la que encontrarás cerveza, y bébetela». Ella, en efecto, comió y bebió de lo que allí había, y, después de lavarse las manos y la boca, se acercó al montón de paja donde estaba el esclavo, y, desnuda como la parió su madre, se tendió a su lado bajo sus mismos andrajos y jirones. Perdida casi la conciencia por lo que acababa de ver, bajé de lo alto del tejado, entré en el cuarto y empuñé la espada que mi prima había traído consigo, con la intención de matarlos a ambos. Acometí primero al esclavo asestándole en el cuello un golpe tal que creí haber acabado con él.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras. Pasaron juntos la noche, y, cuando clareó la mañana, el rey fue a la sede de su gobierno, donde el consejo estuvo reunido toda la jornada. Shahriar luego regresó a su palacio, y Duniazad le dijo a su hermana:

- Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando.
- De mil amores –respondió Shahrazad.

Y, cuando ya caía la noche 8, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven hechizado siguió contándole su historia a su huésped, el rey:

Cuando le asesté el tajo al esclavo, para matarlo, no le corté la arteria, sino solo la piel, la carne y la nuez. Creí haberle dado muerte, pues soltó un ruidoso estertor, pero estaba yo equi-

²⁵ El Monte Qaf es una montaña circular (de ahí tal vez que, con mayor realismo, hable de «los montes Qaf» F. M. Pareja, *Islamología*, Madrid: Razón y Fe, 1952-54, pág. 693), que rodea al mundo material y se halla a gran distancia de este; de gran trascendencia en la simbología mística islámica (véase Annemarie Schimmel, *Las dimensiones místicas del islam*, trad. A. López Tobajas y M. Tabuyo, Madrid: Trotta, 2002, pág. 439), en contextos como el presente representa el lugar más remoto imaginable. En *Mil y una noches* las referencias principales al Monte Qaf están en la noche 495, en un contexto cercano a la escatología popular islámica, y en la noche 658, como lugar donde habitan los *yinns*.

vocado. Mi prima se removió en el lecho. Salí de allí enseguida y, ya en mi pabellón, me fui a descansar. Con las claras del día mi prima, que había devuelto la espada a su sitio, vino a despertarme. Al punto me di cuenta de que se había cortado el pelo y que vestía ropa de duelo. Me dijo: «No te opongas, primo, a lo que voy a hacer, pues he tenido noticia de que mi madre ha fallecido, a mi padre lo han matado en el yihad, y también mis dos hermanos han pasado a mejor vida, uno por una picadura y el otro por un mal paso que ha dado; no puedo sino llorar mi dolor». Ocultándole lo que pensaba, le respondí: «Haz lo que mejor te parezca; yo no me voy a oponer». Ella siguió con su pena, sus llantos y sus lamentos durante un año entero, al cabo del cual me dijo: «Quiero construirme en los terrenos de palacio un mausoleo rematado en cúpula, donde pueda quedarme a solas con mi dolor; lo llamaré Casa de las Penas». «Haz –le respondí– lo que te dé la gana». De modo que mandó levantar un monumento a su duelo, un sepulcro cobijado por una cúpula, y allí trasladó y alojó al esclavo, que seguía impedido y de nada podía ya servirle a mi prima. Si bien era capaz de beber, no había vuelto a hablar desde que lo herí, por más que siguiera alentando, pues el plazo de su muerte aún no se había cumplido. Mi prima iba al monumento dos veces al día, a primera hora de la mañana y al atardecer. Se metía dentro y lloraba junto al esclavo, lamentaba la suerte de este y le daba bebida y sopas. Esto se repitió cada mañana y cada noche hasta que hubo transcurrido el segundo año, sin que yo dejase de observarla. Un día entré de improviso donde ella, y la encontré llorando y dándose de bofetadas en el rostro, mientras se desahogaba: «¿Por qué me habéis dejado tan sola, prenda de mi alma? Habladme, vida mía, decidme algo, mi amor». Y recitó:

«Me habéis dejado sola, sola y agonizante,
con este corazón que es incapaz de amar.
Trasladad mis despojos y dadles sepultura
cerca de donde estéis, allá adonde vayáis.
A los pies de mi tumba llamadme por mi nombre,
y al instante mis huesos responderos sabrán».

Luego, sin parar de llorar:

«El día del encuentro todo se habrá cumplido;
mas, si me desdeñáis, se torcerá mi sino.
Amedrentada duermo, rodeada de amenazas,
pero más que salvarme quiero vuestra compañía».

Y todavía añadió:

«Una vida de gloria disfrutar yo podría;
cual los grandes Cosroes²⁶, tener poder y mando.
Pero para muy poco todo eso me valdría
si alejada de vos hubiese de gustarlo».

Cuando acabó –prosiguió el joven hechizado– de pronunciar estas palabras y de derramar un sinfín de lágrimas, le dije: «Basta ya, prima, de tanto duelo; de nada va a servirte el mucho

²⁶ Se entiende que Cosroes, en plural, designa al conjunto de los emperadores persas de la dinastía sasánida, aunque se los agrupe a todos bajo el nombre de Cosroes Anushirwán, el emperador del siglo VI, que aparecerá más abajo en otras historias.

llorar». «No quieras impedirme que haga mi voluntad; si veo que tratas de ponerme trabas, me mataré y se acabará todo», me contestó ella. Opté entonces por callar en adelante y dejarle hacer a su antojo, y mi prima persistió en sus llantos y lamentos durante un año más. Luego, cuando ya se había cumplido el tercero, entré un día en nuestras estancias de muy mal humor por cierto inconveniente, que vino a agravar aquella tensión continua. Y de manos a boca me topé con ella. Iba mi prima y esposa camino del monumento, como tan a menudo hacía, y diciendo en alta voz: «Ni una palabra me dirigís, mi señor. ¿Cuánto tiempo más habré de esperar vuestra respuesta?». A continuación recitó:

«¿Que está marchito, tumba, quien yo bien quiero es cierto,
que de existir dejó su tierna donosura?
¿Y cómo es que tú, tumba, sin ser vergel o cielo,
cobijo sabes darles al junco y a la luna?».

Al oír aquellos versos y desvaríos, me irrité aún más de lo que estaba, exclamé, sin poder ya contenerme: «¿Hasta cuándo va durar esto?», y recité:

«¿Que está marchito, tumba, quien yo bien quiero es cierto,
¿que de existir dejó su contrahecha figura?
¿Y cómo tú, tumba, sin ser poza o puchero,
cobijo sabes darles al tizne y la basura?».

Al oír mi chanza, dio mi prima un respingo y me espetó: «¡Cuidado con lo que dices, perro! Bien sé yo que tú eres el causante de mi desdicha, que heriste al amado de mi corazón, que acabaste con su juventud y conmigo. ¡Ay, Dios mío! ¡Tres años lleva ya a mitad de camino entre la vida y la muerte!». «¡Sucia ramera, buscona, folladora de esclavos! Sí, en efecto, yo fui quien lo hizo», le respondí yo, y, sin más, tomé la espada, la desenvainé y, blandiéndola en mi mano, me fui para mi esposa con la intención de darle muerte. Cuando ella oyó mis palabras y me vio resuelto a matarla, se echó a reír y dijo: «¡Quita, perro! Bien sé yo que lo pasado pasado está, y lo que está muerto no vuelve a la vida, pero Dios me ha dado poder sobre el culpable de que me estén consumiendo el corazón las incesantes llamas de un fuego inextinguible». Se plantó luego ante mí, pronunció unas palabras que no comprendí y exclamó: «¡Que en virtud de mi magia, se te vuelva de piedra la mitad del cuerpo!». Y en ese mismo instante me transformé en lo que ahora veis. Medio vivo y medio muerto, no pude ya volver a moverme, ni para sentarme ni para levantarme. No contenta con eso, mi prima encantó también la ciudad y, con ella, los mercados y campos. Mis dominios estaban habitados por cuatro grupos: musulmanes, cristianos, judíos y zoroastras²⁷, y a todos los encantó; los peces blancos son los musulmanes; los azules, los cristia-

²⁷ La voz «zoroastra», aceptada en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, Barcelona: Espasa, 2014, s. v., designa al seguidor del zoroastrismo o mazdeísmo, esto es la religión predicada por Zoroastro o Zaratustra y en la que se rinde culto a la divinidad Ahura Mazda (véase Pedro Rodríguez Santidrián, *Diccionario de las religiones*, Madrid: Alianza, 1989, s. v.; y, para una exposición detallada, Jenny Rose, *Zoroastrianism: An introduction*, Londres: I. B. Tauris, 2011). Como se verá, los zoroastras o mazdeístas y lo que representan, como antigua religión irania, desplazada o reducida por el islam, tienen un importante papel en el entramado de ideas expresadas en *Mil y una noches*. Obsérvese que en la presente historia, al describir la sugestiva alberca y sus peces de cuatro colores se pone a los zoroastras en pie de igualdad con los musulmanes, cristianos y judíos.

nos; los rojos, los zoroastras, y los amarillos, los judíos. E igualmente hechizó los Cuatro Oasis, que se convirtieron en los cuatro alcores en medio de los cuales está la alberca que conocéis. Hecho todo ello, se ha dedicado a torturarme a diario. Me da cien azotes con un látigo de piel, hasta hacerme sangrar, y luego me pone, bajo estos ropajes, una camisa de pelo que me cubre la parte superior del cuerpo.

Acabado su relato, se echó a llorar el joven y luego dijo unos versos:

«Con paciencia, Dios mío, Vuestra Orden y Decreto,
para satisfaceros, sin quejas sobrellevo.
No tengo más sostén, dictada la Sentencia,
que la santa familia del último profeta».

El rey volvió a decirle al joven hechizado: «Añadís cuitas a mis cuitas por más que me hayáis aliviado parte de mi pesar», y luego le preguntó: «¿Dónde está esa mujer y dónde la morada del esclavo herido?». «El esclavo –repuso el príncipe– yace en el enterramiento del pequeño edificio rematado en cúpula que habéis visto, y ella se sienta a diario en la sala que hay delante. Cuando va de camino hacia allá, no bien ha salido el sol, se llega a mí, me desnuda y me da un centenar de azotes. Yo me lamento, grito; pero, inmovilizado como estoy, no puedo defenderme. Cuando acaba de administrarme el castigo, le lleva al esclavo bebida y sopa. Volverá de nuevo mañana, con las claras del día». El rey exclamó: «¡Os aseguro, joven amigo, que voy a haceros un servicio tan memorable que pasará a la historia!». Y se sentó a departir con el encantado hasta que fue noche cerrada. Esperó luego pacientemente hasta que apuntó el alba, cuando se quitó el manto, se ciñó la espada y fue adonde el esclavo. Allí vio las velas y lámparas, el incienso y los ungüentos. Se acercó al herido y lo mató de un golpe certero; se lo echó a la espalda y lo llevó al pozo, donde lo arrojó. Volvió luego al monumento, se puso la ropa del esclavo y se acostó en el lecho que hacía las veces de sepulcro, con la espada desenvainada, tan larga como era, a su lado. Al cabo de un rato acudió al pabellón, como solía, la desvergonzada hechicera. Entró en la estancia de su primo, lo desnudó y comenzó a azotarlo. Él se quejó: «¡Ay! ¿No es bastante ya? ¡Ten compasión de mí, prima!». «¿Tuviste tú compasión de mí? ¿Me dejaste vivir, tranquila y contenta, con mi amado?», preguntó ella, y lo siguió azotando hasta perder las fuerzas. Le puso luego la camisa de pelo y la tela por encima, y bajó adonde el esclavo con el vaso de bebida y el cuenco de sopa. Entró en la cavidad que había bajo la cúpula, se lamentó, exclamó entre lágrimas: «¡Habladme, señor y dueño mío!», y recitó:

«Me mata vuestra frialdad...
¿Cuánto más he de llorar?
Mucho dura ya el desvío:
si me odiáis, estáis cumplido...».

Luego, sin dejar de llorar, volvió a suplicarle: «Habladme, señor, os lo ruego». El rey entonces, bajando el tono de su voz, torciendo la lengua e imitando el habla de los negros, exclamó: «¡Ay, ay! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!». Cuando ella oyó estas palabras, gritó de alegría y se desmayó. Al poco volvió en sí y preguntó: «¿Os habéis curado, mi señor?»; a lo que el rey fingiendo debilidad en la voz contestó: «¡No mereces, malnacida, que te hable!». «¿Cómo puede ser eso?», preguntó ella. El rey disfrazado dijo: «Te pasas la vida pegándole a ese y, como

no para de gritar y pedir socorro, no puedo ni pegar ojo. Está siempre suplicando y pidiéndole a Dios que haga algo contra ti. ¡Y da unas voces...! Por eso no me he curado, porque no conozco la paz ni el reposo. ¿Y tú aún esperas que tenga ganas de hablar contigo?». «Pues ahora mismo –aseguró ella–, y con vuestra venia, lo libro del encantamiento». «Sí, líbralo y danos descanso de una vez», dijo el supuesto esclavo. «¡Ahora mismo!», repitió la mujer mientras salía del monumento. Ya en las estancias del palacio, la esposa infiel llenó de agua una taza, pronunció sobre ella ciertas palabras y el agua borboteó y rompió a hervir como un guiso al fuego. Asperjó a su marido con unas gotas, musitó algo incomprensible y exclamó: «¡Por las palabras que acabo de pronunciar, sal de esa forma y vuelve a la tuya propia!». No bien hubo dicho esto, el joven se sacudió, se puso en pie y, muy contento por su liberación, dijo: «Doy testimonio de que hay un solo Dios y de que Mahoma es Su enviado». La mujer entonces le ordenó a grandes voces: «¡Vete y no vuelvas, o te mataré!». El joven salió de allí, y la mujer volvió al monumento, bajó adonde creía que seguía el esclavo y dijo: «Señor, salid para que pueda contemplar vuestra hermosura». La respuesta volvió a llegarle en voz muy débil: «Estarás contenta, ¿verdad? Pues entérate de que te has ocupado solo de las ramas, pero no de la cepa...». «¿Y cuál es, amor mío, mi único señor, la cepa?», preguntó ella. La voz contestó: «¡Pues las gentes de esta ciudad y de los Cuatro Oasis! No hay noche en que los peces no alcen la cabeza para pedirle a Dios contra ti y contra mí. ¿Cómo voy a curarme así? Ve ahora mismo y libéralos. Cuando lo hayas hecho, vuelve aquí y, tomándome de la mano, me ayudarás a levantarme, pues casi me he recuperado del todo». Al oír las palabras del rey, a quien ella tenía por su amado, la mujer exclamó dichosa: «¡Lo que vos digáis, mi señor!». Y echó a correr muy contenta hacia la alberca, de donde tomó un poco de agua».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 9, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la hechicera tomó un poco de agua de la alberca y pronunció sobre ella ciertas palabras incomprensibles. Los peces comenzaron al punto a bullir, sacaron las cabezas, y de golpe se tornaron humanos. De este modo se rompió el hechizo sobre los habitantes de la ciudad, que recobró la vida. Los mercados se animaron de nuevo, cada ciudadano retomó su industria u oficio, y los oasis volvieron a su natural. La hechicera regresó enseguida al lado del rey, a quien seguía tomando por el esclavo, su amado, y le dijo: «Dadme, tesoro mío, vuestra noble mano para que os la bese». Él respondió con baja y bien impostada voz: «Acércate, acércate más», y, cuando ella así lo hizo, el rey empuñó su afilado hierro, la atravesó de pecho a espalda y la partió en dos mitades. Hecho esto, salió del monumento y se encontró con el príncipe, que lo estaba esperando. El soberano le dio sus parabienes, y el joven le besó la mano muy agradecido. El rey le preguntó: «¿Os quedaréis en esta vuestra ciudad o me acompañaréis ahora a la mía?». El príncipe: «¿Sabéis, señor de nuestra era, la distancia que hay de aquí a vuestra ciudad?». El rey: «Poco más de dos jornadas y media». El príncipe: «Majestad, si estáis dormido, despertad: de aquí a vuestra ciudad hay un año como poco; si llegasteis en dos días y medio fue porque la ciudad estaba encantada. Sabed, con todo, señor, que no tengo intención de apartarme de vuestro lado ni un instante». El rey, satisfecho con estas palabras, ex-

clamó: «¡Alabado sea Quien en ti me ha concedido al hijo que no tengo!». Muy contentos ambos, echaron a andar hacia el gran salón del palacio. Una vez allí, el joven desencantado informó a los principales de su reino que lo aprestaran todo para el viaje, pues se había decidido a cumplir con la sagrada Peregrinación. Cuando hubieron hecho los preparativos del caso, que les llevaron diez días, el joven se llegó al rey, cuyo corazón ardía de nostalgia por su ciudad, de donde faltaba desde hacía ya un año, y emprendieron ambos camino, con una guarnición de cincuenta siervos armados, y bien provisto de regalos.

Y durante un año entero marcharon, de día y de noche, hasta que por fin llegaron, sanos y salvos, a la ciudad del rey, a quien salieron a recibir el ministro y los mandos militares, que ya desesperaban de ver otra vez nuevo a su señor. Se adelantaron los principales del reino, besaron el suelo ante el monarca y le dieron la bienvenida. El rey entró, se sentó en su trono y le contó a su ministro todo lo ocurrido. Cuando el ministro lo hubo oído, se acercó al joven príncipe y le dio sus parabienes. El soberano luego repartió obsequios y mercedes, y dijo al ministro: «Tengo que ver al pescador que trajo los peces». Mandaron, pues, a buscar al hombre gracias a quien se había liberado la ciudad de los Cuatro Oasis. Cuando el rey lo tuvo ante sí, le regaló una suntuosa túnica de su guardarropa y, queriendo saber de él, le preguntó si tenía hijos. Como el pescador le contestara que sí, que un varón y dos hembras, el rey tomó a una de ellas por esposa, y el joven príncipe a la otra. En cuanto al hijo varón, el soberano se hizo cargo de él y lo nombró tesorero. Más tarde comunicó a su ministro que lo enviaba a la ciudad del joven, o sea, a los Oasis Negros²⁸, cuyo gobierno le concedía, y adonde partiría acompañado de los cincuenta siervos armados, que portarían regalos para todos los gerifaltes. El ministro le besó a su señor las manos y emprendió viaje, en tanto que el rey y el joven príncipe vivieron tranquilos a partir de entonces. El pescador, por su parte, llegó a ser el hombre más rico de su época y padre de dos hijas casadas, hasta que murieron, con sendos esposos de sangre regia.

–Pero, desde luego –prosiguió Shahrazad–, esto no es tan maravilloso, dónde va a parar, como lo que le ocurrió al ganapán.

–¿Y qué fue –preguntó Duniyazad– lo que le ocurrió al ganapán?

–HUBO EN BAGDAD²⁹ –comenzó a contar Shahrazad– un hombre que era soltero y se ganaba la vida llevando bultos de un sitio a otro. Y estaba el tal cierto día en el mercado, apoyado en su capacho, cuando ante él se paró una mujer que venía ataviada con un manto a la usanza de Mosul, en seda y con doble orla de canutillo dorado. La mujer se descubrió la cara dejando ver sus ojos negros, y unas pestañas y cejas suaves y de perfectos contornos. La dama dejó pasar unos segundos y dijo con toda la dulzura de su timbre y en lengua culta: «Toma tu capacho y sígueme». Sin apenas poder creérselo, el ganapán agarró el capacho; exclamó: «¡Día venturoso, día señalado!», y la siguió hasta que llegaron a la puerta de una casa. La dama llamó y salió un cristiano. Ella le entregó un dinar y recibió a cambio una orza aceitunera del mejor vino, que colocó en el capacho, diciendo: «Carga esto y sígueme». El porteador volvió a exclamar: «¡Este sí que es un día bendito!», se puso el capacho en la cabeza y la siguió. La mujer se paró luego en una frutería donde compró manzanas sirias, membrillos *osmaníes*, melocotones de Ammán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, pepinos del Nilo, limones egipcios, toronjas *sultaníes*, dátiles, albahaca,

²⁸ El paso de «Cuatro Oasis» a «Oasis Negros» es del original.

²⁹ Comienza «El ganapán y las tres jóvenes».

orégano, alheña, manzanilla, amapolas, violetas, flor de granado y rosas silvestres, y lo colocó todo en el capacho del porteador diciendo: «Carga esto también». Así lo hizo él, y la siguió hasta que la joven dama se detuvo donde el carnicero: «Córtame diez libras de carne», le dijo. El hombre cortó la carne. La dama pagó y, después de envolver la carne en hojas de plátano, la colocó en el capacho diciendo: «Carga esto también». Así lo hizo él y la siguió hasta que ella se paró en el puesto de los aperitivos y golosinas. Compró pistachos bastantes para una larga velada, uvas pasas de Tihama y almendras, y le dijo al ganapán: «Carga esto y sígueme». Él volvió a ponerse el capacho en la cabeza y la siguió hasta que la dama se detuvo en la confitería, donde compró una plancha entera de dulces de todas las variedades: masa frita con miel, tanto en lazos como en triángulos, con semillas de abelmosco, bien rellenos estos y recubiertos de gelatina de almendras; pastillas de limón y «de Maimón», «peines de Zéinab», «dedos» y «bocaditos de juez», y lo colocó todo en el capacho. El ganapán le dijo: «Si me hubieseis advertido, habría traído un mulo en que llevar todo esto». Ella sonrió, le dio una palmada en el hombro y le dijo: «Camina a buen paso, habla lo menos que puedas, y, si Dios quiere, serás bien recompensado». A continuación se detuvo en el droguero, al que compró diez frascos de aguas perfumadas: de rosas, de azahar, de nenúfar, de sauce egipcio, etc.; también apartó dos panes de azúcar, un hisopo de abelmosco para el agua de rosas, romero macho, palo áloe, ámbar gris y almizcle, así como velas de Alejandría, y lo colocó todo en el capacho diciendo: «Sígueme». Así lo hizo el ganapán, y ambos emprendieron el camino que los condujo a una casa muy vistosa, de excelente fábrica y considerable altura, con un portón de dos batientes, en ébano reforzado con planchas de oro bermejo.

La joven dama se detuvo ante el portón, se apartó el velo de la cara y llamó con suavidad. Al poco se abrieron los dos batientes. El porteador miró con curiosidad a quien había acudido a abrir y vio a una dama también joven, de talla media y busto generoso; bella, garbosa y bien proporcionada; con la frente tan clara como la mañana, ojos propios de una gacela y cejas cual medialunas de ramadán; mejillas de amapola y una boca que más parecía el Sello de Salomón; el óvalo de su cara nada tenía que envidiarle, en esplendor, al mismísimo plenilunio; sus senos eran como dos granadas bien avenidas, y sobre su vientre se plegaba, cual impronta de escribano, la fina tela de su vestido, dejando adivinar un ombligo en que habría podido verterse una onza entera de aceite de moringa. No exageró, pues, el poeta que la cantó:

¡Es el luciente sol, la luna llena,
el azahar del alcázar, la alhucema!
Jamás como en sus rasgos y cabello
nácares y azabaches se fundieron.
Aunque le envidie la color del pómulo,
la Belleza se suma a mis elogios.
Si camina, me hacen feliz sus nalgas,
mas su cintura me suscita lágrimas.

Esta segunda dama dejó, según afirma el transmisor de esta historia, al ganapán tan estupefacto, que a punto estuvo de caérsele al mozo el capacho de la cabeza. Y exclamó: «¡No he tenido en mi vida un día más colmado de bendiciones!». «¡Bienvenidos!», les dijo, desde el otro lado del dintel, la dama portera a la intendente, o sea, la recién llegada, y al ganapán que acompañaba a esta. Y los tres fueron hasta un amplio salón, de admirable plano y ornato, con pequeñas estructuras y surtidores, asientos corridos, tapices y cámaras ocultas por cortinajes. En medio de

todo había un lecho de sabina con perlas y gemas engastadas, donde, bajo un mosquitero sin desplegar, en raso rojo, con perlas del tamaño de avellanas a modo de botones, reposaba una joven dama de ojos babilonios³⁰ y talante filosófico, esbelta cual letra *álif*, perfumada de ámbar gris, con unos labios de cornalina más dulces que el azúcar, y un rostro que avergonzaría al mismo sol luciente, pues emulaba a los perlados astros o al aljófar de Arabia. Esta tercera dama descendió del lecho y avanzó, cimbreándose, hasta el centro de la sala, donde estaban las otras dos, a quienes preguntó: «¿Qué hacéis ahí paradas? Venga, aliviad la cabeza de ese pobre porteador». Se acercaron entonces la intendente por delante y la portera por detrás y, con la ayuda de la tercera, la que del lecho acababa de levantarse y era a todas luces la principal de la casa, aliviaron en efecto al porteador vaciando su capacho y poniéndolo todo en su lugar. Hecho lo cual, le entregaron nada menos que dos dinares de reluciente oro al mozo. «Vete en paz, porteador», le dijeron. Él se quedó mirando a las jóvenes damas, a quien tantas prendas físicas y morales adornaban, y no recordó haber visto nada mejor, sin que le pasara, además, por alto que no había entre ellas varón alguno. Miró a continuación la bebida, las frutas, los ramilletes de olor y cuanto habían acopiado para una buena velada, y, admirado por todo ello, se resistía a marcharse. La joven le preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Es que te parece poco lo que te hemos pagado?», y, dirigiéndose a su hermana, añadió: «Anda, dale otro dinar». El porteador exclamó: «¡Nada de eso, mi señora! ¿Cómo va a parecerme poco lo que me habéis dado? Si yo, aun con suerte, no gano más de dos monedillas de plata... Son vuestras señorías quienes me preocupan: cómo vivís aquí solas, sin varones que os hagan compañía y os entretengan. Bien sabéis que un minarete no se tiene más que sobre cuatro ángulos, o, como también suele decirse, que el número mínimo para un banquete son cuatro comensales, y a vosotras os falta el cuarto. Además, el bienestar de las mujeres no es completo más que con los hombres. Y ya lo dijo el poeta:

La armonía requiere que haya cuatro instrumentos:
un címbalo, un laúd, un flautín y un salterio.
Alhelíes y mirto, coronarias y rosas:
ramillete perfecto que te alegra las horas.
Amantes y buen vino, riquezas y un vergel:
con eso se conforme quien feliz quiera ser.

»Vosotras –continuó el ganapán– sois solo tres, de manera que os falta un cuarto, que ha de ser hombre juicioso e inteligente, hábil y discreto». Las tres jóvenes quedaron muy impresio-

³⁰ Esta adjetivación de los ojos ha dado lugar a problemas de lectura, y por tanto de traducción, del texto de *Mil y una noches*. Si nos atenemos a la letra árabe, se trata de una calificación derivada del nombre de *Bábel* (con acentuación grave, en árabe), la ciudad iraquí, que se corresponde con la Babel bíblica y la Babilonia de la Antigüedad. Dado que *Bábel*, o tal vez sería mejor decir Babilonia, se asocia con el ejercicio de la magia (como veremos más adelante, en la noche 951), habría que concluir que «babilonios» significa aquí mágicos, fascinantes. Pero el problema no es tan sencillo. En las noches 866 y 870 veremos que los ojos de cierto personaje reciben una calificación muy particular, si nos atenemos a la letra, ya que, en esos lugares, se habla no de «ojos babilonios», sino de «ojos de bulbul», en referencia, si no se trata de una mera confusión, al bulbul o ruiseñor arábigo (a menudo mencionado en la obra, por cierto). Esa confusión posible provendría de la gran similitud de las grafías árabes para babilonio (*babili*) y «bulbulí» (*bulbulí*) o propio del bulbul, que, sobre todo en la letra manuscrita pueden pasar por la misma palabra. Pero, por más que pueda parecer más razonable evocar los ojos de un ave que la alusión a las prácticas de una ciudad de la Antigüedad, el hecho es que la calificación «mirada babilonia» (*tarf babili*) se registra en la gran literatura árabe, fuera de las *Mil y una noches*, por ejemplo en el poeta andalusí del siglo X Ibn Hanī (véase *Diván*, ed. Káram al-Bustani, Beirut: Dar Sáder-Dar Beirut, 1964, pág. 165).

nadas con la perorata del ganapán, y una de ellas contestó, con el asentimiento de las otras: «¿Y dónde vamos a encontrar a ese mirlo blanco? Como jóvenes damas que somos, nos da miedo confiar nuestros secretos a quien no pueda guardarlos. En alguna antología hemos leído que el Hijo de Athumam dijo en cierta ocasión:

Preserva bien tus secretos:
declararlos es perderlos.
Si ni en el pecho te caben,
¿cómo va a guardarlos nadie?

»Por su parte –siguió la dama–, al célebre Abu Nuwás se le atribuye este dístico:

A quien sus pensamientos divulga entre la gente
habría que quemarle con un hierro la frente».

Oídas las palabras de las jóvenes, dijo el porteador: «Pues en mí, por vuestras vidas lo juro, tenéis a un hombre juicioso y leal, lector de sesudos tratados y muy versado en crónicas y anales, que en todo momento sabe poner de manifiesto lo hermoso y ocultar lo feo. Actúo, en fin, como dice el poeta:

Personas hay discretas y amantes del silencio:
con quienes son cabales no corres ningún riesgo.
Conmigo los secretos viven en una casa
donde llaves perdidas no abren puertas cerradas».

Las muchachas oyeron con atención los versos y el argumento que ilustraban y contestaron: «Como bien puedes ver, hemos hecho grandes gastos en este lugar. ¿Con qué puedes tú compensarnos? Desde luego, no vamos a consentir que te quedes con nosotras a pasar la velada, contemplar nuestros radiantes rostros y amanecer feliz a nuestro lado, que es sin duda lo que a ti te gustaría, si no contribuyes con algo tangible». Y la que mandaba sentenció, a modo de resumen: «Razón tenía quien acuñó el refrán: “amor sin convite no vale un ardite”». A lo que añadió la portera: «Si la bolsa traes llena, únete a la compañía; mas, si la traes vacía, vete ahuecando el ala». Pero entonces terció la intendente: «¡Dejadlo tranquilo, hermanas! Bastante noble ha sido. Cualquiera otro ya nos habría incomodado de una u otra forma. Y lo que pueda él gastar lo pagaré yo gustosa». El ganapán se alegró con estas palabras, besó el suelo y reconoció: «La verdad es que las primeras monedas que me he ganado hoy han sido las vuestras». La dueña de la casa, o sea, la que hacía nada estaba recostada, le dijo: «Solo podrás quedarte con una condición: que seas educado y serio, y no hagas preguntas sobre lo que no te concierne, pues, de lo contrario, te apalaremos y te echaremos». «Acepto con mucho gusto –dijo el porteador–: ya no tengo lengua». Ellas respondieron: «Bienvenido seas, entonces; puedes quedarte». La intendente se ciñó la cintura, alineó los frascos, filtró el vino, dispuso los manjares junto al estanque y trajo cuanto podían necesitar. Sirvió luego el vino y se sentó junto a las otras dos; y lo mismo hizo el huésped, que se creía en un sueño. La misma dama, la del mercado y las compras, se sirvió una copa de un cuenco de madera y se la bebió, operación que repitió dos veces más. A continuación les sirvió a sus hermanas, y, por último, llenó la copa y se la entregó al ganapán, al tiempo que declamaba:

«Bebe y goza de venturas,
que el vino los males cura³¹».

El ganapán tomó la copa y, después de dar las gracias, recitó también:

«Vino beben los contentos,
y su dicha llega al cielo».

A lo que añadió:

«Bebe solo con gente de confianza,
de casta conocida y raíz sólida.
Que el vino, como el viento, por do pasa
olor recoge, a flores o a carroña».

El huésped volvió a besarles las manos a sus anfitrionas, siguió dándole sorbos a su copa, y, cuando ya se tambaleaba por efecto de la bebida, recitó:

«Beber sangre la Ley tiene prohibido,
salvo que sea la sangre del racimo.
No dejéis de servirme de esa sangre,
que yo daré por vos mi alma en rescate».

La joven volvió a llenar la copa y se la tendió, primero, a la mediana, quien la tomó de sus manos, le dio las gracias y bebió; y luego a la dama que había estado recostada en el lecho. Y, cuando esta hubo bebido, volvió la intendente a servirle vino al ganapán. Este hizo como antes: besó el suelo ante su benefactora, le dio las gracias y dijo:

«Llenadme otra vez la copa,
no escatiméis en bebida:
¡otra copa rebosante
del agua que da la vida!».

El porteador se arrió a la dueña de la casa, le dijo: «Propiedad vuestra soy, señora, vuestro vasallo, vuestro siervo», y volvió a recitar:

«De pie al lado de tu puerta
han visto a un esclavo tuyo,
que a tu bondad y largueza
quisiera rendir saludo».

A lo que ella respondió diciendo: «Bebe, y que el vino te siente bien y te ayude a transitar por los senderos de la salud». Él tomó la copa, le besó la mano a la dama y entonó estos versos:

«Algo tan rojo y vivo le di cual sus mejillas,
que ardía y crepitaba cual si fuese una tea.

³¹ Primer poema de alabanza al vino que aparece en la obra. Hay una larga tradición báquica en la literatura árabe, sustentada no solo por el tópico poético, sino también en costumbres efectivas y convicciones. No de otro modo puede explicarse el razonamiento etimológico, común entre los filólogos árabes medievales, que vincula a la viña (*karm*) con la generosidad (*káram*).

Cuando le robé un beso, me preguntó entre risas:
“¿Mejilla es la bebida que das a quien cortejas?”.
“Tomad y bebed –dije–, que solo son mis lágrimas,
con mi alma y unas gotas de mi sangre mezcladas”».

Ella le respondió:

«Si sangre por mi causa tus párpados derraman,
dámela, compañero, que no me faltan ganas».

La dama tomó la copa, la apuró y fue a echarse junto a sus hermanas. Y así siguieron las tres, entre bailes, risas, cantos y poemas, en compañía del ganapán; y así siguió este con ellas, entre arrumacos y dulces besos, mordiscos y roces, apretujones, toques y languideces. Que si le daban a probar un bocado, que si una de ellas lo atraía hacia sí, que si la otra le propinaba un pescozón, que si la tercera le tendía un ramillete de olor... Hasta que la bebida les arrebató el buen sentido y se adueñó de ellos. Entonces se levantó la portera, se quitó la ropa y, cubriéndose solo con la mata de cabello que a propósito se soltó, se metió en el estanque para jugar. Tomó un poco de agua en la boca y salpicó con ella al invitado. Se lavó bien los distintos miembros y entre los muslos, y salió del agua para echarse en el regazo del ganapán, a quien preguntó: «Amigo mío, ¿cómo se llama esto?», señalándose sus partes. El porteador respondió: «¿Vuestra vagina?». Ella dijo: «¡Pero qué oigo...! Vergüenza debería darte», y, agarrándolo del cuello, comenzó a golpearlo. Él se quejó: «¡Bueno está ya! Se llama vulva». «No, no es ese su nombre», dijo ella. Él probó de nuevo: «¿Vuestro conejo?». «No, tampoco», dijo ella. «¿Vuestro chochito?», preguntó él, y volvió a recibir una lluvia de golpes que le molieron la nuca y el cuello. De modo que decidió preguntarle: «¿Y entonces cómo se llama?». A lo que ella repuso: «Albahaca de los caminos». El porteador exclamó: «¡Bendita sea la albahaca de los caminos!», e hicieron circular el cuenco y la copa. Se levantó luego la segunda, se quitó la ropa, se metió en el agua e hizo como la primera. Al salir se echó también en el regazo del porteador y, señalándose sus partes, le preguntó: «Dime, luz de mis ojos, ¿cómo se llama esto?». «Vuestro coñito», dijo él. «¿No tienes reparo en emplear ese lenguaje?», lo reprendió la joven, y le dio tal palmada que resonó en toda la estancia. El porteador se aventuró: «¿Será entonces albahaca de los caminos?». «No», dijo ella, mientras los golpes y pescozones arreciaban. «¿Pues cómo se llama?», preguntó el joven. «Hojitas tiernas de espino», repuso ella. La joven dama se echó una tela por encima y se sentaron todos, juntos de nuevo, a conversar y seguir bebiendo. Al ganapán le dolían la nuca y los hombros de tantos golpes como le habían propinado. Un buen rato estuvo la copa circulando hasta que la mayor de las tres damas, la dueña de la casa, que era la más hermosa, se despojó de cuanto encima llevaba. El ganapán se echó la mano a la nuca y, mientras se la frotaba con las manos, la dama se lanzó al estanque para darse un baño. Mientras buceaba y se lavaba, el huésped no podía dejar de mirarla, pues la tenía ante sí en todo su esplendor. Desnuda como la parió su madre, parecía el creciente; mientras que su rostro relucía más que el plenilunio o una soleada mañana. El ganapán, pues, le miró el talle y los senos, así como aquellas pesadas nalgas que se ondulaban bajo el agua y, después de lanzar algunas exclamaciones, recitó:

«Quien tu figura con la rama tierna
compara, yerra el símil y difama;

las ramas gustan solo engalanadas,
y tu belleza, si desnuda, aumenta».

Salió luego la dama del estanque y se echó en el regazo del porteador, a quien igualmente preguntó: «Dime, jovenzuelo, ¿esto cómo se llama?», señalándose sus partes. «¿Albahaca de los caminos?», preguntó el mozo. «Frío, frío», dijo la dama. «¿Vuestra vagina?». «¡Uy, uy!», exclamó la bella al tiempo que le daba un buen coscorrón al joven, que siguió probando con otros nombres sin mejores resultados. Hasta que el porteador preguntó: «Bueno, ¿y entonces cómo se llama?». La mayor de las tres repuso: «Se llama la fonda de Saladino». Él exclamó: «¡Bendita seas, fonda de Saladino!». La dama se vistió de nuevo y volvieron a beber. Al cabo de un rato se levantó el porteador, se desnudó y bajó al estanque, donde su miembro viril se deslizaba por la superficie del agua. Después de lavarse, tal como habían hecho las tres damas, salió y se tendió en el regazo de la señora de la casa, dejando descansar los brazos sobre los muslos de la portera, y las piernas en los de la intendente, y, señalándose sus partes, preguntó: «¿Cómo se llama esto, mis señoras?». Las damas se echaron a reír de tan buena gana que rodaron por el suelo, y respondieron: «¡El pene!». «¡No!», exclamó él, y le dio a cada una un mordisco. «¡El rabo!», dijeron las muchachas entonces. «¡No!», volvió a contestar él, robándole a cada cual una caricia en los senos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 10, Duniyazad le dijo a Shahrazad:

–Acaba, hermana, lo que nos estabas contando.

–De mil amores –respondió Shahrazad, y prosiguió su relato–. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que las muchachas siguieron probando: que si «tu verga», que si «tu falo»... , mientras él las besaba, mordía y abrazaba, y ellas no paraban de reír. Hasta que le preguntaron: «Bueno, ¿pues cómo se llama?». Él repuso: «Pues se llama el mulo zangolotino, que pasta albahaca de los caminos, mordisquea hojitas tiernas de espinos y pernocta en la fonda de Saladino». Ellas se tiraron por el suelo de la risa, y, cuando se recuperaron, volvieron a beber y a disfrutar de la mesa puesta en tan buena compañía.

Y así siguieron hasta que se les hizo de noche. Entonces le dijeron al porteador: «Bueno, ya puedes irte en paz, amigo: date la vuelta y muéstranos la anchura de tu espalda». Él suplicó: «Por Dios juro que más me cuesta salir de vuestra casa que del mundo de los vivos. Vamos a unir la noche con el día, y vuelva luego cada uno a sus asuntos». La intendente lo apoyó: «Hacedme ese favor, hermanas: dejémosle pasar la noche con nosotras y divirtámonos con él, pues quién sabe cuándo volveremos a toparnos con otro mozo que tenga tanto desparpajo y donaire». Entonces le dijeron al porteador: «Podrás pasar la noche entre nosotras si te sometes a rajatabla a la norma siguiente: por más que te sorprenda lo que llegues a ver, no preguntes por ello ni por su causa». «Acepto», contestó él. «Levántate –añadieron las muchachas– y lee en voz alta lo que está escrito sobre esa puerta». El ganapán se acercó a la puerta indicada, y sobre ella encontró escrito con pan de oro: «*Si no quieres oír lo que no te conviene, en lo que no te importa procura no meterte*». El porteador aseguró: «Podéis dar fe de que yo nunca me meto donde no me llaman». Dicho esto, se

levantó la intendente a preparar algo de comer, encendieron velas en las que clavaron píldoras de ámbar gris y palo áloe, y se sentaron a seguir disfrutando de su mutua compañía y del recuerdo de los ausentes, ante una mesa puesta donde no faltaba la fruta más fresca y apetecible ni, por supuesto, la bebida. Comieron, pues, de nuevo y bebieron, se contaron anécdotas y se gastaron bromas, engañaron con sus risas al tiempo que pasaba, y en esto oyeron llamar a la puerta. Sin inmutarse ni dejar lo que entre manos se traían, la dama portera se levantó y fue a ver quién era. Y enseguida volvió diciendo: «¡Ya está completa nuestra dicha para la noche! En la puerta hay tres forasteros, persas diría yo, de alguna cofradía de mendigos, todos bien rasurados y los tres tuertos del ojo izquierdo. ¡Una coincidencia portentosa! Vienen, según me han aclarado, de paso, de tierras bizantinas, lo que debe de ser cierto, pues salta a la vista que han estado de viaje. Acaban de llegar a Bagdad por primera vez en su vida y han llamado a la puerta porque, al no encontrar sitio alguno donde pasar la noche, han decidido solicitarle al amo de esta casa que les preste la llave del establo o de algún cobertizo, por ruinoso que esté, pues se les ha hecho tarde y, según su expresión, “no conocen a nadie que les dé cobijo”. Y os aseguro, hermanas, que tienen, los tres, unas hechuras tan cómicas que, si los dejamos pasar, nos hartaremos de reír». No tuvo que granjearse mucho más la simpatía de sus dos hermanas, pues estas le dijeron enseguida: «Déjales entrar, pero ponles la condición de que no hablen de lo que no les concierne y así no habrán de oír lo que no les conviene». La joven se retiró satisfecha y al poco volvió acompañada de los tres tuertos, que traían, en efecto, los mentones y los bigotes rasurados. Los tres hombres saludaron y se quedaron donde estaban, con la expresión mohína, arredrados por la timidez. De manera que las jóvenes anfitrionas se levantaron, les dispensaron una calurosa bienvenida y los invitaron a sentarse.

Los mendigos miraron a su alrededor y se hallaron en una mansión distinguida, donde todo estaba pulcro y bien dispuesto, y abundaba el verdor. Observaron asimismo las velas encendidas, el humo de los inciensos que por el aire ascendía, los pistachos y las pasas, la fruta fresca, así como a las tres doncellas, y exclamaron de común acuerdo: «¡Qué maravilla, Dios mío!». Repararon luego en el ganapán y se dieron cuenta enseguida de que estaba borracho; después de mirarlo unos segundos pensaron que sería uno de ellos y así lo expresaron: «Será un mendigo como nosotros, persa o quién sabe si árabe beduino, que nos hará compañía». Cuando el porteador oyó estas palabras, se levantó y, mirándolos de hito en hito, les dijo a los recién llegados: «Participad de la reunión sin tanta curiosidad. ¿Es que no habéis leído lo que hay escrito encima de la puerta? Bonita cosa es que se deje entrar en casa a unos pobres de solemnidad como vosotros y no tardéis ni un instante en sacar a pasear a la sin hueso...». A lo que los rasurados contestaron: «Dios nos perdone nuestra falta, y a vuestra entera disposición quedamos». Las muchachas rompieron a reír y se dijeron quedamente: «Ahora nos vamos a divertir de lo lindo con todos estos». Hicieron buenos oficios entre uno y otros, y les trajeron alimento a los recién llegados, que dieron buena cuenta de todo y se unieron después al grupo. La portera se encargó de darles de beber. Circuló la copa y el ganapán les dijo a los mendigos: «Hermanos, ¿tenéis alguna historia o chascarrillo que nos divierta a todos?». Ya más entonados, los tres forasteros pidieron instrumentos de música. La portera les trajo entonces un pandero de Mosul, un laúd iraquí y un címbalo persa. Los mendigos se pusieron de pie; uno tomó el pandero, otro el laúd y el tercero el címbalo, y comenzaron a tocar, y, como quiera que las muchachas se les uniesen cantando, formaron entre todos un buen estruendo.

Y en esto llamaron de nuevo a la puerta, y la encargada de abrir se levantó para ver quién era. El hecho era, majestad –siguió contando Shahrazad–, que el califa Harún Arrashid había salido aquella noche de su palacio, deseoso de ver y oír lo que hubiese de nuevo, y acompañado, como solía, de Yáafar el Barmekí, su ministro, y de Masrur, el sirviente que ejecutaba las venganzas del califa, o sea, su verdugo y escolta. El califa y sus acompañantes tenían la costumbre de disfrazarse con ropa de mercaderes, y, dejándose llevar por sus pasos, en su recorrido por la ciudad, habían llegado a aquella casa. Oyeron los sonos de la música y el califa dijo a Yáafar, su ministro: «Quiero que entremos en esa casa y veamos a los que cantan y tocan». «Esos –respondió Yáafar– están ya borrachos, Comendador de los Fieles, y podrían ocasionarnos algún perjuicio». «Tenemos que entrar –insistió el califa–, de modo que ya puedes estar inventándote algo para que podamos». «¡Oigo y obedezco!», contestó Yáafar, que se adelantó y llamó a la puerta. Acudió la portera, abrió, y el ministro, tras inclinar la cabeza, le dijo: «Señora, somos mercaderes, de Tiberíades, llevamos en Bagdad diez días, por negocios nuestros, y paramos en un *jan*³². Pero esta noche nos ha invitado un amigo nuestro, hombre de negocios también, y hemos estado en su casa; nos ha dado de cenar y luego hemos disfrutado de su compañía. Acabada la reunión, nos hemos despedido y salido, bien entrada la noche, a una ciudad en la que somos forasteros, por lo que no hemos sido capaces de dar con la posada. De vuestra noble generosidad esperamos que nos permitáis pernoctar en vuestra casa. Dios os lo pagará». La portera los miró atentamente y le pareció que, en efecto, eran respetables mercaderes. Entró, pues, donde sus dos hermanas, intercambió con ellas pareceres, y las otras dos le dijeron que los hiciese pasar. Volvió a la puerta la dama y les franqueó el paso a los supuestos mercaderes. Estos le preguntaron, con gran corrección: «¿Entramos, pues, con vuestro permiso?». «Sí, adelante», dijo la joven.

Y en la casa entraron el califa, Yáafar y Masrur. Al verlos, se levantaron las otras dos damas para acogerlos y servirlos: «¡Muy bienvenidos sean nuestros huéspedes! Solo os ponemos una condición: que no habléis de lo que no os concierne para no tener que oír lo que no os conviene». «Conformes», dijeron ellos, y se sentaron a beber y a disfrutar de la compañía. El califa miró a los mendigos y reparó, con asombro, en que los tres eran tuertos del ojo izquierdo, y luego observó a sus jóvenes anfitrionas, cuya belleza y donosura lo dejaron en suspenso. Reanudada, pues, la convival charla, las muchachas se acercaron al califa para servirle bebida, pero él se excusó: «Estoy resuelto a emprender la sagrada Peregrinación, de modo que no me uniré a vuestras libaciones». Entonces se levantó la dama portera y le trajo, en una vistosa bandeja de latón decorada, un cuenco de porcelana fina; vertió un poco de agua de sauce y en ella dejó que se disolviera nieve mezclada con azúcar. El califa le dio las gracias y pensó: «Mañana sin más remedio tengo que recompensarla por haberme tratado tan bien». Y todos se enfrascaron en la animada charla.

Cuando la bebida hubo hecho su efecto, se levantó el ama de la casa para servir a sus huéspedes. Luego tomó de la mano a la intendente y le dijo: «Hermana, vamos a satisfacer nuestra deuda». «Muy bien», respondió la otra. En esto se levantó también la portera y, después de tirar las cáscaras de los frutos secos y renovar los aromas e inciensos, dejó libre el centro de la sala. Invitó luego a los tres mendigos a que se acomodaran a un lado del patio porticado, en un asiento corrido; mientras que se llevó al califa y a los acompañantes de este a un extremo de la estancia,

³² Un *jan* era una posada, con dependencias adecuadas para alojar a mercaderes, cuadras para sus monturas y almacenes para sus mercaderías; el equivalente oriental a las alhóndigas del medievo ibérico.

los sentó en otro banco y allí los dejó. La dama se dirigió luego al porteador: «A ti te hemos tomado cariño... Tú ya no eres un extraño, sino alguien de la casa». El porteador se levantó, se ciñó bien la túnica y preguntó: «¿Qué queréis?». «Quédate donde estás», fue la respuesta de la joven. Entonces la intendente colocó con gran diligencia una tarima en medio de la sala, abrió una cámara y dijo al ganapán: «Ayúdame». El porteador entonces vio a dos perras negras con sendas correas en los cuellos. A instancias de su anfitriona, el ganapán condujo a los dos animales al centro de la sala. La dueña de la casa se remangó un poco, tomó un látigo y le dijo al porteador: «Tráeme a una de las dos». El ganapán arrastró de la cadena a una de las perras, que lloraba y movía la cabeza mirando a la joven dama. Esta comenzó a golpear en la cabeza al animal, que aullaba lastimosamente. La joven siguió azotándola hasta que se le cansaron los brazos; tiró luego el látigo y atrajo hacia su pecho a la perra, cuyas lágrimas enjugó y cuya cabeza besó. Luego volvió a decirle al porteador: «Llévatela y tráeme a la otra». Él se la trajo, y la joven hizo como con la primera. El califa, cada vez más inquieto, y con el corazón partido de la pena, le hizo visajes a Yáafar, queriendo indicarle que preguntase qué ocurría. Pero el ministro le contestó, también con gestos, que mejor sería guardar silencio. Poco después la dueña de la casa se dirigió a la portera: «Haz lo que tienes que hacer», a lo que esta repuso: «Muy bien». Entonces la dueña de la casa se subió a la tarima, que era de sabina, recubierta de planchas de oro y plata, y les dijo a las otras dos: «A ver qué tenéis para mí». La portera subió asimismo a la tarima, mientras que la intendente entró en una habitación de la que salió con una bolsa de raso ornada de cintas verdes y dos solcillos de oro. Se detuvo ante la dueña de la casa, abrió la bolsa, extrajo un laúd, y así que hubo afinado sus cuerdas, entonó:

«Devolved a mis ojos su perdido descanso
y decidme dó para mi extraviado sentido.
Cuando del amor hice mi domicilio fijo,
al sueño desterré muy lejos de mis párpados.

“La sensatez –me dicen– ha tiempo que has perdido”.
“En sus ojos buscad –les contesto– la causa”.
Yo ya le he perdonado mi sangre derramada,
puesto que yo le impuse de verterla el fastidio.

En mi alma se reflejan los soles de su cara,
que en mi pecho alimentan el crepitante fuego.
Del agua de la vida que en él gastó el Eterno
se aprecian los destellos en sus sonrisas albas.

Si ante mí lo mencionan, al punto recupero
la añoranza y el llanto, la pasión y las quejas.
Cuando al agua me acerco, vislumbro su silueta,
y aun sin beber se ahítan mis frustrados anhelos».

A lo que añadió:

«Los sentidos me embota su mirar, que no el vino,
y el sueño de los ojos me arrancan sus desvíos;
de su cuello el perfil me entona, que no el néctar,
y no me alegra el mosto, sino sus buenas prendas.

Los rizos de sus sienas la entereza me usurpan
y me hace hervir la sangre lo que esconde su túnica».

Cuando la joven dama, la dueña de la casa, hubo oído esto, exclamó: «¡Dios sea tu médico!», se rasgó los vestidos y cayó al suelo desmayada. Y, al descubrirse el cuerpo, el califa notó las marcas que en este había de golpes y latigazos, y quedó pasmado. La portera le roció el rostro de agua a la desvanecida y la cubrió con una suntuosa túnica que trajo a ese efecto. Los presentes, tras haber visto todo aquello, se preguntaron, con el ánimo alterado, a qué se debería lo que acababan de presenciar, y cuál sería la historia. El califa le preguntó a Yáafar, su ministro: «¿Has visto las marcas de golpes que tiene esa mujer? Ante algo así no puedo callarme. No descansaré hasta que no averigüe qué le ha pasado a esa joven y qué ocurre con las dos perras negras». «Mi señor –respondió Yáafar–, nos han puesto una condición: que no hablemos de lo que no nos concierne si no queremos oír lo que no nos conviene». La dueña de la casa se dirigió de nuevo a la intendente y le dijo: «Vuelve a cumplir, hermana, con lo que se me debe». Entonces se levantó la intendente, tomó el laúd, se lo apoyó en el seno y comenzó a pulsarlo con las yemas de los dedos, al tiempo que entonaba:

«¿De qué razonamientos me serviré en mis quejas?
¿Quién, si de Amor me pierdo, con tiento me guiará?
¿Quién será el mensajero, dado que yo no puedo,
que mis penosas cuitas consiga trasladar?
Después de haber perdido de mi pecho al amado,
el mundo no me ofrece sino duelo y pesar.
Cuando a término llega la presencia de ánimo,
no queda más salida que el pecho desahogar.
De mis dolientes ojos podéis estar ausente,
pero en mi corazón tendréis siempre un hogar.
¿Mantendréis con firmeza la promesa que hicisteis
a quien nunca, y os consta, incurrió en deslealtad?
Mientras yo me consumo, de nostalgia transida,
acaso a vos os lleva la distancia a olvidar.
Del Hacedor espero que nos exija cuentas
el día en que nos junte para el Juicio Final».

Cuando la otra dama oyó estos versos, se rasgó el vestido como hizo la vez primera, lanzó un grito y cayó al suelo desmayada. La tañedora de laúd se levantó y fue a traerle una túnica nueva no sin antes rociarle la cara con agua. La joven se levantó, se acomodó en la tarima y dijo a la intendente: «Haz lo que debes, sigue cantando, que ya solo queda una voz que oír». La intendente afinó el laúd y entonó:

«Me mata vuestra frialdad;
¿cuánto más he de llorar?
Mucho dura ya el desvío:
si me odiáis, estáis cumplido...
Hágale el Sino justicia
a quienes reciben críticas.
Nadie sabe que matasteis,
vos, tan letal con los leales...
¿Cómo no os voy a temer,
si al pacto no os atenéis?»

Venguen a quien desamor
el descanso le robó.
Es ley de amor: sufro afrenta,
y él alcanza recompensa.
Yo os quise con delirio;
mi rival ha de fingirlo».

Y afirma el transmisor de la historia que, cuando la dama portera hubo oído el poema, lanzó un grito, se rasgó el vestido hasta los bajos y cayó al suelo, desmayada; y, al descubrirse el cuerpo, se le vieron marcas de azotes, como a su hermana. Los mendigos dijeron: «Ojalá no hubiésemos entrado nunca en esta casa. Más nos habría valido pasar la noche al raso, junto a los vertederos, pues no habríamos de vernos ante un cuadro de los que parten el corazón...». El califa se dirigió a ellos: «¿Cómo es eso?». «Pues porque –le respondieron ellos– lo que está ocurriendo nos tiene con el alma en vilo». El califa preguntó: «¿Es que no sois de la casa?». Respondieron: «¡Qué va! Creemos que el único que vive aquí es el hombre que está con vosotros». El porteador aseguró: «¡Juro por Dios que, aunque he crecido en Bagdad, no he entrado en esta casa antes de esta misma noche! El que aquí me veáis se debe a asombrosas razones que no son del caso». Los otros contestaron: «Pues convencidos estábamos de que pertenecías a la casa, pero ahora vemos que estás en la misma posición que nosotros». El califa dijo entonces: «Somos siete hombres, y ellas, tres mujeres solas. Les preguntaremos qué es lo que ocurre, y, si no nos responden de grado, les haremos hablar a la fuerza». Todos estuvieron de acuerdo, excepto Yáafar, el ministro: «No me parece bien. Lo mejor será dejarlas en paz, ya que somos huéspedes en su casa y nos han puesto una condición a la que debemos atenernos. Dentro de poco amanecerá y cada uno de nosotros tomará su camino». Luego, haciéndole visajes con los ojos al califa, añadió: «No falta ni una hora, y, con el nuevo día, podréis hacer que comparezcan las tres ante vos y obligarlas a que os cuenten su historia». Pero el califa no se conformó: «A mí ya no me queda más paciencia, y ellas no cesan de añadir despropósito al desatino». Poco después se preguntaron: «¿Y quién va a hablar con ellas?», a lo que uno de los mendigos contestó: «Pues este joven», refiriéndose al ganapán.

En ese momento la dueña de la casa les preguntó: «Eh, vosotros, ¿qué estáis tramando?». El ganapán se puso en pie y dijo: «Por Dios os conjuro, señora, que nos aclaréis lo que pasa con las dos perras, cuál sea el motivo de que primero las castigaseis para luego besarlas entre lágrimas, y asimismo nos digáis por qué ha recibido azotes vuestra hermana. Esa es nuestra pregunta, para la que solicitamos respuesta que agradeceremos. Sin más por el momento, a vuestros pies queda vuestro humilde servidor». La dueña de la casa les preguntó a todos: «¿Ha hablado este en nombre de todos vosotros?». «Sí», respondieron todos, salvo Yáafar, que guardó silencio. La muchacha entonces añadió: «Dios es testigo de que nos habéis causado, a pesar de la hospitalidad que os hemos dispensado, un innegable perjuicio. Bien os hemos recalcado la condición de que no debíais meteros en lo que no os importa... ¿No os ha bastado con que os abramos la puerta de nuestra casa y con nuestras espléndidas atenciones? Pero la culpa no es vuestra, sino de quien os ha traído a nosotras». Dicho esto se arremangó, dio tres patadas en el suelo y exclamó: «¡Depri-sa!», y en esto se abrió la puerta de uno de los aposentos, de donde salieron siete esclavos, altos y fuertes como torres, con las espadas desenvainadas. La muchacha les ordenó: «¡Maniatad a estos lenguaraces y luego amarradlos a unos con otros!». En cuanto lo hubieron hecho, los esclavos le

dijeron a la iracunda joven: «Dadnos, recatada dama, permiso para que les cortemos el cuello», a lo que ella repuso: «Dejadles vivir un poco más, para que pueda preguntarles por sus circunstancias antes de que los degolléis». El ganapán suplicó: «¡Por Dios os lo ruego, señora, no me matéis por una culpa que no he cometido yo! Ellos todos son los que han faltado a su palabra y errado, pero no un servidor. ¡Qué feliz habría sido nuestra noche si no hubiesen aparecido esos mendigos, capaces de reducir a escombros la ciudad más populosa...!». Y recitó:

«El mostrarse clemente honra al patricio,
y más si el perdonado es un plebeyo
¡Tened, por Dios, piedad, por nuestro afecto,
que merecen buen fin buenos principios!».

Cuando el ganapán acabó sus versos, la joven dama se echó a reír.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 11, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la joven, después de haberse reído a sus anchas en pleno acceso de ira, se acercó al grupo y dijo: «Id dándome noticia, cada uno de lo vuestro, pues solo os queda una hora de vida, y, a no ser que seáis personas principales, por vuestra noble alcurnia o por tener mando y gobierno, dad por cierta vuestra muerte inminente». El califa saltó: «¡Ay de ti, Yáafar! Dile quiénes somos, o, de lo contrario, nos matará». «Ese sería solo uno de los premios que nos merecemos», contestó Yáafar. «La ironía —observó el califa— está fuera de lugar en los momentos difíciles. Cada cosa a su tiempo». La muchacha se dirigió a los mendigos: «¿Vosotros tres sois hermanos?». «No, nada de eso —dijeron ellos—. Lo que nos une es nuestra condición de menesterosos y extranjeros». Ahora la muchacha se dirigió a uno de ellos: «¿Naciste tuerto?». «No —respondió—, pero me ocurrió un suceso peregrino a resultas del cual perdí el ojo, y la historia de ese revés mío es tal que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría». La muchacha les preguntó luego al segundo y tercer mendigos, que le respondieron de manera semejante, y entre los tres añadieron: «Cada uno de nosotros es de un lugar y, siendo como somos todos de sangre regia, hemos tenido mando sobre nuestros súbditos y siervos; lo que podríamos contaros es, por ende, admirable, y nuestro destino, fuera de lo común». El transmisor de la historia afirma que la dama, dirigiéndose ahora a los siete, les indicó: «Bien, pues contad uno por uno vuestra historia, poniendo de manifiesto el motivo de que hayáis llegado hasta aquí. Hecho esto, que cada cual se alise el cabello y tome su camino». El primero en hacer uso de la palabra fue el ganapán: «Yo, señora, soy porteador de oficio, y la dama intendente me ha traído, *portándome*, por así decirlo, de un lugar a otro, pues del vinatero me llevó a la carnicería, luego al verdulero, luego al puesto de los aperitivos y golosinas, luego a la confitería, luego al droguero, y, por último, a esta dignísima casa, donde he vivido con mis señoras lo que hemos vivido, ni más ni menos. Con eso concluyo mi historia, y, sin nada más que añadir por el momento, os besa los pies vuestro seguro servidor». La dueña de la casa, sin poder contener la risa, le ordenó: «Pues lo dicho: alísate el cabello y márchate». «De

ningún modo pienso marcharme sin haber oído antes las historias de mis compañeros», contestó él. Entonces dio un paso al frente el primero de los tres mendigos, quien comenzó su relación.

PUES SABED, SEÑORA³³ —dijo—, que el motivo de que me falte un ojo y de que lleve el mentón rasurado es que mi padre era rey y tenía un hermano, rey también, pero en otra ciudad. Y se dio la coincidencia de que mi madre me parió el mismo día en que nació mi primo, o sea, el hijo del hermano de mi padre. Pasaron los años, lunares y solares, y los días, y fuimos creciendo ambos. Yo visitaba a mi tío a menudo y me quedaba con él varios meses. En cierta ocasión en que lo visité recibí de mi primo los mayores agasajos: sacrificó ovejas en mi honor, filtró vino y nos sentamos a beber juntos. Cuando el licor nos hubo hecho efecto, me dijo: «Primo, necesito tu concurso para un asunto de gran importancia, y te encarezco que no te opongas a lo que voy a pedirte que hagas». «De mil amores», repuse yo. Después de hacerme jurar por lo más sagrado, se levantó a toda prisa y se ausentó por poco rato, transcurrido el cual volvió precediendo a una mujer, adornada, perfumada y cubierta de telas de gran valor. Con la dama siempre detrás, mi primo me miró y me dijo: «Toma contigo a esta mujer y vete delante de mí al cementerio que voy a indicarte». Me dio, en efecto, las señas, que yo conocía. «Entra con ella en el camposanto y espérame allí», añadió. Como no podía negarme a cumplir sus deseos por el juramento con el que acababa de comprometerme, tomé conmigo a la mujer, y juntos fuimos hasta llegar al cementerio, y allí nos sentamos a esperar tranquilamente, hasta que llegó mi primo con una palangana de agua y una bolsa en la que traía yeso y una azuela. Con esta en la mano se acercó a un sepulcro en medio del camposanto y se aplicó a desmontarlo. Quitó primero las piedras, que dejó a un lado, y luego comenzó a cavar sirviéndose de la azuela. Al cabo de un rato llegó hasta una plataforma, del tamaño de una trampilla, bajo la que resultó haber una escalera abovedada. Mi primo se volvió hacia la mujer, le hizo una señal y le dijo: «Ahora te corresponde a ti elegir», y ella comenzó a descender por la escalera. Entonces mi primo se dirigió a mí: «Hazme el favor completo, primo. Cuando yo haya bajado, vuelve a colocar la plataforma y cúbrela de tierra tal como estaba. El yeso que hay en la bolsa y el agua de la palangana son para que hagas una masa y recompongas el círculo de piedras. Déjalo tal como lo encontramos, para que nadie se dé cuenta de lo que ha pasado ni pueda decir aquello de “nuevo por fuera y viejo por dentro”, porque llevo ya un año trabajando en esto sin que nadie más que Dios lo sepa. Este era el asunto para el que te necesitaba. ¡No permita Dios —añadió— que nadie te llore, primo mío!». Y descendió por la escalera.

Desaparecido que hubo de mi vista, me puse a la labor: volví a colocar la plataforma y seguí las instrucciones de mi primo hasta dejar el sepulcro como nos lo encontramos. Cuando hube terminado, regresé, en un estado parecido al de quien ha bebido más de la cuenta, al palacio de mi tío, que había salido de caza. Dormí, pues, aquella noche, y, al despertar la mañana siguiente, recordé lo que había ocurrido entre mi primo y yo, y me arrepentí de mi actuación cuando, desde luego, ya de nada servía arrepentirse. Me ilusioné pensando que acaso había sido un mal sueño, y con esa idea pregunté a unos y otros por mi primo, pero nadie pudo decirme dónde se hallaba. Volví al cementerio, con la intención de hallar el sepulcro, pero no pude distinguirlo, y hasta que cayó la noche seguí buscándolo sin resultado. De modo que volví a palacio, sin haber comido ni bebido, con la mente absorta en mi primo, de quien nada había vuelto a saber. Mi desazón era tal que no pude conciliar el sueño en toda la noche. A la mañana siguiente volví al camposanto,

³³ Comienza «El primer mendigo».

pensando en lo ocurrido. Me lamenté de haberle hecho caso a mi primo y examiné todos los sepulcros sin hallar el que me interesaba. Siete días estuve buscándolo en vano. La zozobra que sentía era tal que casi me volví loco, y no encontré otro modo de consolarme que regresando a casa, con mi padre.

Cuando me hallaba ya cerca de la ciudad, unos hombres que estaban apostados junto a la puerta de la muralla se me vinieron encima, me redujeron y me ataron las manos a la espalda. Mi sorpresa fue mayúscula, ya que yo era el príncipe, el hijo del soberano, y ellos, criados de mi padre y siervos míos. El miedo que ya me sobrecogía se acendró cuando me pregunté qué podía haberle ocurrido a mi padre. Muchas veces traté de sonsacarles a quienes me prendieron el motivo de lo que habían hecho conmigo, pero guardaron silencio. Al cabo de un rato uno de ellos, que era criado en mi casa, dijo: «A vuestro padre lo han traicionado los Días: la guardia se ha revuelto contra él, el ministro lo ha matado, y estábamos esperando a que aparecierais vos». Ausente yo de este mundo a causa de las noticias sobre la suerte que mi padre había corrido, me condujeron ante el ministro que había matado a mi padre y con quien yo mantenía una enemistad que venía de largo, ocasionada por mi mucha afición a tirar con la ballesta de bodoques. Ello es que un día estaba yo parado en la azotea de mi palacio cuando vi que cierta ave se posaba en la del ministro, que allí estaba en ese momento. Quise darle al ave, pero fallé el tiro y el bodoque impactó en un ojo del ministro, que fatalmente perdió. Como dijo el poeta:

Deja que el viento sople como quiera,
acepta lo que el Sino haya prescrito.
Nada te alegre y nada te entristezca,
pues todo en este mundo es fugitivo.

O, como dijo otro:

Nuestros pasos están todos escritos,
y previsto el camino que seguimos.
Quien la muerte en un sitio ha de encontrar
en ningún otro quiera agonizar.

A pesar de haber perdido un ojo por mi culpa –continuó el mendigo–, nada pudo hacer el ministro contra mí, puesto que mi padre era el rey. Tal era la causa de nuestra enemistad. De manera que, cuando comparecí ante él, ordenó que me cortaran el cuello. Yo traté de defenderme: «¿Vas a matarme sin haber cometido culpa alguna?». «¿Qué mayor culpa que esta?», repuso él señalándose el ojo vacío. «Eso fue sin querer», dije yo. «Pues si tú lo hiciste sin querer –contestó él– yo lo hago queriendo». Y añadió: «Traedlo ante mí». Así lo hicieron. Me pusieron ante el ministro y él me sacó el ojo izquierdo con su propio dedo, dejándome tuerto como me veis. Ordenó que me maniataran y metieran en una jaula, y luego le dijo a su verdugo: «Hazte cargo de él, saca tu espada, empúñala y llévatelo fuera de la ciudad; mátalos y que las alimañas se coman su cuerpo». El verdugo obedeció la orden de su nuevo señor y se hizo cargo de mí. Una vez fuera de la ciudad me sacó de la jaula, maniatado y con grillos en los pies, y ya se disponía a quitarme la luz de los ojos, cuando yo, sin poder contener las lágrimas, recité estos versos:

«Por coraza te tuve contra enemigas lanzas,
y de todas has sido la mejor afilada.

Cualquier calamidad que sufriera mi diestra
la afrontaba creyendo que eras mi mano izquierda.
No dejes que te hieran de rivales las críticas,
y lluevan sobre mí las flechas enemigas...
Y si de una emboscada me vieras salir muerto,
no quieras pronunciarte: guarda, sin más, silencio».

Y luego otros similares:

«De buenos compañeros quise hacerme coraza,
que luego al enemigo, y no a mí, protegieron.
Por infalibles flechas, letales, los tenía,
y de pleno acerté: en el pecho me hirieron.
“Limpios –me repetían– están nuestros designios”;
y era la verdad pura: limpios de todo afecto.
“Un anhelo –juraban– solamente nos guía”,
y ninguno mentía: dejarme medio muerto».

Cuando el verdugo, que lo había sido de mi padre, y a quien yo había hecho muchas mercedes, hubo oído mis versos, exclamó: «¿Y qué, mi señor, voy a hacer yo, que no soy más que un siervo al que se dan órdenes...?». Pero enseguida se desdijo y rectificó: «Os habéis ganado el seguir vivo; pero no volváis a esta tierra, pues vos moriríais, y yo con vos. Ya lo dijo el poeta:

Busca tu salvación cuando el peligro adviertas
¡y dúelase la casa, de quien fuera su dueño!
Puedes estar seguro: hallarás otra tierra,
pero una nueva vida no te la dará el Cielo.

Que alguien soporte un yugo de buen grado no se entiende,
contando, como cuenta, con la amplitud del orbe.
El pescuezo del león no llega a endurecerse
si de quien lo somete no huye cuando es joven».

Después que el verdugo hubo pronunciado estas palabras –prosiguió el mendigo–, le besé las manos, pero no creí haberme salvado hasta que me vi lejos de aquel lugar. En poco tuve la pérdida del ojo, dado que, al menos, seguía vivo. Empecé entonces viaje hacia la ciudad de mi tío, a quien, poco después de llegar, conté cuanto le había ocurrido a mi padre y por qué había perdido yo un ojo. Él se echó a llorar amargamente y dijo: «No vienes sino a aumentar mis cuitas y quebrantos, pues tu primo lleva ya varios días desaparecido, sin que yo ni otros hayamos tenido de él noticia», y siguió llorando hasta que se desmayó. Cuando volvió en sí, dijo: «Angustiado me tiene, hijo mío, lo que haya podido ocurrirle a tu primo; y ahora vienes tú a acrecentar mi dolor con cuanto habéis sufrido tu padre y tú». Quiso entonces administrarme un remedio para el ojo, pero al comprobar que se me había quedado como una nuez vana, no pudo sino decirme: «Bueno, más vale perder un ojo que la vida...». Yo entonces, incapaz de seguir guardando silencio sobre mi primo, que era su hijo, le conté a mi tío todo lo que sabía. Él se puso muy contento al oírlo y me dijo: «Muéstrame el sepulcro». «Ojalá supiera –dije yo– dónde está, pero fui varias veces después de aquello a buscarlo sin resultado». Nos acercamos luego mi tío y yo al cementerio, miré a derecha e izquierda y esta vez reconocí el sepulcro. Muy satisfechos, entramos ambos, quitamos la tierra, levantamos la plataforma y descendimos no menos de cincuenta escalones

hasta llegar al fondo de la escalera. En ese momento se levantó un humo cegador. Mi tío pronunció entonces las palabras que le quitan el miedo a quien las pronuncia: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso!»; echamos a andar de nuevo y llegamos a una sala que estaba llena de harina, grano, comestibles y diversos enseres. Vimos que en medio de la sala había una cortina corrida delante de un lecho. La descorrió mi tío, y se encontró con su hijo y la mujer que lo había acompañado hasta allí abajo, abrazados y carbonizados, como si los hubieran arrojado a un horno. Al ver aquello, mi tío le escupió a su hijo en lo que fue su cara y exclamó: «¡Te lo mereces, cerdo inmundo! Tal es el tormento que has hallado en esta vida, pero en la otra sufrirás otro peor y más duradero».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 12, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el primer mendigo siguió contándole a la joven dama su historia, a la que asimismo prestaba atención todo el grupo, incluidos el califa Harún Arrashid y su ministro Yáfar el Barmekí:

Mi tío golpeó con el zapato a su hijo, que yacía allí tendido, negro y carbonizado. Aquello me sorprendió y me entristeció sobremanera por mi primo, que se había tornado, junto con la mujer, un tizón consumido. De modo que exclamé: «¡Por Dios os lo pido, tío: cálmese vuestro corazón, que conmovido me tiene la suerte de vuestro hijo, carbonizado en los brazos de esa dama! ¿No tiene ya bastante con ello, tenéis que darle además con el zapato?». Él repuso: «Tu primo, querido sobrino, estaba prendado desde que era chico de su hermana, que es esta que aquí ves. Yo le prohibí que se acercara a ella, diciendo para mis adentros: “¡Solo son niños...!””. Pero, cuando crecieron, llegó a mis oídos, sin que pudiese creerlo, que se habían prestado ambos a lo más execrable. Tu primo recibió de mí una tremenda regañera: “¡Guárdate mucho de perpetrar actos abominables que nadie se ha atrevido a cometer antes que tú, ni cometerá después! De lo contrario, quedaremos por siempre marcados entre los reyes, por la vergüenza y la ignominia, y los viajeros propalarán nuestra historia. Te lo advierto: si te atreves a cometer tamaño pecado, mi cólera contra tí me llevará a matarte». Y, dicho esto, tomé medidas para alejarlos al uno de la otra e impedir que se encontrasen a solas. Pero ella, la malnacida, estaba también perdidamente enamorada, y Satanás supo abrirse camino hasta ellos. Cuando tu primo se enteró de cómo trataba yo de alejarlo de su hermana, se construyó este escondite bajo tierra; lo proveyó de comida, tal como ahora puedes verlo tú mismo, y, aprovechando que yo había salido a cazar, trajo aquí a su hermana. Pero Dios, alabado sea, penetró hasta estas profundidades y los quemó a ambos. ¡Más terrible y duradero será su tormento en el otro mundo!». Se echó entonces a llorar, y yo con él. Al poco añadió: «Tú eres ahora mi hijo, mi compensación por este, a quien maldigo». Yo me quedé meditando –prosiguió el primer mendigo– en este mundo y sus vicisitudes: cómo el ministro de mi padre había matado a este y ocupado su lugar, cómo me había yo quedado tuerto, y asimismo en todos los terribles sucesos que mi primo había vivido, y no pude sino llorar con gran desconsuelo. Al cabo de un rato subimos ambos, mi tío y yo, colocamos la plataforma en su sitio, la cubrimos de tierra, dejamos el sepulcro como lo encontramos y volvimos a casa.

Y apenas acabábamos de sentarnos cuando oímos redobles de tambor y timbal, toques de cornetas, alboroto de muchedumbre, rechinar de bridas, relinchos y galope de caballos, y el mundo se llenó todo de estruendo y del polvo que levantaban los cascos de las nobles bestias. Atónitos nos quedamos. Mi tío preguntó qué ocurría y le dijeron: «A vuestro hermano lo ha matado su ministro; este ha formado un bien pertrechado y copioso ejército, compuesto de militares, soldados de leva y fieros beduinos, en número tal que, por exceder a los granos de la arena, no hay fuerza capaz de contenerlo, y ha atacado la ciudad, que estaba desprevenida. Los ciudadanos no han podido plantarles cara y se han rendido». Mi tío halló la muerte en la defensa de la ciudad y yo no tuve más remedio que huir a los arrabales, mientras para mis adentros decía: «Si caigo en manos de ese hombre, me matará». Los motivos de pesar e inquietud se me amontonaban; recordé cuanto les había pasado a mi padre y a mi tío, y no sabía bien qué hacer. Pues, si me dejaba ver, las gentes de la ciudad y los soldados de mi padre me reconocerían y no cesarían hasta matarme. Y no encontré otra vía de salvación que rasurarme el mentón y el bigote. Así lo hice, cambié mis ropas y salí de la ciudad rumbo a esta de Bagdad, deseoso de salvarme y con la esperanza de que alguien me llevase ante el Comendador de los Fieles, califa, y por tanto vicario, del Amo de los mundos, para poder contarle cuanto me ha ocurrido. Y esta misma noche he llegado, perplejo y sin saber a dónde dirigirme. Enseguida me he encontrado con este mendigo que estaba parado en la calle, lo he saludado y le he dicho: «Soy forastero, un extraño en este lugar». «Yo también», me ha respondido él. Y en esas estábamos cuando este tercer compañero se ha acercado a nosotros, nos ha saludado y dicho a su vez: «Soy forastero, un extraño». «Extraños somos nosotros también», le hemos contestado. Hemos echado los tres a andar; al poco han caído las sombras de la noche, y los divinos Designios nos han traído a vosotros. Pues bien, ese es el motivo de que esté rasurado y tuerto.

La joven dama le dijo «Pues alísate el pelo y márchate». «De ningún modo –respondió el mendigo– pienso marcharme sin haber oído antes las historias de mis compañeros». Todos quedaron admirados, y el califa le dijo a Yáafar, su ministro: «No tengo conocimiento de nada como lo que le ha ocurrido a este mendigo». Entonces dio un paso al frente el segundo de los tres mendigos, quien, después de besar el suelo, contó lo siguiente:

TAMPOCO YO SOY, SEÑORA³⁴, tuerto de nacimiento, y mi historia es tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría. Sabed que soy rey e hijo de rey, que me aprendí el Corán en sus siete recensiones canónicas, que estudié diversos libros de la boca de sus propios autores, maestros de Ciencia Sagrada todos ellos, y me instruí asimismo en el saber de las estrellas y en los dichos de los poetas. Adquirí, en suma, tales conocimientos en el conjunto de las disciplinas del intelecto que aventajé a mis coetáneos, y mis escritos alcanzaron tal preponderancia entre los más doctos que mi nombre traspasó los límites de mi patria. Las noticias de mi saber se propalaron, así, entre los soberanos de otros reinos, y llegaron a oídos del rey de la India, quien, a través de mi padre, me convocó a su presencia. Su mensaje me llegó acompañado de generosos regalos, dignos solo de reyes. En respuesta a ello, mi padre puso a mi disposición seis embarcaciones y nos hicimos a la mar. Un mes enteró duró nuestra travesía. Llegado que hubimos a tierra, sacamos los caballos que venían con nosotros a bordo, cargamos diez camellos con otros tantos fardos de presentes e iniciamos

³⁴ Comienza «El segundo mendigo».

la marcha. Pero, de pronto, se alzó una espesa polvareda que cubrió todos aquellos lugares y, oscureciendo el cielo por los cuatro puntos cardinales, permaneció durante largo rato. Al cabo se disipó dejando al descubierto a sesenta jinetes, bravos, amenazadores, armados hasta los dientes. Al mirarlos con atención nos dimos cuenta de que se trataba de árabes³⁵ salteadores de caminos, y, cuando ellos vieron que éramos un grupo reducido y traíamos aquellos fardos, cuyo contenido había de ser por fuerza valioso, se nos vinieron encima enarbolando sus armas. Les hicimos gestos con las manos y les dijimos: «Formamos una delegación que se dirige al emperador de la India; no nos hagáis daño». «Ni estamos en sus territorios –contestaron ellos– ni bajo su jurisdicción». Mataron entonces a algunos de los nuestros; mientras que otros huyeron, yo entre ellos, después de recibir heridas no leves, y aprovechando que los árabes estaban muy ocupados con las riquezas y regalos. Seguí, pues, adelante, sin saber a dónde dirigirme. Yo, que había llevado una vida de gloria y esplendor, me veía ahora hasta tal punto humillado. Mis pasos me llevaron a la cima de un monte y me metí en una cueva de la que no salí hasta el día siguiente. Reemprendí entonces la marcha y no me detuve hasta llegar a una ciudad fortificada y bien provista, por la que el frío invierno ya había pasado y donde a la sazón se asentaba la primavera. Todo estaba florecido, las corrientes de agua corrían plétóricas y las aves canoras dejaban oír sus voces. Era, pues, tal como la pintó el poeta:

Ciudad que nada teme, por la calma regida;
adornado refugio, pleno de maravillas.

Mucho me alegré por ello, agotado como estaba después de tanto caminar, vencido por la zozobra y consumido por el miedo. Mi suerte había cambiado, y, sin saber cómo había de conducirme, recurrí a un sastre por delante de cuya tienda pasé. Le dirigí el *salam*, él me contestó, me recibió con naturalidad y me preguntó cuál era la causa de mi extrañamiento. Yo le conté cuanto me había pasado, de principio a fin. Él, pesados por mí, me aconsejó: «No le reveléis a nadie quién sois, pues temo que el rey de esta ciudad, el mayor enemigo de vuestro padre, quiera vengarse de él en vuestra persona». Me trajo luego alimento y bebida, de los que dimos buena cuenta juntos; pasamos un buen rato de charla, y, ya bien entrada la noche, me señaló un sitio en un lado de la tienda y, tras ofrecerme lecho y cobertor, me brindó el cobijo que tanta falta me hacía. Al cabo de tres días me preguntó: «¿Conocéis algún oficio con el que podáis ganáros la vida?». «Soy –le repuse– erudito, sabio, hombre de letras, calígrafo y aritmético». «Pues la vuestra es industria sin mercado en nuestro país; en la ciudad no encontraréis a quien sepa de ciencias ni de letras, sino solo de dineros», dijo él. «La verdad –reconocí yo– es que no sé hacer otra cosa». Él entonces me recomendó: «Pues ceñíos la cintura, tomad un hacha y una sogá y dedicaos a buscar por el campo leña con la que os podáis sustentar hasta que Dios os procure mejor salida. Pero, sobre todo, no le digáis a nadie quién sois, si no queréis morir». Me procuró, pues, un hacha y una sogá, y me envió a unos leñadores con su recomendación. Salí con ellos y recogí cierta cantidad de leña, me la cargué en la cabeza y la vendí por medio dinar. Gasté una parte en comida y lo demás lo guardé.

³⁵ Esta es la vez primera en que aparecen, en *Mil y una noches*, salteadores de caminos que reciben la calificación de *árab*, o sea, literalmente «árabes», gentilicio que tal vez pudiera precisarse más, de modo que se entienda como «árabes beduinos». El asunto no está del todo claro, pues, lógicamente, el idioma árabe dispone de términos específicos para designar a los beduinos.

Así seguí durante cosa de un año, hasta que cierto día fui, como tenía por costumbre, al campo. Me interné por una arboleda donde vi que abundaba la leña. Me acerqué a un árbol y comencé a cavar en derredor para descubrir sus raíces. De pronto el hacha dio contra un anillo de cobre, limpié la tierra y me encontré con una plataforma de madera. La levanté y vi que debajo había una escalera, que, a su vez, me condujo hasta una puerta. Al traspasarla me adentré en un palacio de buena fábrica donde encontré a una dama cual esa perla reluciente de la que hablan; por cuyo influjo se borran del corazón las cuitas, la zozobra y la desgracia; cuyas palabras bastan para curar las heridas, y que es capaz de sorberle el seso al hombre más juicioso y avezado. De talla media, con los senos prominentes, cutis suave, perlada tez y agraciado porte... El sol de su rostro relucía contra la noche de sus guedejas, y el brillo de sus dientes reverberaba en las láminas límpidas de sus hombros. Se le ajustaban, pues, las palabras del poeta:

Mechones de azabache, cintura recogida,
nalgas como dos dunas, finura de moringa.

O, asimismo:

Para acabar con mi vida
han hecho los cuatro alianza:
frente clara, pelo negro,
cuerpo fino y tez rosada.

Fue verla y prosternarme, en mi fuero interno, ante su Creador por la cumplida hermosura con que solo Él la había formado. La dama me miró y preguntó: «¿Sois humano o *yinn*?». «Humano», le repuse. «¿Y quién –volvió a preguntar– os ha traído a este lugar donde llevo veinticinco años sin haber visto a un solo descendiente de Adán?». Sus palabras me supieron a agua dulce, y le repuse: «Mi buena estrella ha guiado mis pasos para que acaso me libre de mis cuitas y zozobra», y le conté de principio a fin cuanto me había pasado. A ella le pesó mi situación, lloró y dijo: «Yo también os voy a contar mi historia. Sabed que soy hija de Efitamos, rey de la India Ulterior y señor de las Ínsulas del Ébano, quien me desposó con el hijo de su hermano. Pero la misma noche de mi boda me secuestró un *ifrit* llamado Yiryís hijo de Rajmós, sobrino por vía materna del mismísimo diablo, el señor Iblís³⁶. El tal *ifrit*, Yiryís, me trajo volando a este lugar y me proveyó luego de cuanto pudiera yo necesitar, a saber, joyas, túnicas, paños, utensilios, comida, bebida y lo demás. Desde entonces viene a verme cada diez días. Duerme aquí conmigo esa noche y se va por donde ha venido, ya que me raptó contra la voluntad de su clan. Si bien me tiene dicho que, si alguna vez me sobreviene, a la hora que sea, de día o de noche, cualquier imprevisto o dificultad, basta con que pase mi mano por esas dos líneas que hay escritas en este nicho que aquí veis. Y cierto es, pues basta con que alce la mano en esa dirección y ante mí tengo ipso facto a mi temible raptor. Como hace cuatro días que estuvo de visita y faltan otros seis para que vuelva, ¿qué os parece si os quedáis a mi lado cinco días y os marcháis la víspera de su llegada?». «Bien me parece», le dije yo. Muy contenta, se puso en pie, me tomó de la mano y me condujo, a través de una puerta abovedada, a unos agradables y vistosos baños. Me quité la ropa,

³⁶ Una perspectiva teológica y antropológica sobre Iblís, desde el islam, se expone más adelante, en la noche 914: una nobilísima criatura, un ángel que se revolvió contra la divinidad y, tras ser rebajado en su rango, incita al ser humano a la desobediencia.

y lo mismo hizo ella. Después de haberse aseado, salió mi bella anfitriona de los baños, tomó asiento en un estrado y me invitó a acomodarme a su lado. Luego me trajo un licor almizclado, que me dio a probar, así como diversos alimentos. Después de comer y conversar me dijo: «Dormid y descansad, pues estaréis agotado». Y así lo hice yo, señora mía: me quedé dormido olvidándome de cuanto me había pasado, y muy agradecido por cierto a aquella dama. Al despertar me la encontré frotándome los pies, y le pedí a Dios por ella. Al cabo de un buen rato de charla me dijo: «No sabéis la opresión que en el pecho he sentido aquí sola, bajo tierra, sin nadie a quien dirigirle la palabra durante veinticinco años. ¡Alabado sea Quien os ha enviado a mí!». Y recitó:

«Si con tiempo os hubieseis anunciado,
el corazón habríamos dispuesto,
el ojo y la mejilla ante el encuentro,
por que marchar pudieseis sobre párpados...».

Cuando oí aquellos versos, le di las gracias, conmovido. El amor se había abierto paso hacia mi corazón, y mis cuitas y zozobra habían volado. Estuvimos luego departiendo junto a la mesa puesta hasta que oscureció, y a su lado pasé una noche como no había conocido en toda mi vida. Amanecimos muy felices, y nuevas dichas estuvimos uniendo a las anteriores hasta el mediodía. Entonces, tan ebrio ya que no sabía lo que me hacía, al punto de que me tambaleaba, le pregunté: «¿Quieres, salada, que te saque de aquí abajo y te libre de ese *yinn*?». Ella se echó a reír y dijo: «Confórmate y no digas nada más. El *ifrit* tendrá su día de cada diez y tú, los nueve restantes». A lo que yo, más borracho que una cuba, repuse: «¡En este mismo punto y hora voy a destrozarse ese nicho en que están las letras grabadas para que acuda el *ifrit* y darle muerte, pues estoy resuelto a matarlos a todos!». Al oír mis palabras, ella palideció, me rogó que no hiciera tal cosa, sentenció: «De sabios es protegerse de lo que lleva a la muerte», y recitó:

«Quisieras retrasar la despedida...
¡De nada sirven quejas ni reproches!
Decepcionar es propio de la vida,
y de las amistades, los adioses».

Sus palabras, con todo, cayeron en saco roto y, dicho que hubo los anteriores versos, le propiné un fuerte puntapié al nicho.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 13, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el segundo mendigo tuerto siguió relatándole su historia a la joven dama:

Al propinarle la patada al nicho, todo fueron tinieblas, truenos y rayos. Hubo una gran sacudida y el mundo entero pareció cerrarse sobre sí mismo. La embriaguez se me fue de golpe y le pregunté a mi anfitriona: «¿Qué pasa?». Ella exclamó: «¡El *ifrit*, que ya está aquí! ¿Es que no te lo advertí? Bien sabe Dios que con esto me haces mucho daño... ¡Pero ahora sálvate, vete por donde entraste!». Tan asustado estaba yo que olvidé recoger mi calzado y mi hacha. Y,

cuando, aún en el segundo escalón, me volví para localizarlos, vi que la tierra se abría dando paso a un *ifrit* de temible aspecto, que bramó: «¿A qué viene esa sacudida con la me has dado un susto de muerte? ¿Puede saberse qué te ha pasado?». «Nada –repuso ella–; es solo que me ha dado por beber algo que me aliviase la ansiedad, y, al ir a levantarme para terminar lo que estaba haciendo, era tal la pesadez de mi cabeza, que me he dado de bruces con el nicho». «¡Mientes, mujerzuela!», exclamó el *ifrit*, quien, al mirar a un lado y otro, había visto mi calzado y mi hacha. Entonces dijo: «Esos son los enseres del humano que habrá estado visitándote...». La mujer lo negó: «¿Cómo? Ahora mismo estoy viendo esos objetos por primera vez. Lo más seguro es que los hayas traído colgados tú mismo». «¡Eso es una soberana estupidez –prorrumpió el *ifrit*–, con la que no lograrás engañarme, furcia!». La desnudó, la amarró a cuatro estacas y comenzó a torturarla para que reconociese la verdad. Y, como no podía yo soportar el oír su llanto, acabé de subir los peldaños temblando de miedo. Cuando llegué arriba del todo, volví a colocar la plataforma como estaba, la cubrí de tierra y lamenté haber hecho cuanto hice. Me acordé de la mujer y de su belleza, de cómo la estaría entonces castigando aquel malnacido, de los veinticinco años que la pobre llevaba encerrada, de que yo era el culpable de lo ocurrido... Me acordé también de cómo, aun siendo hijo de rey, me había tenido que hacer leñador. Mi vida, pues, había vuelto a ensombrecerse tras un breve lapso de claridad, y recité:

«Hasta que a tu sepulcro te conduzca el Destino,
días conocerás ya indulgentes ya rígidos».

Eché a andar y no paré hasta que llegué adonde mi benefactor, el sastre, a quien encontré esperándome como sobre ascuas: «He pasado la noche inquieto por vos, temiendo que os hubiese atacado una fiera o Dios sabe qué... ¡Cómo me alegro de veros a salvo!», me dijo. Después de agradecerle sus desvelos por mí, me fui a mi rincón y comencé a meditar sobre cuanto había ocurrido, reprochándome mi indiscreción, que me había llevado a golpear el nicho. Y pensando en ello seguía cuando entró el sastre y me dijo: «En la tienda hay un hombre de cierta edad, persa a lo que parece, que os busca. Trae vuestra hacha y vuestro calzado; se los ha enseñado a los sastres diciéndoles: “He salido al oír la llamada a la oración del alba y me he encontrado con estos objetos; como no sé a quién pertenecen, espero que me llevéis hasta él”, y así lo han hecho ellos, que han reconocido vuestra hacha. El persa está ahora sentado en la tienda; salid, pues, dadle las gracias y recuperad lo que es vuestro». Al oír aquello fue tal mi zozobra que a buen seguro se me mudó el color. No tuve, sin embargo, tiempo para nada más, ya que de pronto se abrió el suelo y emergió el anunciado forastero. Era, desde luego, el *ifrit*, quien, después de torturar inútilmente a la mujer, pues nada había esta reconocido, tomó mis enseres y le dijo: «Como que me llamo Yiryís y soy de la estirpe de Iblís, que he de encontrar al dueño de esta hacha y este calzado». Luego, valiéndose de engaños, había ido a preguntarles a los sastres y así me encontró. Bueno, pues sin esperar ni un instante más, me raptó y echó a volar llevándome consigo; luego descendió y se metió en la tierra, todo, sin que yo pudiera ni tentarme la ropa. Volvió de nuevo a subir, siempre conmigo en su poder, hasta la morada en que ya había estado, y allí vi a la mujer, desnuda, estaquillada y chorreando sangre. Mientras los ojos se me anegaban de lágrimas, el *ifrit* la agarró, la incorporó y le dijo: «¡Aquí tienes, ramera, a tu enamorado!». Ella, después de mirarme, aseguró: «No lo conozco, es la primera vez que lo veo». «¿No ha bastado –le preguntó el *ifrit*– con el castigo que ya has recibido para hacerte confesar?». «No lo he visto en mi vida, y

Dios manda que no digamos mentiras para perjudicar a otro», contestó ella. El *ifrit* entonces le propuso: «Pues si no lo conoces, toma esta espada y córtale el cuello». La mujer tomó la espada, vino hacia mí y se plantó muy cerca de mi cabeza. Yo entonces le hice un significativo gesto con las cejas, mientras las lágrimas no cesaban de rodarme por las mejillas. Ella se puso en pie, me hizo a su vez un gesto casi imperceptible y dijo en voz muy queda: «Todo esto es culpa tuya». Yo quise hacerle entender que era tiempo de perdonar. Tal era mi mensaje, expresado no con palabras, sino por mi circunstancia:

Sin que la lengua actúe, traducen mis miradas,
lo que mi corazón bien escondido guarda.
En el mismo momento que, llorando, la vi
mis ojos declararon, locuaces, mi sentir.
Con los ojos transmite mi amada lo que quiere,
y, apenas muevo un dedo, al vuelo me comprende.
De nuestras cejas solas nos valemos los dos:
aun estando en silencio, sabe expresarse Amor.

Ella, señora, comprendiendo mis gestos, arrojó al suelo la espada y dijo, dando un paso atrás: «¿Cómo voy a cortarle el cuello a quien no me ha hecho mal alguno, a quien ni siquiera conozco? La sagrada Ley que profeso me impide actuar de ese modo». El *yinn* le espetó: «No puedes matar a tu amante por el simple hecho de que has pasado con él la noche, y veo que eso es bastante para que no te importe afrontar el castigo que te impondré. Te niegas a confesar, ¿eh, ramera? Bien dicen que la compasión solo se da entre seres de la misma especie...». El *ifrit* se volvió entonces hacia mí y me preguntó: «Con certeza, humano, que tú tampoco conoces a esta mujer, ¿o me equivoco?». Dije: «No, no la había visto hasta ahora mismo». El *ifrit* me tendió la espada y me dijo: «Si le cortas el cuello, te liberaré y no volveré a molestarte, pues me habré asegurado de que, en efecto, no la conoces». «De acuerdo», le dije. Tomé la espada en mis manos, avancé con determinación y, cuando ya la alzaba, la dama, valiéndose, de nuevo, de sus solos gestos y miradas, vino a decirme: «Si yo en nada te he fallado, ¿cómo me das tú tan mal pago?». Y yo, también sin pronunciar palabra, le repuse: «Dispuesto estoy a entregar por ti la vida». Éramos, en suma la viva representación de lo que dijo el poeta:

Los amantes se dicen, tan solo con los ojos,
cuanto en sus corazones de bueno o malo pasa.
Lo que afirman los párpados a menudo es sabroso,
y en extremo locuaces pueden ser las miradas.
Cuanto este con las cejas, y nada más, escribe
aquella lo interpreta solo con las pestañas.

Los ojos –continuó el segundo mendigo tuerto– se me llenaron de lágrimas; solté la espada y dije: «Enérgico *ifrit* y esforzado paladín, si esta mujer ha faltado a la razón y a la Ley de Dios, no es lícito cortarme a mí la cabeza. Pero ¿cómo voy a cortársela yo a ella si no la he visto en mi vida? No haré tal ni aunque la Muerte me tienda su devastadora copa». El *ifrit* repuso: «Bien sabéis los dos apoyaros el uno al otro..., pero yo os lo voy a cobrar, y no os saldrá barato». Tomó la espada y le asestó a la muchacha, en una mano, un tajo tal que se la cortó, y luego hizo lo mismo con la otra mano, el pie derecho y, por último, el izquierdo; de manera que acabó cercenándole los cuatro miembros de otros tantos golpes, mientras yo lo presenciaba todo con la certidumbre

de que iba a morir. En esto, vino ella a lanzarme una mirada que no se le escapó al *ifrit*: «¡Acabas de serme infiel con los ojos!», le gritó a la mujer, y le cortó la cabeza. Hecho lo cual, se volvió a mí y me explicó: «Según nuestra ley, matar a la esposa adúltera es lícito. A esta mujer la rapté, a sus doce años de edad, la noche misma de su boda, y no ha conocido a otro hombre que yo. Desde entonces he venido a visitarla, ataviado con ropas de persa, una noche de cada diez. Y nada más cerciorarme de que me ha traicionado le he dado muerte. En cuanto a ti, aún no estoy seguro de que seas el amante con quien me ha traicionado. Pero, como no puedo dejar que te vayas sin más, te doy a dar a elegir el castigo que prefieras». Yo, señora, respiré al oír esto, ansioso como estaba de salir sano y salvo; de modo que le pregunté: «¿Y qué es lo que puedo elegir?». «Te permito – me contestó– que elijas en qué te vas a convertir cuando te encante; en otras palabras, si prefieres transformarte en perro, en burro, en mono...». «Lo que yo ansío –le dije– es que me concedáis vuestro perdón. Si lo hacéis, Dios os recompensará el no haber maltratado a un hombre piadoso y buen cumplidor de la Ley, que ningún daño os ha hecho».

Y añadí: «Lo más adecuado que podríais hacer sería perdonarme, TAL COMO EL ENVIDIADO PERDONÓ AL ENVIDIOSO³⁷». «¿Y cómo fue eso?», preguntó el *ifrit*. Dije entonces:

Afirman, maese *ifrit*, que en cierta ciudad había dos hombres que vivían pared con pared. Uno de ellos envidiaba al otro y le tenía tanta ojeriza como sea posible imaginar. Y cuanto más envidiaba el envidioso más crecía su envidia, tanto que dejaba a veces de comer y no disfrutaba de lo mejor del sueño. Al envidiado, por su parte, todo le iba de perlas, y cuanto más lo envidiaba su vecino, mejor le salía a él todo. Sin embargo, sabedor el envidiado de los sentimientos del otro, de su desmesurada ojeriza, decidió alejarse de aquel vecindario poniendo tierra de por medio. «¡A todo estoy dispuesto a renunciar por causa de este hombre...!», exclamaba. Se trasladó, pues, el envidiado a otra ciudad y allí compró un terreno donde había un antiguo pozo, junto al cual se construyó un cenobio adonde llevó cuanto era menester, y se consagró al culto del Dios único. A él acudieron ascetas y mendigos de aquí y de allá, y su fama se extendió por toda la ciudad e incluso fuera de ella, de modo que su vecino, el envidioso, tuvo noticia de todo el bien que estaba haciendo, y se decidió a visitarlo, igual que hacían, por cierto, los principales de la comarca. El envidioso entró, pues, en el cenobio, y su vecino, el envidiado, salió a dispensarle la más calurosa y efusiva de las acogidas. El envidioso le dijo: «La razón de mi viaje es que tengo una buena nueva que comunicarte... Levántate, pues, y caminemos un rato». El envidiado se levantó, tomó de la mano al envidioso y fueron andando hasta los límites del recinto. El envidioso dijo: «Ordénales a tus discípulos que se retiren, cada cual a su celda, pues lo que he de decirte es secreto y no debe llegar a oídos de nadie». El envidiado les dijo a sus discípulos: «Entrad en vuestras celdas». Ellos le obedecieron, y ambos siguieron caminando hasta que llegaron al antiguo pozo. El envidioso entonces empujó al envidiado, que cayó al fondo sin que nadie se diese cuenta. Salió luego el envidioso del cenobio y tomó su camino creyendo que había matado a su antiguo vecino. Pero el pozo estaba habitado por *yinns*, que alzaron al envidiado con sus manos y lo depositaron en una roca. Uno de ellos les preguntó a los demás: «¿Sabéis quién es este?». «No», respondieron. «Este –explicó el *yinn* que había hablado– es el hombre envidiado que, huyendo de quien le tenía envidia, se vino a vivir a nuestra ciudad, fundó este cenobio, y nos hace la vida más llevadera con sus

³⁷ Comienza «El envidiado que perdonó al envidioso», historia que no figura en la recensión de Bulaq, pero sí en la de Calcuta, de donde la tomo.

rezos y lecturas santas. Pues bien, ha venido a verlo quien tanto lo envidiaba, se ha reunido con él y, valiéndose de engaños, lo ha arrojado a nuestra morada, el pozo. Y da la casualidad de que esta noche ha llegado la fama de este hombre piadoso al rey de la ciudad, que está resuelto a visitarlo mañana por causa de su hija». Los demás le preguntaron: «¿Y qué le pasa a su hija?». «Pues que está posesa –fue su respuesta–, en concreto, por nuestro congénere Maimón hijo de Dámdam. ¡Y lo cierto es que el remedio para esa posesión no podría ser más sencillo!». Uno de los *yinns* preguntó entonces: «¿Y cuál es ese remedio?». «El gato negro de este hombre piadoso –repuso el primero– tiene, al final de la cola, un rodal blanco del tamaño de un dírham, ¿verdad? Pues basta con quitarle siete pelos blancos y hacer con ellos un sahumero para que la hija del rey se libre del *yinn* insurrecto, que la dejará en paz para siempre». Y todo esto, mi señor *ifrit* –prosiguió el segundo mendigo–, lo oyó el envidiado. Bien, pues al día siguiente, nada más apuntar el alba, los ascetas fueron en busca de su superior, a quien, para su sorpresa, vieron salir del pozo, lo cual los movió a mayor veneración por él, si cabía. El cenobita se fue muy resuelto hacia el gato, al que arrancó siete pelos del mechón blanco que tenía en el rabo. Cuando el sol ya se había alzado en su recorrido por el cielo, se presentó el rey con su cortejo militar; entró en el cenobio con los grandes de su reino y ordenó a la guardia que esperase fuera. El soberano pasó luego adonde estaba el cenobita, quien lo recibió con los brazos abiertos y le preguntó: «¿Queréis que os diga, mi señor, por qué habéis venido a mí?». «Sí», repuso el rey. «Habéis venido –afirmó el hombre de Dios– a visitarme con la intención de pedirme por vuestra hija». El rey exclamó: «¡Sí, así es, venerable maestro!». El cenobita envidiado dijo: «Mandad por ella, y, si Dios quiere, sanará enseguida». Muy contento con estas palabras, el rey envió a sus servidores, que trajeron a la princesa maniatada y oculta por un velo. El cenobita la sentó, desplegó delante de ella una cortina, sacó los pelos del gato y los quemó. El ser que habitaba en la cabeza de la princesa soltó un alarido y la abandonó al instante. La muchacha recobró de inmediato el juicio, se cubrió el rostro y preguntó: «¿Qué está pasando, quién me ha traído a este lugar?». El soberano, contento como no lo había estado en su vida, besó los ojos de su hija y las manos del venerable maestro. Luego se volvió hacia los principales de su reino y preguntó: «¿Qué merece quien ha curado a mi hija?». «Que vuestra majestad la case con él», contestaron. «Tenéis razón», dijo el rey. Los casó, pues, y de esa manera el envidiado se convirtió en el yerno del monarca. Al cabo de un tiempo murió el ministro del reino, y el soberano preguntó: «¿A quién nombraremos ministro?». «A vuestro yerno», contestaron, y el envidiado pasó a ser ministro. Al cabo de un tiempo murió el monarca, y preguntaron: «¿A quién haremos rey?». Contestaron: «Al ministro», y el envidiado que se hizo cenobita se convirtió en mandatario máximo, soberano y gobernante. Y cierto día dio la casualidad de que iba este, el nuevo monarca, con sus comendadores, ministros y otros gerifaltes, a lomos de su montura, cuando cerca de él pasó el envidioso. Los ojos del envidiado se posaron, pues, en quien tanta ojeriza le había tenido, y dirigiéndose a uno de sus servidores le ordenó: «Tráeme a ese hombre sin atemorizarlo». El escudero se ausentó y volvió, al cabo de un rato, con el vecino envidioso. El rey ordenó: «Dadle veinte mizcales de mi tesoro, cargadle veinte fardos de mercancías y poned a su servicio a un guardia que lo escolte hasta su tierra». Mirad, pues, señor *ifrit*, cómo perdonó el envidiado al envidioso que tanto daño había llegado a hacerle. El envidiado, primero, se vio obligado a marcharse de su casa, y aun así fue el envidioso a buscarlo y lo arrojó a un pozo con la intención de matarlo. Pues, con todo y con eso, el envidiado al final no solo no le pagó mal con mal, sino que, además de perdonarlo, lo favoreció con largueza.

Luego –continuó el segundo mendigo– me deshice, señora, ante el *ifrit* en incesante llanto y recité:

«Con quienes se equivocan muestra benevolencia,
que el conceder perdón es propio del sensato.
Haz gala sin medida de tu talante noble,
dado que yo mis culpas todas he confesado.
Quien quiera recibir de lo Alto remisión
ha de ser, con los débiles, generoso y magnánimo».

Y añadí: «¡Pobre de mí, qué gran injusticia...!». Pero el *ifrit*, insensible a mis razones, dijo: «No vale la pena que te extiendas más. Que vaya a matarte descártalo, no tengas miedo; que te perdone es algo que no debes ansiar, y que te hechice es inevitable». Entonces se rajó la tierra y el *yinn* echó a volar llevándome consigo; alcanzó tal altura que pude ver el mundo, allá abajo, como si fuese un charco, y así seguimos hasta que me posó en la cima de un monte. Tomó entonces un poco de tierra, sobre la que musitó unas palabras y me roció con ella diciendo: «¡Abandona tu forma y conviértete en mono!», y en ese mismo instante me transformé en un mono de cien años. Cuando me vi bajo aquella espantosa forma, lloré por mi alma, me lamenté de la tiranía del Tiempo y comprendí que el curso de los acontecimientos no está en manos de nadie. Descendí por la ladera del monte, hasta la llanura, y no detuve mi marcha durante un mes hasta que llegué a orillas del mar salado, donde decidí procurarme descanso. De pronto vi que, mar adentro, había una embarcación que, con el viento a favor, se dirigía hacia tierra. Me escondí detrás de una roca, muy cerca del agua, y, llegado el momento, subí a bordo. Oí que uno decía: «¡Echadlo de aquí, que es de mal agüero!»; otro añadió: «¡Vamos a matarlo!», y un tercero: «Con esta espada voy a dar cuenta de él», al tiempo que empuñaba su arma. Yo entonces me eché a llorar derramando abundantes lágrimas, lo que movió al capitán a compadecerse de mí: «Mercaderes, ese mono ha buscado asilo en mi barco, y yo se lo doy. Ahora está bajo mi protección; que nadie se atreva a tocarle un pelo». A partir de ese momento el capitán se hizo cargo de mí, y yo, que comprendía sus palabras cuando hablaba, me puse a su servicio, resolviéndole cuantas necesidades se le iban presentando, con lo que no tardé en granjearme su afecto. Nos fueron propicios los vientos, y, al cabo de cincuenta días, atracamos en una enorme ciudad, tan populosa que solo el Altísimo habría sido capaz de calcular el número de quienes la habitaban. Nada más arribar y echar el ancla recibimos la visita de unos siervos que bajo sí tenía el monarca de aquella ciudad. Subieron, pues, a bordo, saludaron a los mercaderes y dijeron: «Nuestro rey, quien os da la bienvenida y sus parabienes, os envía este rollo de papel con el encargo de que cada uno de vosotros escriba en él una línea. Habéis de saber que nuestro soberano tenía un ministro calígrafo que pasó a mejor vida, y su majestad tiene prometido y jurado que le dará el cargo a quien muestre el mismo dominio del arte de la caligrafía que el difunto». Uno de los siervos les entregó a los mercaderes el rollo, cuyas dimensiones no bajarían de las diez brazas de largo por una de ancho, y todos cuantos sabían escribir fueron uno tras otro trazando una línea de escritura. En ese momento yo, que seguía bajo forma de mono, me levanté y les quité el rollo de las manos. Ellos, temiendo que lo hiciera pedazos y lo arrojase al agua, se vinieron hacia mí con la intención de matarme, pero les di a entender por gestos que yo también quería pasar la prueba. El capitán les dijo: «Dejadle escribir: si hace garabatos, ya le daremos alcance y el merecido castigo, pero, si de verdad resulta que puede escribir, lo adoptaré como hijo, pues nunca he visto a un mono mejor dotado de entendimiento,

y, además, calígrafo». Yo me hice entonces con el cálamo, lo mojé en tinta y empecé a trazar, sirviéndome de la letra cursiva *riqá*, que doté de todos sus diacríticos, los siguientes versos:

Si escritas tiene el Tiempo las virtudes,
sin registrar están sus muchos méritos.
¡No quiera Dios dejarnos nunca huérfanos
de quien ha apadrinado a muchedumbres!

Luego escribí en estilo *rihaní*, estilizado y diminuto:

Su cálamo a los climas abastece
para colmar de dones a los mundos.
Ni el caudaloso Nilo emula el rumbo
con que sus dedos por doquier extiende.

Y a continuación en el estilo *thúluth*, como si del título de un libro se tratase:

Todos nosotros somos mortales escribanos
cuyas composiciones sabrá guardar el Tiempo.
En el papel no dejes ni el más mínimo trazo
que, cuando resucites, te conduzca al lamento.

Y luego, en *nasjí*, como si fuese el texto de un manuscrito:

El temido presagio de alejarnos
un día nos lo impuso, fiero, el Tiempo.
A la boca acudí, pues, del tintero,
para que hablase con su lengua el cálamo.

Y luego en estilo *tumar*, propio de la más alta cancillería:

Nadie llega a califa para siempre;
pregunta, si lo dudas, al primero.
Planta los brotes que de bien posees,
y, cuando mueras, seguirán viviendo.

Y, por último, en vertical *muháqqaq*:

Del liberal tintero de la gloria,
servíos solo para dar contento,
y escribid con la tinta del benévolo,
a quien procura el cálamo la honra.

Y les entregué el rollo de papel. Escribieron su línea de escritura quienes aún no lo habían hecho, y los visitantes se lo llevaron de inmediato al rey. Cuanto este hubo examinado lo que allí había escrito, le gustaron tanto mis trazos que dejó de apreciar toda letra que no fuese la mía. Dijo por ello a sus próximos: «Id ahora mismo en busca de tan excelente calígrafo, ponédle esta suntuosa túnica, montadlo en una mula y traedlo a mi presencia a los sones de una banda». Ellos sonrieron al oír las palabras del soberano, quien exclamó muy irritado: «¡Malditos seáis! ¿Os doy una orden y vosotros os chanceáis de mí?». «No nos reímos –dijeron ellos– de las palabras de vuestra majestad, sino por cierto motivo». El rey: «¿Qué?». Los siervos: «Lo que ocurre, nuestro

señor, es que eso no lo ha escrito un ser humano, sino un mono que pertenece al capitán de la embarcación que acaba de llegar». El rey: «¿Es cierto lo que decís?». Los siervos: «¡Sí! Por la gloria de vuestra majestad lo juramos». Muy admirado con lo que oía y llevado de su impulso, dijo el rey: «¡Pues quiero comprar ese mono!», y envió al barco a unos emisarios con la mula, el traje completo y la banda de música, y las siguientes instrucciones: «Ponedle esta ropa, subidlo a lomos de una mula y traédme». Fueron, pues, al barco, donde el capitán les dejó hacerse cargo de mí, me pusieron el traje y me subieron a lomos de la mula. La ciudad se puso patas arriba, del asombro que les causó verme... Cuando, al cabo de un rato me llevaron ante el rey y lo vi, besé tres veces la tierra ante sus pies. Me mandó sentarme y yo me senté sobre mis tobillos. Todos los presentes, pero aún más el rey, se admiraron de mis buenos modales. Entonces el soberano ordenó que se marchasen todos, de manera que solo quedamos, además de su majestad y yo mismo, el eunuco y un siervo de corta edad. Luego el rey ordenó que trajeran de comer, y pusieron una mesa en la que había cuanto el capricho pueda apetecer y los ojos apreciar: no solo carnes de seres a los que el pasto alimenta, sino de los que han volado por el cielo y se han apareado en nidos, perdices, codornices y toda clase de volatería. El rey me indicó que me sirviera. Yo me levanté, besé siete veces el suelo ante sus pies y me senté a comer junto a él. Terminamos, y, después de lavarme las manos, tomé tintero y cálamo, y escribí estos versos:

Detente ante los pollos que en el puchero yacen;
llora los muslos fritos, las fuentes de faisanes,
junto con las perdices que la vida entregaron,
la sartén de mollejas, las verduras con carne...
El corazón me asolan mixtos de pescado,
servidos con su salsa sobre finos hojaldres,
y un delicioso asado, de chuparse los dedos...
¿La grasa y el adobo? ¡Memorable contraste!
A mano tengo siempre brazaletes y ajorcas;
¡mas que no falten guisos por si acuciara el hambre!
La vida me devuelven la jovial compañía
y platos bien colmados, servidos en cendales.
A mí mismo me digo: resiste, ten paciencia,
que no todos los días te abrumen con sus males.

Y luego:

¡Pescuezos de carnero: de mis males remedio...!
¡Bandejas de confite: de mi esperanza meta...!
¡Cuánto sufre mi pecho por una mesa puesta
donde tiemblen *kunafas*, con su miel y su sebo!

Y asimismo:

No ceso ni un instante, *kunafa*, de añorarte:
vivir sin ti no puedo, de ti nunca me aburro.
¡Seas tú siempre, *kunafa*, día y noche, mi condumio,
empapado que te haya la lluvia del jarabe!

Esto escrito, me levanté y fui a sentarme un poco más allá. El rey contempló los versos que había yo trasladado al papel, y, después de leerlos, se preguntó perplejo: «¿Cómo puede un

mono ser tan buen calígrafo y tener tal dominio de la lengua árabe? Este es, sin duda, el mayor de los portentos...». Luego le trajeron al monarca un vino añejo en una botella de cristal cincelado. Después de echar un trago él mismo, me invitó a beber. Yo besé el suelo, bebí y escribí sobre el recipiente mismo, como si fuera el propio licor el que hablara:

Para obligarme a hablar, me pusieron al fuego,
y, al verme resistir, todos se sorprendieron.
Por hacerme homenaje, manos me transportaron
y me dieron mil besos de beldades los labios.

Y también:

«Escánciame otra vez –dijo el alba a la noche–
del néctar que al más sabio convierte en el más torpe;
de ese que tú conoces, que es tan puro y tan limpio
que distinguir no es fácil la vasija del vino».

El rey leyó los versos, se estremeció y exclamó: «¡Si un ser humano atesorara tales talento y formación, estaría por encima de todos los de su tiempo!»». A continuación le trajeron al soberano un juego de ajedrez, y me preguntó: «¿Sabes jugar?», a lo que yo asentí con la cabeza. Me acerqué, coloqué las fichas, echamos dos partidas y las dos veces le gané. Mientras el rey volvía a su admirado desconcierto, tomé yo un pedazo de papel y escribí la siguiente descripción del juego que improvisé en ese instante:

Dos milicias de día entre sí pugnan,
con renovado ahínco, ardor y celo,
hasta que, al abatirse la negrura,
se acuestan todos en el mismo lecho.

En el colmo ya de la estupefacción al leer estos versos, ordenó el rey a uno de sus fámulos: «Ve adonde tu ama y dile: “Su majestad quiere que vayáis”, y tenga así ocasión mi querida hija, la doncella Bella sin Par, de contemplar a este mono maravilloso». El eunuco salió y volvió al punto con su ama, la princesa, quien, nada más verme, se cubrió el rostro y dijo: «¿Cómo se os ha ocurrido, padre, llamarme para que me vea un varón extraño?». «Hija mía –repuso el monarca–, aquí no estamos más que este pequeño siervo, el eunuco que te educó, este mono y yo, que soy tu padre. ¿Por qué, pues, te cubres el rostro, Bella sin Par?». «Este mono –dijo ella– no es tal, sino un varón sabio e inteligente, y de sangre real, por más señas, ya que es hijo del rey Imar, señor de las Ínsulas Interiores del Ébano, y lo ha encantado el *ifrit* Yiryís, que es de la misma estirpe de Iblís, reciente asesino de su propia mujer, la hija del rey Efitamos». Sorprendido por las palabras de la princesa, el rey me miró y preguntó: «¿Es cierto lo que dice?», a lo que yo asentí, al tiempo que me echaba a llorar. El rey se volvió hacia su hija y le preguntó: «¿Y tú cómo has sabido que está hechizado?». «Padre mío –dijo ella–, de niña tenía conmigo a una vieja astuta y avezada en las artes ocultas, que me enseñó la magia. Yo, lejos de olvidarme de aquello, me he ido perfeccionando y ya domino hasta ciento setenta capítulos del Gran Libro de la Hechicería, el más insignificante de los cuales consiste en que puedo trasladar las piedras de esta vuestra ciudad hasta más allá de Monte Qaf, y luego llevarla toda ella a alta mar y convertir a sus habitantes en peces». «Entonces por Dios te conjuro –dijo su padre–, hija mía: libera a este joven para que

pueda hacerlo ministro mío. Si tienes esa virtud, que yo desconocía, devuélvelo a su ser para que pueda asociarlo a mí, pues sin duda es ingenioso y sensato». «De mil amores», repuso ella, y enseguida tomó un cuchillo con el que trazó un círculo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 14, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el segundo de los tres mendigos siguió diciéndole a la joven dama: Sabed, señora, que la hija del rey tomó un cuchillo sobre el que había grabados ciertos nombres hebreos, y con él trazó, en medio del palacio, un círculo donde escribió asimismo unos nombres y signos mágicos, al tiempo que pronunciaba ensalmos y recitaba frases diversas, unas comprensibles y otras incomprensibles. Al cabo de un rato todo el palacio se oscureció de tal manera que pensamos que el mundo se había cerrado sobre nosotros. De repente se nos vino encima el *ifrit* en su apariencia más terrible: brazos como pértigas, piernas cual remos y unos ojos que semejaban antorchas de incandescente fuego. Todos nos asustamos, salvo la princesa, quien exclamó: «¡Sabes que no eres bienvenido!», a lo que el *ifrit* repuso: «¡Traidora! ¿Cómo te has atrevido a faltar al juramento? ¿Es que no acordamos no interferir el uno en los asuntos del otro?». «¿Y qué derecho –preguntó ella– tienes tú, malnacido, a reclamar nada?». «Ahora vas a recibir lo tuyo...», repuso amenazador el *ifrit*, y, adoptando la forma de un león de desmesuradas fauces, acometió a la muchacha. Esta, sin perder un instante, se arrancó un pelo de la cabeza y, teniéndolo entre sus dedos, musitó unas palabras, y el pelo se convirtió en una afilada espada, con la que partió al león en dos. Pero, como quiera que la cabeza de la fiera se convirtiese en un alacrán, la princesa se transformó, a su vez, en una descomunal sierpe que la emprendió contra el execrable ser, y ambos trabaron violento combate. Entonces el alacrán se transformó en águila, y la serpiente, en buitre, y este salió en persecución del águila. Parecía que no iban a cansarse nunca, pero poco después el águila se tornó gato negro y la muchacha, lobo. Y ambos, después de perseguirse un buen rato por el palacio, acabaron enzarzándose en una frenética lucha, de la que a punto estaba ya el gato de salir derrotado cuando se transformó en una granada madura y de buen tamaño. La granada cayó en un estanque que allí había, pero, al ir el lobo a por ella, se levantó en el aire por encima del palacio, sobre cuyo suelo cayó reventándose con tal fuerza que se desprendieron todos sus granos y salieron de uno en uno despedidos por la solería. El lobo se tornó gallo al punto, para poder ir picoteándolos todos, uno a uno. Ocurrió, sin embargo, que, en virtud de la divina Disposición, un grano quedó oculto junto al surtidor. El gallo empezó a cantar, a aletear, a hacernos señales con el pico, pero no entendimos lo que nos quería decir; soltó entonces tal alarido que creímos que, por su efecto, el palacio entero se nos caería encima. El gallo recorrió luego todo el lugar hasta que pudo ver el grano que había quedado oculto a un lado de la fuente y se precipitó sobre él para comérselo. En ese mismo instante el grano fue a caer al agua del estanque y se transformó en un pez que comenzó a nadar por debajo de la superficie. El gallo, en consecuencia, se convirtió en un pez de mayor tamaño, que se zambulló en persecución del otro y así estuvieron, sin que pudiéramos verlos, durante un buen rato. De pronto oímos un grito que nos sobrecogió, tras el cual emergió el *ifrit* convertido en una hoguera

que lanzaba lenguas de fuego por la boca y llamaradas y humo por las narices y los ojos; a lo cual respondió la muchacha convirtiéndose asimismo en una gran brasa.

Los demás quisimos meternos en el agua, por miedo a morir abrasados. El rey exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! ¡De Dios somos y a Él volvemos! En mala hora le encargué a mi querida hija que liberara al mono. He sido yo quien le ha impuesto la onerosa tarea de enfrentarse a ese *ifrit* malnacido, contra el que nada podrían todos sus congéneres. ¡Ojalá nunca hubiésemos conocido a ese mono, Dios lo maldiga a él y al día en que vino! Por querer hacerle un bien, por servir al Altísimo, por querer librarlo de la magia, nos vemos ahora en este trance...». Yo, mientras tanto, señora, con la lengua atada como la tenía, era incapaz de decir nada. De repente nos dimos cuenta de que el *ifrit* gritaba bajo las llamas y se venía a nuestro lado, en la galería porticada, lanzando fuego contra nosotros. La muchacha lo siguió de inmediato y comenzó a lanzarle a él también llamaradas, de modo que nos alcanzaron las chispas tanto de uno como de otra; pero, mientras que las de la muchacha no nos hacían daño, las del *yinn* sí que nos lastimaron. A mí, que seguía en forma de mono, me dio una en un ojo y me lo vació; otra le dio al rey en la cara, abrasándole la parte inferior, o sea, no solo el mentón, sino también el cielo de la boca y la fila entera de los dientes de abajo; una tercera alcanzó en el pecho al eunuco, y el pobre murió abrasado en ese punto y hora. Convencidos estábamos ya el rey y yo de que íbamos a morir de inmediato, cuando oímos una voz que exclamaba: «¡*Allahu ákbar!* ¡Dios es más grande! ¡Él nos abre todas las puertas y nos ayuda, al tiempo que abandona a quienes se revuelven contra la Ley de Mahoma, señor y cima de la humanidad!». Era la princesa, que había reducido al *ifrit* a un montón de cenizas.

La joven se acercó a nosotros y dijo: «Traedme una taza de agua», y así lo hicimos. Ella entonces, tomándola entre sus manos, pronunció ciertas palabras incomprensibles, me asperjó con el agua y dijo: «¡En virtud del Único y Verdadero, y en virtud de Su Nombre Más Grandioso, libérate y toma tu primera forma!». Yo me sacudí al punto y volví a mi condición humana, como era al principio, aunque tuerto de un ojo. La muchacha exclamó: «¡El fuego, padre, el fuego! Ya no viviré más... No estoy acostumbrada a combatir con *yinns*. Si él hubiese sido humano, lo habría matado enseguida... Solo desfallecí cuando se dispersaron los granos de la granada y hubo que ir picoteándolos, pues se me escapó el grano donde se había refugiado el espíritu del *yinn*. Si me lo hubiese comido, habría muerto él de inmediato, pero yo desconocía lo que la Providencia tenía decretado... ¿Cómo iba yo a prever que el *yinn* irrumpiría y entablaríamos una violenta guerra por tierra, aire y agua? Y eso que yo lo resistí, pues cada vez que él recurrió a un ardid, lo superé yo. Hasta que él abrió la puerta del fuego. Y son muy pocos los que, una vez abierta esa puerta, se han salvado. Sin el auxilio de la Providencia no habría podido abrasarlo antes que él a mí, justo cuando trataba yo de comprometerlo con la Ley de la rendición absoluta a Dios. Ya me muero... ¡Dios os consolará, padre, dándoos otra hija!». Y así siguió, pidiendo socorro contra el fuego hasta que una chispa negra le subió al pecho y de allí hasta el rostro. En ese instante rompió a llorar y declaró: «Doy testimonio de que hay un solo Dios y de que Mahoma es Su enviado», dicho lo cual la vimos convertida en un montón de cenizas, al lado del que había dejado el *ifrit*.

Muy tristes nos dejó a todos, y a mí, deseando haber estado en su lugar y no haber visto cómo aquel agraciado rostro de quien, por hacerme tan gran favor, había sido aniquilada, se convertía en ceniza. Pero la Sentencia de Dios es inapelable... Cuando el soberano vio a su hija

reducida a un montón de cenizas, se arrancó lo que le quedaba de barba, se dio bofetadas y se rasgó las vestiduras; yo hice lo mismo, y los dos lloramos juntos. Poco después acudieron los chambelanes y principales del reino, quienes se encontraron a su soberano desposeído de sí mismo y junto a dos montones de ceniza. Asombrados por ello, dieron vueltas alrededor del rey un buen rato. Cuando este recobró su presencia de ánimo, les contó lo que le había pasado a su hija con el *ifrit*. La impresión que se llevaron todos fue tremenda. Las mujeres y esclavas dejaron oír sus gritos, y con ellos comenzó el duelo, que duró siete días. El rey ordenó luego que construyesen sobre las cenizas de su hija un gran monumento rematado en cúpula, donde encendieron velas y lámparas. En cuanto a las cenizas del *ifrit*, las esparcieron por el aire impetrando la maldición de Dios. Hecho todo esto, el soberano contrajo una enfermedad que a punto estuvo de ocasionarle la muerte y le duró un mes, transcurrido el cual, ya sano y con la barba crecida, me mandó llamar y me dijo: «Toda la vida, joven, la pasamos felices, libres de preocupaciones, hasta que llegaste tú, trayéndonos la desgracia. Ojalá nunca te hubiésemos conocido, ojalá nunca hubiésemos visto tu feos rasgos, pues, si ahora estamos hundidos en la miseria, es por culpa tuya. Me vi, primero, privado de mi hija, que valía ella sola más que cien varones, y, además, por causa de aquel fuego, me quedé sin muelas y perdí a mi fámulo. Cierto es, sin embargo, que nada pudiste hacer para evitarlo. Todo ocurrió porque así lo tenía Dios decretado para ti y para nosotros, y alabado sea siempre el Altísimo, Quien permitió que mi hija perdiera la vida por salvarte a ti. Sal, pues, joven, de mi país. Bastante hemos tenido ya con la desgracia que nos has traído. Pero, como formaba parte de lo que Dios nos tenía reservado a ti y a nosotros, puedes irte en paz. Quedas, eso sí, advertido: si regresas y te vuelvo a ver, te mataré. ¡Vete, vete de una vez!».

De manera, señora –prosiguió el segundo de los tres mendigos–, que me fui de allí, sin apenas creer que me había salvado y sin saber qué rumbo tomar. Al ánimo se me vino cuanto me había sucedido: cómo puede huir sano y salvo de los salteadores y cómo hube de caminar durante un mes. Recordé también que entré desamparado en aquella primera ciudad, que me encontré con la mujer que vivía bajo tierra, que me salvé del *ifrit* a pesar de que estaba resuelto a matarme. Todas mis vicisitudes, pues. Alabé a Dios y me dije: «Más vale perder un ojo que la vida...». Antes de salir de la ciudad fui a los baños, me afeité la barba, me vestí con un hábito de saco negro y emprendí la marcha como pobre de Dios, mendicante y peregrino. Desde entonces, mi señora, no ha habido día en que no haya llorado al recordar las desgracias que hay tras este ojo vacío. Y, al acordarme de todo ello, sin poder evitar las lágrimas, recito:

«Bien lo sabe el Altísimo: de pesar no me tengo;
mi vida no consiste sino en males sin cuento.
Pero yo aguantaré mientras aguantar pueda,
y hasta que Él no ejecute Su divina Sentencia.
Sufriré mi derrota sin romper mi silencio,
como el calor aguantan quienes marchan sedientos,
y hasta que el mundo sepa que mis tristes desdichas
son, amén de abundantes, más acres que el acíbar.
Los piadosos resisten con noble mansedumbre,
pues lo que Dios decreta sin excepción se cumple.
Mis arcanos más íntimos tienen su fiel intérprete:
lo que en el pecho late no ha de quedar latente.
En mi lugar los montes se tornarían migas,
no arderían las llamas, los vientos cesarían.

A quienes en su vida solo miel han probado
días les llegarán más que la tuera amargos».

Recorrí luego diversas regiones y entré en distintas urbes, hasta que me encaminé hacia esta Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, con la esperanza de acceder al Comendador de los Fieles y poder referirle cuanto me había ocurrido. Y a Bagdad he llegado al atardecer, cuando me he topado con este primer hermano, que estaba parado en la calle y tan perplejo como yo mismo. Después de saludarlo, he estado conversando con él hasta que ha llegado el tercero, quien nos ha dicho: «La paz sea con vosotros. Soy forastero, un extraño». «Nosotros también –le hemos respondido–, y recién llegados en esta bendita noche». A andar hemos echado los tres juntos, sin que ninguno supiese la historia de los otros dos, y los divinos Designios han guiado nuestros pasos hasta vosotros. Tal es la causa de que esté rasurado y tuerto, señora mía.

La dama le dijo: «Tu historia es singular. Alísate el pelo y márchate». «De ningún modo –respondió el mendigo– pienso marcharme sin haber oído antes la historia de mi compañero». Entonces dio un paso al frente el tercero y último de los mendigos, quien contó lo siguiente:

NO ES MI HISTORIA, DISTINGUIDA SEÑORA³⁸, como las de mis compañeros, sino aún más extraordinaria. Y lo digo porque, mientras que ellos han sufrido las pruebas que tuvo a bien imponerles la Providencia, en mi caso, el motivo de que lleve el mentón afeitado y me falte un ojo es que fui yo mismo quien atrajo sobre sí al Decreto divino y a mi corazón las cuitas. Mi padre era rey, y, cuando murió, accedí a su solio y puse mi empeño en gobernar a mis súbditos con sabiduría, justicia y munificencia. Mi mayor afición han sido siempre los viajes marinos, lo que no es de extrañar, ya que mi ciudad está sita en el litoral, no lejos de numerosas e importantes islas y territorios costeros. Contaba yo en la mar con cincuenta embarcaciones para el comercio, y otras tantas, más pequeñas, para el recreo; así como con ciento cincuenta más, dispuestas para el combate y el yihad. Deseoso, pues, de recorrer aquellas islas, apresté diez embarcaciones, con víveres para un mes entero, y emprendí viaje. La noche que siguió a la vigésima jornada comenzaron a soplar sobre nosotros vientos contrarios, la mar se alteró de tal manera y las olas entrechocaron con tal ímpetu que desesperamos de seguir con vida. Sobre nosotros se abatió una impenetrable oscuridad, y me dije: «El temerario no merece alabanza ni aunque se salve», y le rezamos y suplicamos al Altísimo. Pero los vientos siguieron soplando y las olas chocando entre sí hasta que apuntó el alba, cuando se calmó la tempestad. Pudimos así arribar a una de las islas. Bajamos a tierra, guisamos algo y comimos. Permanecimos allí dos días, transcurridos los cuales reiniciamos la travesía y estuvimos navegando por espacio de otros veinte. Sobre nosotros volvieron a soplar vientos contrarios y el capitán quiso cerciorarse sobre el estado de la mar. De modo que el marino oteador recibió la orden de examinar con atención cuanto pudiese divisar. Subió al mástil, descendió y le dijo al capitán: «Señor, a estribor he visto bancos de peces; luego he mirado más allá y a lo lejos he divisado algo negro que de vez en cuando se volvía blanco». Cuando el capitán, que era el decano de los marinos de mi reino, hubo oído las palabras, arrojó al suelo su turbante, se mesó la barba y exclamó dirigiéndose a todos: «¡Podemos darnos por muertos!, ¡ni uno de nosotros se salvará!», y prorrumpió en amargo llanto, que enseguida se nos contagió a los demás. Yo le ordené: «Dinos, capitán, qué es lo que ha visto el oteador». Él respondió: «Sabed, mi señor, que nos perdimos cuando soplaron aquellos vientos

³⁸ Comienza «El tercer mendigo».

contrarios que no se calmaron hasta las claras del día. Tras dos días en tierra, seguimos a la deriva nueve días más, sin que haya soplado el viento que nos permita retomar nuestro rumbo. Pero esta mañana hemos ido a toparnos con una formación rocosa que emerge del fondo de la mar y recibe el nombre de Montaña de la Magnetita, hacia la cual nos arrastran las aguas, para nuestra desgracia. En ese lugar las embarcaciones se desensamblan, pues todos los clavos se salen, van hacia dicho peñasco y a él quedan adheridos. Ello se debe a que el Altísimo ha dotado a la piedra magnetita de la misteriosa propiedad de atraer al metal. En la montaña, que tenemos ya muy cerca, hay, así, tal cantidad de hierro como solo Dios puede saber, dado que, desde tiempos antiguos, han sido muchas las embarcaciones que se han desintegrado en su proximidad. Más allá de estas aguas hay una cúpula de azófar que se tiene sobre diez columnas, y sobre la cual hay un jinete montado a lomos de una yegua, ambos de cobre; el jinete lleva en la mano una lanza, del mismo metal, y el pecho cubierto por una placa de plomo en la que hay grabados ciertos nombres y signos mágicos. Pues bien, majestad, mientras ese jinete siga a lomos de su montura seguirán desensamblándose todas las embarcaciones que pasen cerca de él, las tripulaciones perecerán y todo el hierro que lleven se quedará adherido al peñasco. La única salvación consiste en que ese jinete caiga de su montura». Al acabar su explicación, señora, el capitán, a pesar de ser hombre bragado y de gran experiencia, prorrumpió de nuevo en un llanto tan desconsolado que a ninguno nos cupo la menor duda de que nuestro fin estaba próximo, de modo que comenzamos a despedirnos unos de otros. A la mañana siguiente nos hallábamos aún más cerca de la Montaña de la Magnetita, y las aguas seguían arrastrándonos a ella con fuerza irresistible. Cuando nuestros barcos estaban ya bajo ella, se abrieron, y todos los clavos y el hierro que llevábamos salió como despedido, mientras dábamos vueltas en torno al peñasco. Así estuvimos hasta el final del día, cuando, destruidas ya nuestras embarcaciones, la mayoría de nosotros se ahogó, mientras que unos pocos lograron salvarse. Fueron, de cualquier modo, muchos más los que perecieron; y en cuanto a los supervivientes, sabed que nada supieron de la suerte de los demás, ya que las olas y los vientos los llevaron a cada cual por su lado. A mí me preservó Dios para el penar, el tormento y la desgracia que le pluguieron. La cosa es que me agarré a una tabla que el viento y las olas arrastraron hasta la montaña, hacia cuya cima me encaminé valiéndome de los a modo de escalones que en ella había labrados. Una vez allí, invoqué el nombre de Dios.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 15, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el tercer mendigo siguió relatándole su historia a la joven dama, así como a quienes en la casa estaban reunidos, que seguían maniatados mientras los esclavos, de pie junto a ellos, mantenían las espadas enhiestas sobre sus cabezas:

Invoqué luego el sagrado Nombre de Dios, Le recé y Le supliqué, al tiempo que iniciaba mi camino hacia la cima de la montaña, aferrándome a los salientes y oquedades que en ella encontré. Dios serenó el viento en aquella hora y me ayudó en mi ascensión. Alcancé, por fin, la cumbre sin contratiempos, de lo que me alegré sobremanera. Mi único empeño era llegar a la

cúpula donde, nada más entrar, realicé dos *rákaas*³⁹ dándole gracias a Dios por haber llegado a salvo. Luego me quedé dormido, bajo la misma cúpula y, en sueños, oí una voz que me decía: «Hijo de Jasib, cuando despiertes, cava un hoyo bajo tus pies y encontrarás un arco de cobre y tres flechas de plomo sobre las que se han grabado signos mágicos. Tómalos y dispara contra el jinete que está en lo alto de la cúpula, para que las gentes descansen de esta terrible calamidad. En cuanto hayas alcanzado al jinete, este se precipitará al mar al mismo tiempo que el arco caerá de tus manos; recupéralo y entiérralo donde haya caído. Hecho todo esto, subirá el nivel de las aguas marinas, que cubrirán la montaña, y aparecerá una pequeña embarcación donde vendrá un individuo, también de cobre, pero distinto del jinete al que habrás alcanzado con el proyectil. Se acercará a ti, provisto de un remo. Sube, pues, al bote, sin invocar el nombre de Dios, y el individuo te recibirá y remarará durante diez días hasta que te lleve al Mar de la Tranquilidad. Una vez allí, encontrarás a quien sabrá llevarte a tu tierra. Pero recuerda que todo esto se cumplirá siempre que no invoques el nombre del Supremo».

Me desperté entonces y, siguiendo con diligencia las instrucciones de la voz, me dirigí a orillas de la mar y desde allí disparé contra el jinete; le alcancé y se precipitó al agua, al mismo tiempo que el arco caía de mis manos. Lo recogí y, no bien lo había enterrado, comenzó la mar a agitarse y a subir hasta que cubrió la montaña en la que aún seguía yo. Poco después vi un bote que hacia mí venía, por lo que alabé, para mis adentros, al Altísimo. La embarcación llegó hasta mí, tripulada por un individuo de cobre de cuyo pecho pendía una lámina de plomo con ciertos nombres y signos mágicos grabados. Me acomodé en el bote sin pronunciar una sola palabra, y el de cobre remó durante un día y otro y otro, hasta que, cumplidos los diez, divisé Costa de Tranquilidad. Tan contento me puse que invoqué el Nombre de Dios; proclamé Su unicidad diciendo «No hay más que un solo Dios», y Su trascendencia exclamando «¡Dios es más grande!». Nada más haber dicho todo esto, el autómatas me arrojó del bote y, dando media vuelta, volvió a dirigirse a alta mar. Yo, que era buen nadador, nadé durante todo el día, hasta que, caída ya la noche, se me agotó la fuerza de los brazos y se me extenuaron los hombros de modo tal que me tuve por perdido. Mientras recitaba, pues, la profesión de fe, con la certidumbre de que iba a morir, la mar se agitó con el tempestuoso viento, y una ola de la altura de un castillo me arrastró y me despidió con fuerza contra el litoral, para lo que Dios quisiera hacer de mí. Me adentré un poco más en tierra firme, me quité la ropa, la retorcí bien, la tendí en el suelo y allí mismo pasé la noche. A la mañana siguiente, después de vestirme, miré a mi alrededor. Vi que me encontraba en una suerte de vega, de modo que la rodeé y me di cuenta de que me hallaba en un islote. «¡Cada vez que me libro de una calamidad, caigo en otra aún mayor!», exclamé. Seguía yo pensando en mi sino y deseando la muerte, cuando divisé un barco en el que venía gente. Me puse en pie y me subí a un árbol. VI ENTONCES QUE LA EMBARCACIÓN⁴⁰ atracaba y de ella bajaban diez esclavos provistos de palas. Caminaron hasta llegar al centro de la isla, y en un punto determinado cavaron hasta descubrir una plataforma. Levantaron y abrieron la trampilla que en esta había, regresaron a la embarcación y comenzaron a acarrear pan, harina, grasa, miel, ovejas y cuanto pudiera precisar quien en el subterráneo viviera. Y así estuvieron los esclavos, yendo y viniendo de la embarca-

³⁹ Una *rákaa* es una serie de movimientos, actitudes y recitaciones fijas, de que se compone cada acto de oración ritual (véase noche 441).

⁴⁰ Comienza una nueva historia, «El mancebo del subterráneo», título que me permito añadir, pues en las ediciones comerciales no suele aislarse la historia como tal.

ción a la plataforma, hasta que hubieron transportado toda la carga de víveres. A continuación desembarcaron una vez más trayendo consigo ropa de la mejor calidad. Los acompañaba ahora un venerable anciano, vencido ya por el paso del tiempo, que venía ataviado con un manto de color azul que los vientos movían ora a poniente ora a levante. Era tal como dijo el poeta, poniéndose en su lugar:

La sacudida recibí del Tiempo,
que es, ya se sabe, potente y violento.
Sin fatigarme caminaba antaño;
hoy resoplo sin dar un solo paso.

El anciano, además, venía de la mano de un mancebo vaciado del molde mismo de la donosura y vestido con la túnica de la perfecta elegancia; tan agraciado, en fin, que bien podría haber dado lugar a merecidas antonomasias y refranes. Un junco fresco que al corazón embelesaba y quitaba el sentido... Con razón dijo de él el poeta:

Para con él compararlo,
trajeron a la Belleza,
quien, después que vio al mancebo,
se moría de vergüenza.

«¿Has visto algo igual, Belleza?»,
preguntaron, por herirla;
pero ella, sin inmutarse,
dijo: «Jamás en la vida».

Pues bien, señora, el grupo fue caminando hasta llegar a la plataforma de la que se sirvieron todos para descender y desaparecer de mi vista. Abajo estuvieron un buen rato hasta que los vi salir de nuevo, a todos, o sea, al anciano y los esclavos, pero sin el mancebo. Cerraron la trampilla, cubrieron la plataforma y, después de dejarlo todo como estaba, regresaron al barco y se hicieron a la mar. Bajé entonces del árbol y fui hasta donde estaba acumulada la tierra, que volví a trasladar con mucho esfuerzo hasta que la hube removido toda. Dejé así al descubierto la plataforma, que era una madera del tamaño de una piedra de molino. Levanté la trampilla y vi que debajo había una escalera de caracol en piedra. Muy admirado por ello, bajé peldaño a peldaño hasta llegar a un espacio abierto que daba acceso a una suerte de vergel, luego a otro y luego a otro, así hasta completar el número de treinta y nueve. En cada uno de aquellos huertos vi árboles, riachuelos, frutos y diversas maravillas, tales que resultaría fatigoso describir en detalle⁴¹. A continuación había una morada muy limpia, cubierta de alfombras y sedas, donde se hallaba el mancebo a quien había visto antes, reclinado en una alta tarima. Descansaba sobre un almohadón redondo y sostenía un abanico en su mano; ante él había dispuestos varios ramilletes de hierbas aromáticas y otras fuentes de perfume. Estaba completamente solo. Cuando me vio, se le demudó la color; yo le dirigí el *salam*, el saludo de la paz, y le dije: «¡Descanse vuestro ánimo! No temáis, que todo irá bien... Soy humano, como vos; un príncipe, hijo de rey, y los divinos Designios me han conducido a vos para que os acompañe en este retiro. ¿Cuál es vuestra historia? ¿Por qué motivo habéis de vivir aislado y bajo tierra?». Cuando el joven se hubo asegurado de que yo era

⁴¹ En este punto se interrumpe bruscamente, en las ediciones que dependen de Bulaq, la historia del mancebo.

uno de su misma condición y aproximado rango, se alegró, recobró la color, me invitó a que me acercara y exclamó: «¡Mi historia, hermano, es de todo punto maravillosa...! Mi padre se dedica al comercio de alhajas. El suyo es un negocio lucrativo bien establecido: tiene esclavos propios, amén de otros mercaderes que trabajan a su servicio, y estos viajan por cuenta de mi padre en embarcaciones que extienden el negocio hasta los países más lejanos. Los suyos son tratos y capitales de grandes proporciones... Yo soy su único hijo. Pues bien –prosiguió el mancebo–, una noche soñó mi padre que tendría un hijo y que este moriría prematuramente, de modo que despertó dando grandes voces y llorando con amargura. A la noche siguiente mi madre quedó encinta de mí. A partir de esa fecha, que quedó registrada, pasaron los días y mi madre me trajo por fin al mundo, para gran contento de mi padre. Este organizó banquetes y dio de comer a los pobres, por haber tenido descendencia al final de sus días. Reunió luego a astrólogos, expertos en calendarios, sabios en materia de cronología y eruditos en genealogías y nacimientos; quienes, después de sacarme el horóscopo, le dijeron: “Vuestro hijo vivirá hasta los quince años, cuando está predestinado a verse en gravísimo peligro. Si llegara a salvarse, moriría de viejo. La causa de su muerte, según nuestros cálculos revelan, será la siguiente: en el Mar de la Perdición se encuentra la Montaña de la Magnetita, en cuya cima hay un jinete a lomos de una yegua de cobre. El jinete, de cuyo pecho pende una lámina de plomo, caerá de su montura, y, al cabo de cincuenta días, morirá vuestro hijo. Su matador será el mismo que derribe al jinete, y es un príncipe llamado Ayib hijo de Jasib”. Grande fue –continuó el mancebo– la zozobra de mi padre, quien me dio la mejor crianza y educación hasta que cumplí los quince años. A los diez días de mi aniversario recibió la noticia de que el jinete había caído al mar, y de que lo había derribado el príncipe Ayib, hijo del rey Jasib. Y, por miedo a que este me matara, me trajo aquí mi padre. Tal es mi historia y el motivo de mi soledad».

Asombrado por su relato, me dije para mis adentros: «¡Yo soy quien ha hecho lo que este joven dice! Pero jamás lo mataré». Y, en voz alta: «Bastante habéis perdido ya, demasiado habéis sufrido... Pero, Dios mediante, no volveréis a padecer angustia ni temor algunos. Me quedaré a vuestro lado durante un tiempo, os serviré y luego reemprenderé mi camino. Os haré, en suma, la espera más soportable estos días, y, cuando hayan transcurrido, podréis ponerme al cuidado de algunos siervos de vuestro padre para que me acompañen en mi viaje de regreso». Y me senté con él, a conversar, hasta que cayó la noche. Me levanté entonces y encendí una vela con la que prendí las lámparas. Luego volvimos a sentarnos ante una opípara cena que concluimos con unos dulces, y seguimos charlando hasta que se consumió buena parte de la noche. Él se quedó dormido, yo lo tapé, me levanté y me eché también a descansar.

A la mañana siguiente calenté un poco de agua y llamé al mancebo con cuidado. Cuando despertó, me acerqué a él con el agua caliente; se lavó la cara y exclamó: «¡Qué buen regalo me ha hecho Dios! Os prometo que, cuando salga de este trance y me libre de ese Ayib hijo de Jasib, haré que mi padre os recompense. Si, por el contrario, muero, la paz sea con vos». «¡No llegue nunca –exclamé– el día en que recibáis daño! Ojalá Dios me dé a mí la muerte antes». Traje entonces algo de comida y desayunamos. Encendí después un oloroso incienso, preparé el tablero de *mancala* y estuvimos jugando un rato. Por la noche volví a encargarme de encender las lámparas; luego me senté a su lado y estuvimos charlando hasta altas horas de la madrugada, cuando él se quedó dormido. Lo tapé y me eché yo también a descansar. Así pasaron, señora, los días y las noches, y mi corazón se fue llenando de afecto hacia el mancebo, hasta que, libre de

mis congojas, me dije a mí mismo: «¡Los astrólogos mintieron! Bien sabe Dios que jamás le daré muerte». Y así seguimos: yo lo servía, comíamos juntos y charlábamos, hasta que llegó el día treinta y nueve. Cuando cayó, pues, la noche que hacía el número de cuarenta el muchacho, muy contento, dijo: «Alabemos, hermano, a Dios, que me ha librado de la muerte y me ha colmado de bendiciones gracias a tu llegada y compañía. ¡A Dios le pido que te devuelva a tu tierra, como de-seas! Pero quisiera, hermano, que me calentaras un poco de agua para que pueda darme un baño y lavarme todo el cuerpo». «¡De mil amores!», le contesté y le calenté una gran cantidad de agua, en la que lo ayudé a sumergirse. Le lavé bien todo el cuerpo, con harina de altramuces, le froté los miembros, lo serví, le puse ropa limpia y le preparé un mullido lecho, en el que se tendió a descansar, como suele hacerse después del baño, y me dijo: «Hermano, corta un melón y prepara un licuado con azúcar cande». Entré, pues, en la cámara, donde encontré un buen melón, lo puse en una bandeja, y le pregunté: «¿Tenéis, mi señor, un buen cuchillo?». «Ahí está –dijo él–, en ese estante, encima de mí». Movido por la prisa, tomé el cuchillo y lo saqué de su vaina. Di un paso atrás y tropecé con tal mala suerte que fui a caer sobre el muchacho sin soltar el cuchillo, el cual ejecutó lo que estaba escrito desde la Eternidad, ya que se clavó en el corazón del chico. Murió en el acto. Cuando, al soltar su último estertor, me di cuenta de que estaba muerto y de que había sido yo quien lo mató, lancé un alarido, me abofeteé la cara, me rasgué las vestiduras y exclamé: «¡De Dios somos y a Dios tornamos...! ¡Oíd, sumisos al Altísimo! A este muchacho le quedaba una sola noche para que pasase el peligro que, según le habían pronosticado astrólogos y sabios, se extendería cuarenta días. Su plazo final estaba en mis manos... ¡Ojalá me hubiese muerto yo antes de ir a cortar ese melón! ¡Desgracias y sofocos, no más que desgracias y sofocos! Pero lo que Dios ha dispuesto ha de cumplirse siempre...».

Sabedor, pues, de que había sido yo en efecto quien dio muerte al mancebo, me puse en marcha de inmediato. Ascendí a la superficie valiéndome de la escalera, volví a amontonar la tierra, dejándola tal como la encontré, y miré hacia la mar. No muy lejos divisé una embarcación que se aproximaba. Lleno de miedo, pensé: «Llegarán enseguida, se encontrarán al muchacho muerto y, al saber que he sido yo quien ha puesto fin a su vida, me matarán a mí». Busqué, pues, un árbol alto, trepé y me escondí en su copa. No llevaba allí mucho cuando vi desembarcar a los esclavos, con quienes venía el anciano padre del muchacho. Llegaron al lugar donde se amontonaba la tierra, la removieron, descendieron y se encontraron al mozuelo dormido, con la cara reluciente por efecto del baño y la ropa limpia, pero con un cuchillo clavado en el pecho. Gritaron, lloraron, se abofetearon los rostros y profirieron toda clase de lamentos. El anciano perdió el sentido, y, al cabo de un buen rato, como los esclavos creyeron que su amo no sobreviviría al muchacho, envolvieron a este en sus propios vestidos, tendieron sobre él un manto de seda y regresaron al barco. El anciano volvió en sí, cuando se hubieron ido, y, después de mirar a su hijo, que allí yacía muerto, volvió a golpearse el rostro y a arrancarse los pelos de la barba. Su dolor por la muerte del muchacho era tal que cayó de bruces y volvió a prorrumpir en llanto mientras se echaba tierra por la cabeza. Todo esto ocurrió mientras yo permanecía en el árbol, tratando de ver lo que ocurría. Mi corazón había encanecido, mucho antes que mi cabeza, por las muchas penas que había tenido que afrontar. De modo que recité:

«¡Cuántas mercedes del Señor se ocultan
a las inteligencias más agudas!

¡Cuán a menudo la aflicción del día
se torna, con la noche, en alegría!
Serena calma sigue al temporal
que nos colmó de miedo y ansiedad».

El anciano, mi señora, siguió desvanecido hasta el ocaso. Entonces volvió en sí, miró a su hijo y comprobó que había sucedido lo que tanto temiera. Se golpeó con saña cabeza y rostro y recitó:

«El corazón, de pesos abrumado, se espanta;
los párpados no cesan de verter acres lágrimas.
¡Cuán lejos, mi Señor, quienes amo quedaron!
Y otra vía no encuentro sino echarlos en falta...
Si no hubieran llegado nunca a verte mis ojos,
que sufrir no tendrían ahora la desgracia.
Ningún descanso encuentra mi pobre corazón,
que ha sido pasto inerte de inextinguibles llamas.
¡Ay de aquellos momentos, dichosos y fugaces,
cuando estábamos todos juntos en nuestra casa!
Mas de la muerte el ángel nos apuntó con su arco,
y sus flechas certeras a quien buscan alcanzan.
Mil veces preferible sería que la muerte
con nuestra relación de una vez acabara.
Os ruego, no digáis que es demasiado tarde.
no tratéis de quitarme mis magras esperanzas.
¿O es que no ha de alumbrar una vez más el día
que la dicha perdida devuelva a nuestra casa,
y sea como fue, antes de que la flecha
que todo lo destroza nuestra suerte alcanzara?
Flecha que, con gran tino, alcanzó el mejor blanco:
el de quien se merece la más sólida fama.
Me refiero a mi hijo, del que, antes que estos versos,
los acontecimientos a las claras hablaban.
Por estar otra vez, mi querido, contigo,
en este mismo instante diera de grado el alma.
Si vocalizo “luna”, se oculta tras las nubes;
si “sol”, hacia el ocaso su marcha hace más rauda.
Las raíces profundas de los tristes recuerdos,
por más que yo quisiera, no hay modo de arrancarlas.
Del envidioso el ojo, que nunca se distrae,
observa, satisfecho, el fruto de su hazaña⁴²».

Dicho esto, el anciano dejó escapar un último suspiro al tiempo que el espíritu le salía del cuerpo. Los esclavos, lamentando desde lo más hondo la lastimosa muerte de su señor, se echaron tierra sobre la cabeza y, sin dejar de llorar, trasladaron su cadáver a la embarcación y lo depositaron junto al de su hijo. Soltaron luego las velas y desaparecieron de mi vista. Bajé del árbol, volví al subterráneo y pensé en el muchacho, y, al ver sus pertenencias, recité:

⁴² Traduzco esta larga elegía, ausente de la recensión de Bulaq y las ediciones de ella derivadas (y cuyo contenido se ajusta solo deficientemente con la historia, pero no más de lo que ocurre con otros poemas), a partir de la segunda edición de Calcuta, y completándola con la que puede hallarse en la edición comercial contemporánea de Dar alkútub alilmía.

«Me embarga tal nostalgia al ver sus trazas
que sus terrenos riego con mis lágrimas,
y a Quien dictó de su partida el “¡Sea!”
pido que su regreso me conceda».

Salí de la morada subterránea y, por espacio de un mes, me dediqué a recorrer la isla durante el día para volver a meterme bajo la plataforma a la caída de la tarde. Día tras día observaba yo los confines de la isla, y, transcurrido que hubo el mes, me di cuenta de que la marea había ido bajando por poniente, tanto que me ya me era posible buscar mi salvación. Atravesé buceando las aguas marinas que aún quedaban y alcancé la tierra firme de la costa, donde me hallé ante una extensión de dunas en que hasta las patas de un camello habrían quedado inmobilizadas, hundidas hasta las rodillas. Pero, sacando fuerzas de flaqueza, conseguí cruzar la arena. Vi entonces una suerte de fuego cuyas llamas relumbraban con fuerza a lo lejos, y hacia allá me dirigí con la esperanza de encontrar alivio a mis dificultades. Y recité:

«Acaso quiera el Tiempo tomar un nuevo rumbo
y llevarme a buen puerto, lejos del infortunio».

AL ACERCARME⁴³, reparé en que se trataba de un palacio fortificado con una puerta de latón, tan lisa y bien pulida que, cuando el sol brillaba, relumbraba más que el fuego. Contento por haberlo visto, me senté ante la entrada del edificio. Y no bien lo hube hecho, aparecieron diez jóvenes, acompañados de un venerable anciano. Los jóvenes iban de punta en blanco, pero eran todos tuertos del ojo izquierdo. Este rasgo que todos compartían me sorprendió mucho. Cuando me vieron, me saludaron y me preguntaron si estaba bien y cuál era mi historia. Yo les conté las desgracias que me habían acaecido, y ellos, admirados por mis palabras, me acogieron y me acompañaron al interior del palacio. En una sala de este había diez estrados, cada uno con su lecho y su cobertor azul, y, en medio de todos ellos, un estrado más pequeño, pero semejante a los demás, también con un cobertor azul. Nada más entrar, cada uno de los jóvenes subió a su estrado, mientras que el anciano se paró junto al más pequeño, que estaba en medio de los demás, y dijo: «Siéntate aquí, joven, y no preguntes por nuestras circunstancias ni por el motivo de que estemos todos tuertos». Dicho esto, fue dándole a cada uno de los demás, incluido yo mismo, dos recipientes, uno con comida y otro con agua. Luego se sentaron todos y comenzaron a hacerme preguntas sobre todo lo que me había ocurrido; yo les fui respondiendo como mejor pude hasta que hubo pasado la mayor parte de la noche. Entonces dijo uno de los jóvenes: «Hora es ya, venerable maestro, de que recibamos nuestra justa retribución». «Cierto es», repuso el anciano, quien se levantó y entró en una cámara, de la que regresó trayendo sobre la cabeza diez platos, tapados por otros tantos, de color azul, que distribuyó entre los jóvenes. A continuación encendió diez velas y levantó los platos que hacían las veces de tapaderas. Debajo de cada uno había una cantidad de ceniza, polvo de carbón y restos negros de marmita. Los jóvenes todos se arremangaron y se tizaron las caras. Luego se abofetearon los rostros, se dieron de puñadas en el pecho, se rasgaron las vestiduras y comenzaron a decir: «¡Con nuestra comodidad jugó la curiosidad!». Y así siguieron casi hasta las claras del día, cuando el anciano les calentó agua, y los jóvenes se lavaron y se pusieron ropa limpia.

⁴³ Comienza «Los diez jóvenes y el venerable anciano», o, alternativamente, «Los diez tuertos».

Todo esto, señora –prosiguió el tercer y último mendigo–, me desconcertó sobremanera, y, como dudase de mi propio juicio, me sentí tan lleno de inquietud que olvidé cuanto me había ocurrido a mí. Al cabo, incapaz de guardar silencio, les dije: «Sois sin duda, y gracias al Cielo, personas en sus cabales; sin embargo, todo eso que habéis hecho es propio de quien no está cuerdo. Tengo, pues, que pedirlos, por lo que os sea más querido, que me declaréis por qué motivo os falta un ojo y por qué os tiznáis la cara con ceniza y hollín». Muy decididos, me contestaron: «No te dejes llevar de tu inexperiencia, joven, y no vuelvas a pedírnoslo», y, dicho esto, se levantaron, y otro tanto hice yo. Vino entonces el anciano con la comida. Dimos buena cuenta de ella y estuvimos de sobremesa hasta la madrugada. Aquella noche hicieron lo mismo que la anterior. Así seguimos durante un mes, y, al cumplirse este, volví a decirles: «Si no ponéis fin a mis cavilaciones, jóvenes amigos, dándome cuenta del motivo de que os tiznéis la cara con hollín, os dejaré de inmediato». A lo que ellos respondieron: «Lo mejor es que sigamos guardando nuestro secreto, pues, si te lo desveláramos, te tomarías uno de nosotros». «Tiene que ser como digo –respondí–. De lo contrario, dejad que emprenda viaje hacia los míos y pueda así descansar de todo esto. Pies, ¿para qué os quiero?, como suele decirse, o asimismo: ojos que no ven, corazón que no siente».

Ellos sacrificaron un carnero y, después de desollarlo, me dieron un cuchillo y la piel del animal, y me indicaron que me envolviera en ella y la cosiera desde dentro. Y añadieron: «Luego recibirás la visita de un ave de descomunal tamaño, un *rojij*⁴⁴, que te tomará en sus garras y volando te llevará hasta la cima de cierta montaña. Sal de la piel del carnero, sin cuidado, pues el ave, al verte, se asustará y huirá. Camina luego por espacio de media jornada y te verás ante un castillo de extraña apariencia. Entra en él y tu deseo se cumplirá, pues lo que nos has visto hacer y el que seamos turtos se debe todo a que nosotros también estuvimos en ese castillo. Eso nos ahorrará el tener que contarte uno por uno nuestra experiencia». Muy contento quedé yo con aquellas palabras.

Hicimos, pues, lo que acababan de decirme; vino la descomunal ave, me llevó consigo y me dejó en una montaña. Salí de la piel que me envolvía y entré en el castillo, donde me encontré con cuarenta doncellas que eran como cuarenta lunas, tales que nadie podría haberse cansado de mirarlas. Ellas, no más verme, me dijeron todas: «Muy bienvenido seáis, señor; hace ya un mes que os esperamos con impaciencia. Loado sea Quien nos concede a todos lo que merecemos». Luego me llevaron a un alto estrado donde me invitaron a sentarme, y me dijeron: «Hoy sois nuestro señor y dueño, y nosotras, vuestras siervas, y, como tales, quedamos a vuestra entera disposición. Ordenadnos, pues, lo que os venga en gana, que os obedeceremos». Atónito quedé por todo ello. Trajeron luego alimentos y comimos todos juntos, y, cuando nos hubimos saciado, me sirvieron la bebida. Mientras yo seguía en mi sitio, rodeado por las jóvenes, cinco de ellas se levantaron, tendieron una estera y alrededor dispusieron ramilletes odoríferos, fruta fresca y frutos secos en generosas cantidades. Trajeron luego el vino y nos sentamos todos a beber. Sacaron laúdes con los que acompañar sus poemas y cantos, y las vasijas y copas comenzaron a circular entre nosotros. La alegría que experimenté fue tal que me olvidé de todos los pesares del mundo. «¡Esto sí que es vida!», exclamé. Y así seguimos hasta que llegó la hora de irse a dormir. «Elige ahora a cualquiera de nosotras, la que prefieres para que duerma contigo esta noche», me dijeron.

⁴⁴ Con diferentes grafías, «roc», «rokh», «rujj», etc., el término designa un ave fantástica, cuyos rasgos se irán describiendo en esta y sucesivas historias de *Mil y una noches*.

Yo me decidí por una de ellas, agraciada de rostro, con los ojos y los cabellos color de azabache, dientes separados, perfectas prendas y unidas cejas; tal que más parecía un espigado junco o una varita de espliego; aunque mejor sería decir que la joven era en suma motivo más que suficiente para perder la cabeza. No en balde dijo de ella el poeta:

Necedad es hablar de finas ramas
y es error compararla con gacelas,
que ni soñar podrían con su garbo,
ni escanciar de sus bocas dulce néctar,
y a las que faltan esos ojos negros
que son a un tiempo mi prisión y flechas.
¿Cómo por ella no beber los vientos
si ardores de chiquillo me despierta?

La miré y le dije:

«No tiene mi mirada otro objetivo,
mi mente de otra cosa no se ocupa.
Solo existe en el mundo su hermosura;
por ella me debato y agonizo...».

Me levanté, pues, me fui con ella y pasé una noche como no he vivido otra. A la mañana siguiente me llevaron al baño, me lavaron y vistieron con la ropa más suntuosa. Luego me trajeron de comer y de beber. Las copas circularon de mano en mano hasta la noche, cuando elegí a otra de ellas, muy salada y de perfectas formas; de quien dijo el poeta:

Dos pomos lleva al pecho sellados con almizcle;
sus ojos los preservan certeros proyectiles.

Con ella pasé la noche más hermosa. Y, por no ser en exceso prolijo, mi señora, os diré que así seguí, llevando con aquellas cuarenta jóvenes la vida más muelle y regalada, durante un año entero. Cuando este llegó a su término, me dijeron: «Ojalá no os hubiésemos conocido, pues acaso no os guste lo que hemos de deciros», palabras a las que siguió el llanto de todas. Muy sorprendido, les pregunté: «¿Pues qué pasa?». «Somos –respondieron ellas– hijas de reyes y estamos aquí, todas juntas, desde hace años. Solemos ausentarnos durante cuarenta días y luego permanecemos en este lugar un año entero, comiendo, bebiendo disfrutando y cantando, hasta nuestra siguiente ausencia. Tal es nuestra costumbre. Y ahora, cuando ya es tiempo de que nos marchemos, tememos que contravengáis nuestras instrucciones. Ello es que os hacemos entrega de las llaves del palacio, donde hay cuarenta puertas; de ellas podéis abrir hasta treinta y nueve, pero guardaos mucho de abrir la que hace el número de cuarenta». «De ningún modo la abriré», les contesté yo. Una de ellas se adelantó, me abrazó sin poder reprimir las lágrimas y recitó:

«Si vos y yo algún día volvemos a estar juntos,
el Tiempo sonreirá, por más que sea ceñudo.
Si otra vez vuestros ojos me alumbraran los míos,
tendría que eximir de todo a mi destino».

Yo le repuse, asimismo, con unos versos:

«Propósitos me trajo, cuando me dijo adiós,
de un pecho que incendiaban las llamas del amor.
De perlas derramadas y cornalina roja
se hizo para el cuello la más preciada joya⁴⁵».

Al verlas llorar de aquel modo, les juré que por nada del mundo abriría yo aquella puerta, y, después de cumplir con los deberes de la despedida, salieron y se marcharon a toda prisa, dejándome solo en el palacio. Cuando ya caía la tarde, abrí la primera puerta, la traspasé y me hallé en una morada que era como un paraíso. Había un huerto con árboles de intenso verde y sazonados frutos; se oía el trinar y gorjear de pájaros, y el rumor de aguas que corrían presurosas. Todo aquello me calmó los ánimos. Caminé entre los frondosos senderos, aspiré las fragancias de las flores, oí el canto que las aves elevaban en alabanza del Único, del Todopoderoso. Me admiré del tinte bicolor de la piel de la manzana, donde se alternan el rojo y el amarillo, tal como dijo el poeta:

Del amor los dos tintes la manzana reúne:
el del amado pómulo con la tez de quien sufre.

Luego me recreé en los membrillos y aspiré su aroma, que deja en mal lugar al almizcle y al ámbar gris. Razón tuvo el poeta que dijo:

Para la humanidad es el membrillo
el fruto que domina el primer rango.
Aunque huele a abelmosco, sabe a vino;
es redondo, cual luna, mas dorado.

Me fijé después en las ciruelas, que son como rubíes hechos pulpa, y salí de aquel lugar dejando la puerta de la cámara como la encontré. Al día siguiente abrí otra puerta, entré y me hallé en un gran terreno donde crecían altas palmeras, discurría una copiosa corriente de agua y abundaban rosas y jazmines, mejorana y narcisos, cuyos aromas esparcía la brisa y a mí me comunicaron intensa placidez. Al abrir, más tarde, la tercera puerta, me encontré con una espaciosa sala, de marmóreos muros multicolores, con distintas gemas engastadas, y donde había dispuestas jaulas de sándalo y palo áloe en las que cantaban el ruiseñor y el pichón, el mirlo, la tórtola y el nubio canoro, lo cual me atemperó y calmó de tal manera que me quedé allí dormido hasta el amanecer. Abrí después la cuarta puerta, que daba acceso a una gran mansión en la que había cuarenta hornacinas abiertas, y donde vi tal cantidad y calidad de perlas, rubíes, topacios, esmeraldas y otras indescriptibles piedras que no pude sino exclamar para mí mismo: «¡No creo que ningún rey tenga nada igual en su cámara de los tesoros!».

Y, con el ánimo de nuevo calmado, pensé que me había convertido en el soberano de mi era, y que todos aquellos caudales eran un favor que Dios me concedía y venían a sumarse a las cuarenta beldades que bajo mi mano tenía. Y así seguí, pasando de un lugar a otro hasta que transcurrieron treinta y nueve días, período durante el cual había abierto otras tantas puertas, de manera que solo me quedaba la que hacía el número de cuarenta, que me habían prohibido abrir.

⁴⁵ La imagen es convencional en la poesía árabe clásica: las perlas son lágrimas y las cornalinas, gotas de sangre.

Me resultaba imposible, señora, pensar en otra cosa, y, para mi desgracia, Satán me infundió la idea de abrirla, a la que no pude resistirme aunque solo quedaba un día para que se cumpliera el plazo fijado. De manera que fui hacia aquella puerta. Nada más abrirla percibí un olor tan penetrante que me tiró por el suelo, desmayado. Desperté al cabo de un buen rato y, sacando fuerzas de flaqueza, traspasé el dintel y entré. Me hallé entonces en una sala con el suelo cubierto de azafrán, iluminada por lámparas de oro, y donde había dos grandes incensarios, llenos ambos de una mixtura de palo áloe, ámbar gris y miel. Y vi un caballo tan negro como la noche más lóbrega. Delante de la noble bestia había dos comederos de cristal, uno con semillas de ajonjolí descascarillado, y el otro, con agua de rosas perfumada de abelmosco. El caballo estaba amarrado y embridado, y llevaba una silla de oro bermejo. Al verlo, exclamé: «¡Buena montura esta!», y, trastornado aún por Satán, lo saqué y lo monté. El animal, sin embargo, no se movió ni un ápice. Tomé entonces la fusta y le asesté un buen latigazo, a resultas del cual la bestia, soltando un relincho tan sonoro como un trueno, desplegó las alas y echó a volar, perdiéndose por el cielo durante cosa de una hora.

El caballo volante se posó por fin en una azotea donde me tiró al suelo, y me asestó con la cola un golpe tan desgraciado que me saltó un ojo, cuya esfera me quedó colgando encima de la mejilla, y, sin más, huyó. Al bajar de la azotea me encontré con los diez jóvenes tuertos, que exclamaron al verme: «¡En mala hora has llegado!». Yo, con todo, les pregunté: «¿Puedo ahora unirme a vuestro grupo, sentarme con vosotros y llenarme la cara de hollín?». Ellos contestaron: «¡De ningún modo! Y ya puedes estar marchándote». Me alejé de ellos con el corazón contrito y lágrimas en los ojos, y exclamé: «¡La curiosidad vino a acabar con mi vida de placer y molicie!». Me rasuré la barba y me lancé a recorrer el mundo. Y, como quiera que Dios me tenía escrita la salvación, después de haber recorrido Sus caminos he llegado en el día de hoy a esta Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, donde me he encontrado con estos dos tuertos, a quienes, después de dirigirles el *salam*, he dicho: «Soy forastero, un extraño». «Nosotros también somos extraños», me han respondido ellos. Este es, pues, señora, el motivo de que me veáis tuerto y con la barba rasurada.

La joven dama, o sea, la dueña de la casa, le dijo, como a los anteriores: «Pues alisaos el pelo y marchaos». «De ningún modo –respondió el mendigo– pienso marcharme sin haber oído antes la historia de estos». La muchacha entonces se dirigió al Comendador de los Fieles, a su ministro Yáafar y a Masrur y les ordenó: «Dadme noticia de lo vuestro». Yáafar se adelantó y contó lo mismo que le había contado a la joven portera cuando llegaron a la casa. Cuando la muchacha hubo oído sus palabras dijo: «Bien, pues os regalo a cada uno la vida de los demás».

Salieron todos –prosiguió Shahrzad–, y ya en el callejón, el califa les dijo a los tres mendigos: «¿A dónde vais a ir a estas horas, cuando aún no ha roto el alba?». Ellos contestaron: «No sabemos a dónde podemos ir...». «Venid –les dijo el califa– con nosotros y os daremos alojamiento», y luego, dirigiéndose a Yáafar: «Hazte cargo de los tres esta noche, y llévalos a todos ante mí mañana, para que podamos tomar buena nota de lo ocurrido», y Yáafar cumplió, como no podía ser de otro modo, la orden del califa. Este, por su parte, volvió a sus palaciegas estancias, donde no le fue posible conciliar el sueño lo que restaba de noche. A la mañana siguiente se sentó en el trono, recibió a los principales del reino y ordenó a Yáafar: «Tráeme a las tres muchachas con sus dos perras y a los tres mendicantes». Yáafar se levantó, dispuesto a cumplir la orden. Y, en efecto, poco después hizo entrar a las tres jóvenes, resguardadas de miradas curiosas con telas, y

el propio Yáafar les dijo a estas: «Os hemos perdonado a causa del buen trato que nos dispensasteis sin conocernos. Ahora os hago saber que estáis ante el quinto califa de los Abbasíes, Harún Arrashid, hermano de Musa Alhadi, hijo de Almahdi Muhámmad, hijo de Abu Yáafar Almansur, hijo de Muhámmad, hermano de Assafah, hijo de Muhámmad. Y no hace falta que os recuerde que al Comendador de los Fieles hay que decirle la verdad en todo momento». Cuando las tres muchachas hubieron oído las palabras de Yáafar, que hablaba en nombre del mismo califa, la mayor de ellas dio un paso al frente y dijo: «Comendador de los Fieles, mi historia es tal que, si a cada cual se la grabasen con una aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 16, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la mayor de las tres damas, de nombre Zubeida, se adelantó en presencia del califa y relató lo siguiente:

MI HISTORIA ES CIERTAMENTE EXTRAORDINARIA⁴⁶. Sepa el Comendador de los Fieles que estas dos perras negras son hermanas mías. Éramos tres, hijas todas del mismo padre y la misma madre, mientras que estas dos jóvenes damas, la portera y la intendente, son también hermanas mías, pero hijas de otras dos mujeres distintas. Cuando mi padre murió, dejó en herencia cinco mil dinares, legado al que vinieron a unirse, poco después, los tres mil que dejó mi madre, pues apenas sobrevivió a su marido. Yo, que era la más joven de las tres hermanas, recibí un legado de mil dinares. Mis hermanas se casaron ambas a no mucho tardar. Y así seguimos, durante un tiempo, hasta que sus maridos iniciaron tratos comerciales. Cada uno de ellos recibió mil dinares de su esposa, y emprendieron viaje todos juntos, dejándome a mí sola durante los cuatro años que duró su ausencia. Mis cuñados perdieron todo el dinero hasta arruinarse y abandonaron en tierra extraña a mis hermanas, que enseguida acudieron a mí con las trazas de los indigentes. Primero vino la mayor, a quien no reconocí. Cuando por fin vi en ella a mi hermana, y muy asombrada por su aspecto, pues venía envuelta en harapos y tocada de un velo sucio y viejo, le pregunté: «¿Qué te ha pasado?», a lo que ella repuso: «De nada sirven ahora las explicaciones y los reproches, querida hermana. Lo que ha ocurrido a fin de cuentas es que el Cálamo ha puesto por escrito la Sentencia de Dios». La mandé entonces a los baños, la vestí de nuevo, y le dije: «Hermana, eres mayor que yo, de manera que ocupas para mí el lugar de nuestros padres. La herencia que recibimos fue una bendición de Dios. En tus manos pongo, ya que mi situación es holgada y te aprecio tanto como a mi propia persona, las rentas que me ha generado mi lote, las cuales te bastarán para vivir». Le dispensé, pues, el mejor trato posible y ella siguió bajo mi techo durante un año entero, al cabo del cual mi capital le había reportado también a ella pingües ganancias.

Casi nos habíamos olvidado –prosiguió Zubeida, la primera de las tres jóvenes damas– de nuestra tercera hermana, cuando esta acudió a mí vestida con harapos aún más miserables que los que trajo la mayor. Con ella me mostré aún más complaciente y espléndida. Y así seguimos, hasta que un día me dijeron ambas: «El matrimonio es lo mejor para nosotras, y ya no queremos

⁴⁶ Comienza la historia de «Zubeida, primera de las tres jóvenes».

esperar más». «Hermanas –les respondí–, ¿cómo podéis pensar así siendo tan escasos los hombres buenos en estos tiempos? ¿No habéis tenido ya experiencia, y muy mala, del matrimonio?». Pero no pude convencerlas y acabaron casándose las dos, sin mi beneplácito, pero a mis expensas y bajo mi protección. Se fueron, pues, ambas con sus maridos, junto a quienes permanecieron solo por corto espacio de tiempo, ya que los dos hombres, que las habían engatusado, les quitaron cuanto tenían, las abandonaron y emprendieron viaje por su cuenta. De nuevo acudieron a mí mis hermanas, desnudas y en actitud contrita: «No nos riñas –me dijeron–, pues aunque eres menor que nosotras, nos ganas en inteligencia. Te prometemos que nunca volveremos a hablar de matrimonio. Tómanos como siervas tuyas y danos a comer de tu pan». Yo les contesté: «Bienvenidas sois hermanas; nada más preciado hay para mí que vosotras dos», y, dicho esto, las besé a ambas y las acogí con toda generosidad.

Así estuvimos durante todo un año, transcurrido el cual me resolví a fletar un barco con rumbo a Basora. Conseguí, en efecto, una gran nave que llené de mercancías y de cuanto pudiera ser menester, y les pregunté a mis hermanas: «¿Preferís quedaros en casa hasta que vuelva yo, o venir conmigo?». «Nos vamos contigo –contestaron ellas–, pues no queremos separarnos de ti». De modo que emprendimos viaje juntas, una vez hube yo dividido mi dinero en dos mitades, una de las cuales me llevé conmigo, mientras que dejaba oculta la otra: «Así tendremos de donde sacar provecho si surge algún imprevisto», me dije. La travesía se había ya prolongado durante varios días con sus noches cuando la embarcación perdió el rumbo y al capitán le resultó imposible retomarlos, de modo que nos internamos, sin saberlo, en aguas que no eran las que pretendíamos. Con todo, el viento nos fue favorable durante diez días, al cabo de los cuales el oteador subió al mástil y al punto bajó exclamando: «¡He entrevisto una ciudad que más parece una tórtola!». Todos nos pusimos muy contentos, y al cabo de un rato avistamos, en efecto, una ciudad. «¿Cómo se llama –le preguntamos al capitán– esa ciudad a la que estamos a punto de llegar?». «No tengo la menor idea –contestó él–, pues ni la he visto antes ni en toda mi vida he surcado estas aguas. Pero, ya que ha sido nuestro sino el salvarnos, lo mejor es que desembarquéis vuestra mercancía y la visitéis. Si surge la posibilidad del negocio, vended y sacad buen provecho; si, por el contrario, no le encontráis salida a vuestro género, podremos al menos descansar todos un par de días, y, tras aprovisionarnos, reemprenderemos viaje».

DE ESTA MANERA ARRIBAMOS⁴⁷ a aquel lugar, donde se internó el capitán y, al cabo de una hora, volvió diciendo: «¡Ea, desembarcad e internaos en la ciudad! ¡Admiraos de la creación de Dios y guardaos de Su justa ira!». Desembarcamos, pues, nos encaminamos hacia la ciudad, y, al llegar ante una de las puertas de esta, vi a varios individuos armados de bastones. Me acerqué a ellos y me encontré con que sus cuerpos eran, no de carne, sino de piedra negra. Entramos en la ciudad y vimos que todos cuantos allí estaban se habían convertido también en masas de piedra negra, inerte. Sin salir de nuestro asombro, recorrimos las calles del mercado y comprobamos que la mercancía seguía allí, al igual que el oro y la plata. «Algo muy fuera de lo común ha de ser la causa...», nos dijimos, muy poco contrariados por cierto. Y nos dispersamos por la ciudad, ocupándose cada cual de las telas y demás riquezas que iba encontrando. Yo, por mi parte, subí a la fortaleza, que encontré intacta. Entré en el palacio real y vi que todos los recipientes eran de oro y plata; encontré después al soberano sentado en su trono, rodeado de sus chambelanes,

⁴⁷ Comienza «Los que se tornaron de piedra».

lugartenientes y ministros, y vestido con ropajes tales que a cualquiera habrían dejado atónito. Me acerqué y comprobé que el trono estaba engastado de piedras preciosas y perlas, una de las cuales relucía como una estrella. Vi asimismo que el rey llevaba puesta una tela recamada en oro y que en torno a él había no menos de cincuenta siervos vestidos de diversas clases de seda y armados de espadas desnudas. Anonadada por cuanto mis ojos veían, me introduje en las estancias del harén, cuyas paredes estaban tapizadas en seda ornada con hilo de oro, y encontré a la reina, vestida con una túnica recamada de perlas finas, tocada de una corona de pedrería y con el cuello adornado de gargantillas y collares. Todas aquellas joyas y ropa valiosa seguían inalteradas, mientras que ella, la reina, se había transformado en piedra negra.

Encontré luego una puerta abierta. La abrí y vi una escalera de siete peldaños, que me condujo a una estancia con las paredes en piedra noble, y el suelo cubierto de alfombras doradas, donde vi una tarima en madera de enebro, con perlas y gemas engastadas. Noté que en un determinado punto brillaba una luz, y hacia ella fui. No tardé en darme cuenta de que era una alhaja del tamaño de un huevo de avestruz, que resplandecía en la superficie de un solio de no muy grandes dimensiones que también brillaba como si de una lumbrera se tratase y cuya luz se unía a la que despedía la joya. El suelo estaba allí cubierto de una variedad de sedas tales que aturdían. Muy admirada, pues, por todo ello, vi que en aquel lugar había también varias velas prendidas, por lo que me dije a mí misma: «Alguien tiene que haberlas encendido». Avancé, pues, hasta llegar a hasta otra estancia, y me puse a inspeccionar por aquí y por allá, tan asombrada por cuanto llevaba visto que ni me acordaba de mí misma. El tiempo pasó sin que lo advirtiese y acabó por llegar la noche. Quise entonces salir, pero no pude hallar la puerta, de manera que volví sobre mis pasos hacia la sala de las velas encendidas. Me eché en el lecho que allí había y me tapé con un cobertor después de recitar unos fragmentos del Corán. Quería dormir, pero me era imposible. Mi inquietud crecía.

Mediada la noche, oí a alguien salmodiar el Libro Sagrado con voz hermosa y bien modulada. Muy aliviada por ello, miré en dirección a una de las cámaras, de donde parecía venir la voz, y vi que tenía la puerta entornada. La abrí, me introduje en la sala y miré a mi alrededor. Enseguida me di cuenta de que se trataba de un oratorio, pues vi el mihrab, lámparas colgantes y una alfombra de rezo desplegada en la que estaba sentado un apuesto joven, ante una copia abierta del Sagrado Corán. Cómo podía ser –me pregunté– que solo él se hubiese salvado entre todos los habitantes de la ciudad. Me acerqué a él y le dirigí el saludo de la paz, que él me devolvió después de levantar la vista. «Por el Libro de Dios –le rogué–, que estáis salmodiando, os pido que respondáis a mi pregunta». Él sonrió: «Contadme vos primero, sierva de Dios, el motivo de que hayáis llegado hasta aquí, y yo os daré cumplida respuesta». Le conté mi historia, que él escuchó con gran atención, y le pregunté por lo ocurrido en la ciudad. «No tengáis tanta prisa», dijo él, cerrando el ejemplar del Corán, que guardó en un gran estuche de brocado. Luego me indicó que me sentara con él. Al mirarlo me di cuenta de que era tan hermoso como el plenilunio, de que sus gestos eran elegantes y mesurados, de que resultaba tan dulce como un pilón de azúcar, de que tenía el talle fino, las mejillas tersas y el rostro resplandeciente. Se diría, pues, que a él y no a otro se referían los versos:

Tras el ocaso el sabio observa el cielo,
y ve en dos mantos al mancebo envuelto.

Observa cómo Géminis le ofrece
las perlas que el contorno le engalanan.
Los cabellos Saturno le ennegrece
y el Auriga lunares le regala.

Marte presta a sus pómulos color,
el Arquero apostado está en sus párpados,
su inteligencia es de Mercurio don
y Alcor le evita acoso de malvados.

De estupor el astrónomo se llena,
y la luna, del cielo, al fin, se adueña.

Dios sin duda lo había cubierto con la túnica de la más extraordinaria belleza, tal como dijo el poeta:

Por su encumbrada cuna, por su intachable stirpe,
juro, por su bondad y su sincera lengua:
que su aroma supera con creces al almizcle
y que vaho de ámbar gris exhala su presencia.
¡Si hasta los claros rayos que el propio sol emite
recortes de sus uñas tornarse prefirieran...!

Y en ese instante le lancé una mirada que había de acarrearle mil pesares, ya que prendió todos los fuegos de mi corazón. «Señor mío, contestad a lo que os he preguntado», le dije. «De mil amores lo haré –fue su respuesta–. Sabed, sierva de Dios, que esta es la ciudad de mi padre, de toda su familia y su pueblo. Él es el rey que sentado estaba, convertido en piedra, en el trono ante el que habéis tenido que pasar. En cuanto a la reina que también habréis visto, es mi madre. Ambos eran zoroastras, adoradores del fuego, y no del Rey Único y Todopoderoso, de manera que juraban por el fuego y por la luz, por las sombras y el ardor, por el firmamento que no cesa de girar. Mi padre no había tenido hijo alguno hasta que le nací yo cuando él había alcanzado ya su edad propecta. Me criaron, pues, hasta que crecí, sin que yo conociese otra cosa que la dicha. En casa teníamos a una anciana que, para sus adentros, profesaba el islam y adoraba al Dios único y a Su enviado, mientras que, en apariencia, no se distinguía de mi familia en la fe. Mi padre la tenía en gran estima por la lealtad y continencia que la adornaban, y le dispensaba sus favores con gran largueza, convencido de que la mujer era de su mismo credo. Cuando alcancé la edad del juicio, mi padre me confió a ella, diciéndole: “Tómalo a tu cargo, enséñale todos los aspectos de nuestra Ley, esmérate en educarlo y sírvelo en lo que puedas”. La anciana pasó, en efecto, a ser mi preceptora, pero lo que me enseñó fue la Ley de la sumisión al Dios único, con todos los requisitos para alcanzar la pureza, incluidos el modo de hacer las abluciones y de cumplir con la oración ritual, y, además, me hizo memorizar el Sagrado Corán. Cuando dio por concluida mi instrucción, la anciana me dijo: “Debéis ocultarle todo esto a vuestro padre; no le digáis ni una palabra, pues os mataría”. Y así lo hice yo, de modo que mi padre no supo nada de aquello. Pero al cabo de pocos días la anciana murió, mientras mis conciudadanos se mostraban cada vez más contumaces en su error, más impíos y extraviados. Así las cosas, un día se oyó una voz como un trueno en plena tormenta, que se hacía oír de todos, y decía: “¡Gentes de esta ciudad, dejad de adorar al fuego y adorad, en su lugar, al Rey Único y Todopoderoso!”. Muy asustados, se congre-

garon todos ante mi padre, su rey, y le preguntaron: “¿Qué era esa terrible voz que tanto nos ha impresionado?”. Él les contestó: “No os impresione la voz, ni os asuste, ni os lleve a abandonar vuestra Ley”, palabras que le bastaron para convencer a sus súbditos, que persistieron durante un año más en su impío culto al fuego. Hasta que, cumplido este plazo, volvieron a oír la misma voz, y así, tres veces a lo largo de otros tantos años. Y, como no abandonaban sus costumbres, cayó sobre ellos la cólera del Cielo, un día al despuntar el alba, cuando se tornaron de piedra negra, ellos todos, así como sus bestias de carga y sus rebaños. Solo yo me libré. Desde que ocurrió aquella desgracia no he dejado de cumplir con la preceptiva oración, de ayunar y de recitar el Corán. Harto estoy, con todo, de tanta soledad, de vivir como vivo, sin nadie que me haga compañía». Entonces yo le dije: «¿Por qué, joven, no os venís conmigo a la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, donde os será posible encontraros con los sabios y los peritos en la Ley, y aprender de ellos cuanto queráis? Yo me pondría a vuestro servicio, a pesar de que soy señora de mi gente, y gobierno sobre varones de mérito, lacayos y mozos. He llegado en un navío mercante, que yo misma fleté y que los divinos Designios han traído a esta ciudad. Así es como hemos podido tener conocimiento de todo esto y como nos ha tocado en suerte el encontrarnos», y no dejé de insistirle en que se viniese conmigo hasta que accedió.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 17, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Zubeida no dejó de ponderarle al doncel su propuesta de que la acompañase, hasta que, vencida por el sueño, se quedó dormida a los pies del joven, sin poder creerse la felicidad que experimentaba.

Y la dama siguió refiriéndole al califa:

A la mañana del siguiente día entramos en cámaras y depósitos para hacer acopio de lo que, pesando poco, valiese mucho. Luego bajamos de la fortaleza a la ciudad, donde salieron a nuestro encuentro los esclavos y el capitán, que andaban buscándome. Al verme, se alegraron y me preguntaron por el motivo de mi ausencia. Les describí cuanto había visto y les conté la historia del príncipe y el motivo de que los habitantes de la ciudad se hubiesen transformado. Asombrados quedaron por mis palabras. Luego, cuando mis hermanas, es decir, estas dos perras, me vieron con aquel joven, me envidiaron, se dejaron llevar de la inquina y comenzaron a planear el modo de hacerme daño. Cuando volvimos a embarcar yo no cabía en mí de gozo, más que nada por ir en compañía del joven. Hubimos de esperar un poco, pero no tardó el viento en sernos propicio, de modo que desplegamos velas y partimos. Mis hermanas se sentaron a nuestro lado, iniciaron una conversación y me dijeron: «¿Qué piensas hacer, hermana, con ese agraciado doncel?», a lo que yo repuse: «Mi intención es desposarlo». Luego me dirigí a él: «Señor mío, quisiera que no me llevaseis la contraria en lo que voy a proponeros, y es que, una vez hayamos llegado a Bagdad, mi patria chica, me ofreceré a vos como legítima sierva y esposa con todas las de la Ley; vos seréis mi cónyuge y en mí tendréis vuestra familia». «Lo que vos digáis», contestó él. «Me basta –dije yo, hablándoles ahora a mis hermanas– con él; vosotras dos podéis quedaros con todas estas riquezas». «¡Muy bien dicho!», exclamaron ellas, pero abrigaban malas intenciones contra mí.

Mientras tanto, seguíamos navegando gracias a vientos favorables, que nos permitieron pasar del Mar del Miedo al Mar de la Seguridad. Al cabo de unos días de travesía nos aproximamos a Basora, cuyos edificios avistamos poco antes de que cayera la tarde. Cuando ya estábamos todos durmiendo, mis hermanas se levantaron y se las arreglaron para arrojarnos por la borda al príncipe y a mí, junto con nuestros lechos. Como mi compañero no sabía nadar, Dios anotó su nombre en el registro de los caídos. Para mí, sin embargo, y aunque más me habría valido ahogarme con él, tenía el Altísimo escrita la salvación, pues, nada más caer a las aguas, me proveyó de una tabla a la que me agarré. Las olas hicieron lo demás, lanzándome más y más allá, hasta que me dejaron en la costa de una extensión de tierra, por donde no paré de caminar durante toda la noche. Cuando se hizo de día, vi un camino sobre el cual podían distinguirse huellas humanas y que llevaba al interior de aquel territorio. Salió el sol, sequé mis vestidos a su calor, comí de los frutos que por allí encontré, bebí agua y reemprendí mi camino. Ya estaba cerca de la ciudad cuando de repente vi que me salía al paso, desde lo más espeso de un palmeral, una culebra, que, zigzagueando, se me aproximaba a toda prisa, y a la que perseguía, con letales intenciones sin duda, un reptil o dragón, de mucho mayor tamaño. La más pequeña de ambas bestias, la perseguida, venía extenuada. Me compadecí de ella, tomé del suelo una piedra y le aplasté la cabeza al dragón, que murió en el acto. La que yo creía culebra desplegó entonces dos alas que tenía y echó a volar por los aires, lo que me dejó asombrada; pero, vencida por el cansancio, me quedé dormida allí mismo durante cosa de una hora.

Al despertar me encontré con que a mis pies había una doncella, que me los apretaba suavemente. Volví en mí y, sintiéndome avergonzada ante aquella desconocida, le pregunté: «¿Quién eres y qué es lo que te mueve?». Ella exclamó: «¿Qué pronto te has olvidado de mí! Acabas de hacerme un impagable favor al matar a mi enemigo, pues soy la culebra a la que libraste de aquel dragón, *yinn* en realidad, igual que yo, y encarnizado rival mío, de quien tú, y solo tú, me has salvado. Luego salí volando por los aires y llegué a la embarcación de la que te arrojaron tus hermanas, trasladé todo cuanto en ella había a tu casa y la hundí. A tus dos hermanas las he convertido en sendas perras negras, pues sé todo lo que te ha ocurrido con ellas. El doncel, sin embargo, se ahogó». Dicho esto, la *yinn* nos transportó a mí y a las dos perras hasta mi casa, en cuya azotea nos dejó. Comprobé que todas las riquezas que venían en barco estaban allí, sin que nada se hubiese perdido. La que había sido culebra me dijo: «Por la inscripción del Sello de Salomón te juro que, si no les das a cada una de esas dos perras trescientos azotes al día, vendré, te hechizaré y tomarás tú también su forma». «Así lo haré», repuse yo. Y, desde entonces, Comendador de los Fieles, no he dejado de administrarles ese castigo a las dos perras, aun compadeciéndome de ellas. Mis hermanas saben bien que no tengo más remedio que hacer lo que les hago, y me disculpan. Y esa es toda mi historia.

Pasmado dice quien refiere la historia que quedó el califa con lo que acababa de oír. A continuación le preguntó el Comendador de los Fieles a la segunda joven por qué tenía aquellas marcas de golpes por el cuerpo. Y esta, Amina de nombre, la portera de la casa adonde fue el ganapán, refirió lo que sigue:

SEPA NUESTRO SEÑOR EL CALIFA⁴⁸ que mi padre, al morir, me dejó una gran fortuna. Pasado que hubo un tiempo de su fallecimiento, contraje matrimonio con un hombre que era el más di-

⁴⁸ Comienza la historia de «Amina, segunda de las tres jóvenes».

choso de su tiempo, y junto a quien pasé un año entero, hasta que entregó el alma. De él heredé ochenta mil dinares en oro, con arreglo a lo que la ley establece para la viuda; quedé, pues, en situación más que desahogada, de lo cual cundió la noticia. Encargué entonces que me confeccionaran diez trajes, cada uno por valor de mil dinares. Pues bien, estaba yo cierto día sentada en mi casa cuando recibí la visita de una anciana de rostro chupado, cejas despobladas, ojos reventones, dientes rotos, sombría catadura, mirada legañosa, cabeza polvorienta, pelo blanquecino, cuerpo sarnoso, tronco inclinado, tez macilenta, mocos colgantes y encogido cuello. Coincidió, pues, con la imagen que el poeta pintó:

Maldiga Dios a esa vieja,
que al mismo diablo enseñara
la maldad que él desconoce,
sin tener que usar palabra.
¡Mil mulos gobernaría
con solo un hilo de araña!

O, como dijo otro:

Vieja nacida ya bruja,
en todo lo inicuo experta...
Gusto le daban de niña
por detrás, que era mozueta;
holgó sin trabas de adulta,
y ahora ejerce de alcahueta.

Entró la anciana, me saludó y dijo: «Tengo a mi cargo a una joven huérfana que anoche celebró sus esponsales. Me dirijo a vos con el fin de que obtengáis premio y recompensa eternos asistiendo a su boda, y os lo pido porque a la pobre mía le desfallecen los ánimos, y no tiene más socorro que el que prestarle quiera el Altísimo, pues a nadie podemos recurrir en esta ciudad, donde a nadie conocemos», dicho lo cual se echó a llorar y comenzó a besarme los pies, al tiempo que recitaba los siguientes versos:

«Que vengáis es un honor:
de eso no nos cabe duda.
Buscar quien os sustituya
sería equivocación».

Me sentí conmovida por todo aquello y llena de simpatía hacia la muchacha, de modo que le dije a la anciana: «De acuerdo, estaré al lado de la moza por amor al Rostro Divino, y escogeré obsequios para ella de entre mis propias telas y alhajas». La anciana, muy contenta, restregó la cabeza contra mis pies, sin parar de besármelos, y respondió: «Dios os compense con lo mejor y colme vuestros anhelos tanto como a mí me ha restablecido el corazón. Pero no os apresuréis: preparaos como conviene, que yo vendré a buscaros al anoecer»; y, después de besarme la mano, se marchó. Yo me levanté, me arreglé, lo preparé todo, y al rato volvió a venir la vieja, quien dijo: «Ya han acudido las damas del vecindario, a quienes he anunciado vuestra presencia. Se han puesto todas muy contentas y os esperan, señora». Terminé de arreglarme y salí acompañada de mis esclavas. Llegamos luego a un callejón donde soplaba una suave brisa, y allí vimos el pórtico de una mansión que, levantándose sobre el polvo, llegaba hasta las mismas nubes,

pues la remataba una majestuosa cúpula de mármol. Llegamos a la puerta, llamó la anciana, nos abrieron y vimos un corredor con el suelo cubierto de alfombras, y de cuyas paredes colgaban lámparas encendidas y velas que ardían entre piedras preciosas. Sobre el dintel de la puerta, ya en el lado interior, se leía la siguiente inscripción:

*Casa soy levantada para las alegrías,
el solaz y el descanso mientras dure la vida.
Una fuente os ofrezco cuyas aguas risueñas
tienen el beneficio de sanar mil dolencias,
y manan al resguardo del generoso nimbo
que componen la dalia, la murta y el narciso.*

Llegamos al final del corredor, donde había otra puerta a la que volvió a llamar la anciana. Abrieron y nos encontramos con un segundo corredor, alfombrado, cubierto de sedas y de cuyas paredes colgaban también lámparas y velas encendidas. Desembocaba en una sala, como no se ha visto otra. En medio había una tarima en madera de enebro, con perlas y gemas incrustadas, sobre la que habían tendido un mosquitero de raso, y de allí salió una joven como la luna, que exclamó: «¡Bienvenida seáis, hermana! Al acudir a mi lado colmáis todos mis deseos», y recitó los siguientes versos:

«Si supiese la casa quién entra por su puerta,
a besar se lanzara por donde los pies pisan,
y, aun siendo, como es, muda, cantara de alegría
por la grata visita que de orgullo la llena».

Luego tomó asiento y me dijo: «Tengo un hermano que os ha visto en varios saraos y festejos, y es un joven más hermoso que yo misma. Se ha enamorado de vos perdidamente, y le ha entregado a esta anciana unas monedas de plata para haceros venir a esta casa. No hace falta que os detalle, pues bien lo conocéis, cuál ha sido el ardid que la mujer ha empleado para que pudiéramos reunirnos. Mi hermano quiere desposaros según la Ley divina y la Tradición de Su enviado; nada malo hay en lo que es lícito». Cuando oí sus palabras y me vi encerrada en la casa, le respondí a la joven dama: «Sea como decís». Muy satisfecha, dio ella una palmada y se abrió una puerta, por la que entró un joven de impecable atuendo, guapo y de buen porte, elegante y distinguido, con unas cejas que dos arcos de flechas parecían y unos ojos que hechizaban con lícita magia. Era, pues, como lo cantó uno de sus admiradores:

Un rostro que diríase el creciente,
ornado por las perlas del deleite.

O como lo describió otro con notable acierto:

¿Cómo hacerle justicia? ¡Alabado sea Dios,
el Hacedor supremo, su único Creador!
En su ser se reúnen tan sugestivas prendas
que en todas las criaturas intenso amor despierta.
Fue la propia Belleza quien dibujó sus rasgos;
no hay nadie más hermoso: no puede estar más claro.

Nada más verlo, mi corazón se inclinó hacia el mozo y quedé de él prendada. Se acercó, se sentó a mi lado y pasamos un rato conversando. La muchacha dio entonces una palmada, y, al abrirse la puerta de un aposento contiguo, entró donde nosotros un juez, que venía acompañado de cuatro escribanos, como era de rigor. Saludaron, tomaron asiento, levantaron acta de mi unión con aquel joven y se marcharon. Él entonces se dirigió a mí diciendo: «Quiero, mi señora, poneros una condición». «¿Y cuál es, señor, esa condición?», pregunté yo. Él se levantó, me acercó un ejemplar del Sagrado Corán y dijo: «Juradme que no buscaréis a otro que a mí, ni os sentiréis inclinada hacia nadie más». Se lo juré, y él, muy satisfecho, me abrazó. Yo recibí su cariño abriéndole mi corazón. Luego nos pusieron la mesa, y comimos y bebimos hasta hartarnos. Cuando cayó la noche sobre nosotros, nos quedamos a solas, me condujo al lecho, y entre besos y abrazos pasamos la noche, hasta el alba.

Igual hicimos durante un mes, que transcurrió pleno de dicha y alegría, y al cabo del cual le pedí permiso para ir al mercado y comprar unas telas. Él me lo concedió, de manera que me vestí como convenía y, acompañada de la misma vieja, me acerqué al mercado. Entré y me senté en la tienda de un joven comerciante, a quien ella conocía: «El pobre mío –me dijo ella– acaba de quedarse huérfano de padre, quien le ha legado una gran fortuna», y luego, volviéndose hacia a él: «Sacadle a esta joven dama las mejores telas que tengáis». «Dicho y hecho», repuso él. Y, como la vieja se puso a alabar de nuevo al mercader, yo la reconvine: «Ninguna falta hacen tantos elogios, pues lo único que queremos es comprar lo que hace falta y volver a casa». El joven sacó lo que le habíamos pedido y, cuando fuimos a tenderle las monedas de plata con que pagarle, él se negó a recibir nada y dijo: «Vaya hoy como atención mía hacia mis huéspedes». Yo le ordené a la vieja: «Si no acepta el pago, devuélvele las telas». A esto respondió él: «Por lo más sagrado juro que no os cobraré nada, pues todo es un regalo mío a cambio de un solo beso, que vale más para mí que todo el contenido de esta tienda». La vieja le preguntó: «¿Y de qué os va a servir un beso?», pero enseguida añadió: «Ya habéis oído, hija mía, a este chiquillo... Nada malo va a pasaros si, a cambio de un solo beso, os lleváis gratis cuanto veníais buscando». «¿Es que no sabes que me obliga un juramento?», le pregunté yo, y ella repuso: «Dejadle que os bese, sin decir nada; eso en nada os compromete, y a cambio os volveréis a vuestra casa con todo vuestro dinerito...». Y siguió insistiendo hasta que yo acabé, como suele decirse, metiendo la cabeza en el saco, y accedí. Me cubrí, pues, los ojos con la punta del velo para ocultarme de la gente, y el muchacho posó sus labios, por debajo de la fina tela, sobre mi mejilla; pero, después de besarme, me mordió con tal ahínco que me se me llevó parte de la carne. Caí entonces desvanecida sobre la falda de la vieja.

Al volver en mí me encontré con que la tienda estaba cerrada, y la vieja, mostrándose muy compungida, exclamaba: «¡De cosas peores nos ha librado Dios...!», para luego añadir: «Vámonos a casa. Vos haced como si estuvierais indispueta, que yo os traeré la medicina que os curará del mordisco en un periquete». Al cabo de un rato conseguí levantarme, abrumada por la inquietud y el miedo, y volví andando a casa, donde me hice la enferma. A no mucho tardar, cuando ya había anochecido, se presentó mi esposo diciendo: «¿Qué es lo que os ha pasado, señora, cuando estabais fuera?». «No me encuentro bien, me duele la cabeza», le contesté. Él me miró fijamente, encendió una vela, me la acercó y volvió a preguntarme: «¿Qué es esa herida que tenéis en la parte más delicada de vuestra mejilla?». Le contesté: «He salido con vuestro permiso para comprar unas telas, como sabéis, y se me ha echado encima el camello de un leñador; el animal me

ha desgarrado el velo y me ha lastimado la cara. Y es que las calles de esta ciudad son demasiado estrechas...». «Pues mañana mismo iré al corregidor –repuso él– y presentaré una denuncia que dará con todos los leñadores de la ciudad en el patíbulo». A lo que yo exclamé: «¡No vayáis a cargar con esa culpa! Lo que ha ocurrido en realidad es que he montado en un burro, el animal se ha espantado y me he caído con tan mala suerte que una rama me ha herido la mejilla». «Pues mañana –insistió él– iré a ver a Yáafar el Barmekí y le contaré lo que ha pasado, para que ordene matar a todos los acemileros de la ciudad». «¿Es que no vais a dejar –pregunté yo– a nadie vivo por mi causa? Esto me ha sucedido por Designio y Providencia divinos». «No hay más remedio», concluyó él, y, lejos de despreocuparse, se puso bruscamente en pie y empezó a darme voces. Deseosa de librarme de él, le dije lo primero que se me vino a la cabeza, le dirigí palabras hirientes y, no sé bien cómo, acabé por desvelarle lo ocurrido. Él entonces, Comendador de los Fieles, me dijo: «¡Eres una perjura!», y dio una voz, en respuesta a la cual se abrió la puerta y entraron siete esclavos negros. Me sacaron del lecho y me tiraron al suelo. Mi marido le ordenó a uno de ellos que me sujetara los hombros y se echase sobre mi cabeza, y a otro, que, sentándose sobre mis rodillas, me agarrara las piernas. Un tercero, armado con una espada, se me acercó luego y dijo: «Señor, ¿la corto en dos pedazos de un tajo, y que dos de estos se los lleven, cada uno una mitad, y los arrojen al Tigris para que se la coman las carpas? Tal es el castigo que merece quien traiciona la lealtad y no sabe responder al cariño», y recitó los siguientes versos:

«Si por otro mi esposa llegara a enternecerse,
dejar yo la existencia de buen grado querría;
porque la muerte a veces el honor restablece,
y con rival ninguno se comparte la dicha».

Mi marido le ordenó: «¡Acaba con ella, Saad!», y, mientras desenvainaba su espada, el esclavo me dijo: «Confesad vuestra fe, señora, recordad lo que dejáis por resolver y haced vuestras últimas recomendaciones, pues vuestra vida llega a su fin». Yo supliqué: «Sí, buen esclavo, déjame confesar mi fe y dictar mis últimas voluntades», dicho lo cual alcé la cabeza y miré a mi alrededor, considerando la situación en que me hallaba, cómo me veía humillada después de la gloria y el bienestar en que había vivido. Me eché a llorar con gran desconsuelo, y mi esposo, mirándome con ira, recitó:

«Decidle a quien, cansada de mí y mi cariño,
se ha arrojado a los brazos de una nueva afición:
“Lo que hubo entre nosotros quedado ha en el olvido,
ni vos lo soportáis ni es lo que quiero yo”».

Al oír aquello arreció mi llanto y, mirándolo a los ojos, dije:

«Con amor asomasteis en mi alma y acampasteis;
vela y sueño buscabais en mis maltrechos párpados.
De mis ojos y entrañas os habéis adueñado,
y ahora no cesa el llanto, ni hallo en qué solazarme.

Guardar no habéis sabido la constancia debida;
la plaza abandonasteis sin reparos, de mi pecho.
Con fría indiferencia sentisteis mis lamentos,
como el afortunado que no probó desdicha.

Por el Clemente os ruego que grabéis en mi lápida:
“Aquí yacen los huesos de un mártir del amor;
quien, por haber sufrido, sepa de la pasión,
apiádesse, al pasar, de su alma enamorada”».

Cuando pronuncié la última palabra de esos versos, me eché a llorar. Él, al oír el poema y ver mi continuado llanto, se irritó aún más y recitó, a su vez:

«A mi amada dejé, mas no por tedio,
y es que incurrió en imperdonable culpa:
al santuario de Amor trajo a un tercero,
y la fe la impiedad no admite nunca».

Volví entonces a echarme a llorar, creyendo que acabaría conmoviéndolo, mientras a mí misma me decía: «Me mostraré sumisa y le hablaré con dulzura para que me perdone la vida, aunque se quede con cuanto poseo»; de modo que, después de quejarme, volví a recitarle:

«Si es despiadado el acto de matar,
más duro es imponer la soledad.
Del peso del amor me habéis cargado...;
¡si yo ni el peso de mi ropa aguanto!
Que mi alma desfallezca lo comprendo;
mas no que os sobrevivan estos miembros».

Y, de nuevo, al concluir el poema, rompí en sollozos. Él se me quedó mirando y, después de increparme e insultarme, recitó, a su vez:

«Me abandonasteis por estar con otro;
me despreciasteis a pesar de todo.
Mas solo no será mío el disgusto:
también vos sufriréis, como yo sufro.
Ahora mi amor inicia otro camino,
ya que vos misma habéis roto los vínculos».

Pronunciadas estas palabras, le ordenó, a grandes voces, al esclavo: «¡Parte a esa mujer en dos pedazos, pues de nada me sirve ya!». Cuando el sirviente se me acercó, tuve mi muerte por certera y, perdida toda esperanza, me puse en manos de Dios. Pero en ese preciso instante irrumpió la vieja, que se arrojó a los pies de mi esposo, y, besándoselos, le dijo: «Hijo mío, por la crianza que de mí recibisteis, perdonad a esta muchacha, que nada ha hecho para merecer tan mal fin. Sois todavía un chiquillo y temo que sus plegarias contra vos sean oídas por Dios. ¿No dicen, además, que quien mata con violencia con violencia muere? ¿Y qué representa para vos esta descarriada? ¡Apartadla de vuestro lado, de vuestra mente y de vuestro corazón!». Dicho lo cual, la mujer se echó a llorar, y no dejó de suplicarle hasta que él transigió: «La he perdonado, pero he de dejarle alguna marca que le dure de por vida». Entonces ordenó a los esclavos que me quitaran la ropa, mientras él traía una vara de membrillo con la que comenzó a azotarme. Y, en efecto, no dejó de golpearme en la espalda y los costados hasta que, temiendo yo una vez más por mi vida, caí al suelo sin sentido. Mi esposo entonces ordenó a los esclavos que, en cuanto oscureciera, y llevando a la anciana con ellos, me dejasen en la casa donde yo vivía antes, y así lo

hicieron ellos. Yo procuré luego restablecer mi maltrecho cuerpo, y, aun cuando ya hube sanado, las costillas me quedaron cual machacadas con un mazo, como ha podido ver el Comendador de los Fieles. Cuatro meses estuve tratándome con emplastos y unguentos, y, pasada la convalecencia, me acerqué un día a la mansión donde ocurrió lo que he relatado, y no hallé más que desolación: el callejón entero era una ruina y donde había estado la casa no quedaba más que una pila de escombros. Nunca he sabido por qué. Me decidí entonces a acudir a esta hermana mía de padre, aquí presente, en cuya compañía hallé a las dos perras. Después de dirigirle el saludo de la paz, le conté mi historia sin ahorrarle detalle alguno. Ella exclamó: «¿Y quién está libre de las calamidades que el Tiempo ocasiona? ¡Alabado sea Dios, pues ha permitido que todo acabe sin mayor perjuicio!». Y recitó:

«Es lo propio del Tiempo... No pierdas el aplomo,
si todo lo perdieras o te quedaras solo».

Luego me contó su historia, o sea, cuanto le había ocurrido con esas otras dos hermanas suyas, y con ella me quedé, sin que ninguna de ambas volviese nunca a mencionar el matrimonio. Más adelante se nos unió esta otra joven dama, la intendente, que cada día sale a comprarnos cuanto podemos necesitar. Y así hemos estado, hasta el día de ayer, cuando nuestra hermana salió a hacer las compras, como tenía por costumbre, y nos ocurrió lo que ya sabéis: la llegada del ganapán y de los tres mendigos tuertos, a quienes acogimos en nuestra casa, dimos conversación y tratamos lo mejor que pudimos. Poco más tarde se nos unieron quienes juzgábamos tres comedidos mercaderes de Mosul. Nos refirieron su historia y también les brindamos nuestra compañía, poniéndoles una sola condición. Y, como quiera que no la cumpliesen, les exigimos que nos contaran cuanto les había ocurrido. Ellos nos lo refirieron todo y nosotras los perdonamos. Y ahora, alumbrado que ha la luz del día de hoy, nos hallamos las tres en la egregia presencia de nuestro señor el califa. Con esto llega mi relación a su fin.

Muy asombrado quedó el califa con aquella historia, que pasó a formar parte de las crónicas ciertas y comprobadas que guardaban sus regios archivos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 18, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa dio orden de que la anterior relación se pusiese por escrito y quedara registrada en los archivos de palacio; tras lo cual dijo a la primera joven: «¿Y tienes noticia de la *yinn* que encantó a tus hermanas?». Ella repuso: «Pues la cosa es que me dio un mechón de pelo suyo y me dijo: “Cuando quieras que aparezca, quema un poco y acudiré de inmediato, aunque me halle más allá de Monte Qaf”». «Dame ese mechón», ordenó Harún Arrashid. La muchacha se lo entregó al califa, quien quemó un poco. Y no bien comenzó a desprenderse el desagradable olor, tembló el alcázar entero y se oyó un gran estruendo seguido de un tintineo. Era la *yinn* que comparecía, la cual, dado que era ferviente musulmana, saludó diciendo: «La paz sea con el Vicario del Altísimo», a lo que este respondió con la fórmula completa: «Y contigo sea la paz de Dios, así como Su misericordia y Sus bendiciones». La *yinn* dijo:

«Esta joven plantó el bien en mi vida y yo no sé cómo recompensarla. Lo cierto es que me salvó al dar muerte a quien tan mal me quería, y yo, sabedora de lo que le habían hecho sus hermanas, decidí vengarla convirtiéndolas a ellas en sendas perras, a pesar de que mi primera intención fue la de matarlas, pues temí que pudieran volverse otra vez contra ella. Pero si el Comendador de los Fieles quiere que las libere, así lo haré yo, en honor a nuestro señor, el Vicario de Dios, pues me cuento entre los musulmanes, y a ella misma». El califa le ordenó: «Sí, libéralas, para que podamos ocuparnos de la muchacha golpeada, y, como se confirme que ha dicho la verdad, ya me encargaré yo de cobrarle su sangre a quien injustamente la derramó». La *yinn* repuso: «Yo indicaré al Comendador de los Fieles quién se portó tan mal con esta otra joven, quién la trató con extremada crueldad y se quedó, encima, con su dinero. Y sepa nuestro señor que se trata de una persona muy próxima a la egregia persona del califa». Dicho esto, la *yinn* tomó una taza de agua sobre la que pronunció un sortilegio, asperjó con ella los rostros de ambas perras y dijo: «Volved a vuestra primera forma humana», y ambas volvieron a ser sendas jóvenes humanas, loado sea su Creador. Luego añadió la *yinn*: «Sepa, pues, el Comendador de los Fieles, que quien azotó a la joven es el propio hijo de mi señor el califa, o sea, el príncipe Alamín, hermano de Almamún, quien, había oído de la distinción y belleza de la dama, y recurrió a un ardid para casarse con ella». Y la *ifrit* le refirió todo lo sucedido⁴⁹. Muy asombrado por todo ello, dijo el califa: «Demos gracias a Dios por la liberación, gracias a ti, *yinn*, de las dos perras». Luego hizo comparecer a su hijo Alamín, a quien preguntó por la historia de la joven dama, y el príncipe le respondió con la verdad, o sea, que le confirmó las palabras de la *yinn*. El califa mandó entonces a buscar a los jueces, los escribanos y los tres mendigos. Cuando vinieron, llamó a la primera dama y a sus dos hermanas de padre y madre, las que estuvieron hechizadas bajo la forma de perras negras, y las desposó a las tres con los tres mendicantes, quienes ya le habían contado que eran en realidad soberanos de sus respectivas ciudades, y a quienes el califa nombró chambelanes, dándoles cuanto podían necesitar y alojándolos en el recinto palaciego del califa en Bagdad. Luego devolvió a la muchacha a su hijo Alamín, se renovó el acta de matrimonio entre ambos, la compensó a ella con una gran suma de dinero y ordenó que la mansión derruida se rehiciese mejor aún de lo que fue en principio. El califa, por último, tomó por esposa a la intendente y esa misma noche se fue con ella al lecho. A la mañana siguiente le concedió una vivienda y esclavas que la sirvieran, así como una asignación, y comenzó a construirle una residencia para ella sola. Maravilladas quedaron las gentes de la generosidad, nobleza de carácter y sabiduría del califa, quien dio la orden de que pusieran todo aquello por escrito.

Duniazad le dijo a su hermana Shahrazad:

—Esa historia, hermana, es, sin duda, la más amena y sugestiva que se haya oído. Pero cuenta otra, que nos ayude a pasar lo que nos queda de velada.

Shahrazad repuso:

⁴⁹ En este punto sigo la versión usual en las ediciones comerciales actuales, acordes con Bulaq. Por su parte, la versión de Calcuta II se muestra mucho más complaciente con el hijo del califa, pues en esta la *yinn* añade: «Y sus razones tuvo el príncipe para golpearla, ya que le puso como condición el que le jurase por lo más sagrado que había de serle fiel; juramento que la joven quebrantó. Por eso quiso vuestro hijo Alamín darle muerte, pero, temeroso del Altísimo, se contentó con golpearla y la devolvió a su casa, pero Dios lo sabrá mejor». Sin embargo, la justificación de la acción violenta entra en abierta contradicción con el resto de los detalles que la narración ofrece: la actitud de la propia *yinn* y la reacción del califa. De ahí que se haya optado por la versión de Bulaq.

–Pues en nada quedaría la anterior, comparada con la que os contaría ahora, siempre que el rey me concediese graciosamente su permiso.

–Cuenta tu historia –respondió el monarca–, pero abrevia.

–PUES SEGÚN AFIRMAN⁵⁰ –comenzó Shahrazad su relato–, soberano principal, tanto de nuestro tiempo como de las pretéritas eras, el califa Harún Arrashid mandó llamar una noche a su primer ministro, Yáafar el Barmekí, y le dijo: «Quiero que salgamos esta noche a la ciudad y preguntemos a la gente sencilla por aquellos que ejercen dominio sobre ellos, de modo que podamos destituir a quien se haya granjeado quejas, y, al contrario, recompensar con un cargo más alto a quien se haya ganado el agradecimiento de sus subordinados». «Dicho y hecho», respondió Yáafar, el ministro. Pues bien, una vez que el Comendador de los Fieles y sus acompañantes habituales, Yáafar y Masrur, hubieron salido y comenzado su ronda por las calles del mercado, pasaron por un callejón donde vieron a un anciano, que llevaba en la cabeza una red de pescador y una espuerta, así como un bastón en la mano. El hombre caminaba con lentitud mientras recitaba estos versos:

«Que eres entre los hombres, en razón de tu ciencia,
me dicen unos y otros, noche de luna llena.
La ciencia, les contesto, os la podéis guardar,
porque el saber no es nada sin oportunidad.
Si mi ser ofrecieran, con todos mis saberes,
amén de mis tinteros, cálamos y papeles,
por llevarme empeñado sé que no ofrecerían
ni el reducido precio del sustento de un día.
Considerad del pobre la triste condición,
y veréis que en su vida solo cabe el dolor.
Si en verano se queda de su energía falto,
en invierno ha de estar al brasero pegado.
Por la calle los perros sarnosos lo persiguen,
y con desdén lo tratan los sujetos más viles.
Y, si algún día quiere desahogar su tristeza,
de encontrar un amigo sincero desespera.
¡Son tales en la vida del pobre los tormentos,
que mejor le vendría contarse entre los muertos!».

Cuando el califa hubo oído esta poesía, le dijo a Yáafar: «Fíjate en ese pobre y en los versos que ha recitado, que hablan a las claras de su indigencia», y luego, dirigiéndose al hombre: «¿Cuál es vuestro oficio, maestro?». El viejo contestó: «Pescador soy, señor, y tengo familia. Desde el mediodía llevo fuera de mi casa y Dios no me ha concedido nada con que alimentar a los míos. ¡Ya es odio lo que siento por mí mismo...! Ojalá me muriese en este preciso instante». «¿Y qué os parecería –le propuso el califa– si volvéis con nosotros a la orilla del Tigris y echáis de nuevo la red, esta vez a mi salud y por mi suerte? Lo que saquéis os lo compraré por cien dinares». Muy contento con estas palabras, dijo el hombre: «Con mucho gusto iré de nuevo en vuestra compañía». Y, en efecto, volvió a la orilla del río, lanzó la red y esperó un buen rato con paciencia, hasta que tiró de ella y se encontró con un pesado arcón. El califa se adelantó, tentó el contenido de la red y comprobó hasta qué punto era gravosa la carga. Le dio entonces al pescador

⁵⁰ Comienza «Las tres manzanas».

los cien dinares prometidos y se puso en camino para marcharse. Masrur, el verdugo y escolta del califa, hubo de requerir la ayuda de Yáafar, el ministro, para acarrear el pesado arcón, que entre ambos llevaron, a la zaga del califa, hasta el palacio donde este residía.

Una vez allí, encendieron velas en torno al arcón, que depositaron ante el Comendador de los Fieles. Yáafar tomó la iniciativa y, con la ayuda de Masrur, lo forzó. Dentro hallaron una gran espuerta de palma cosida con hilo de lana roja. Rompieron la costura y vieron un trozo de estera. La levantaron y descubrieron un paño. Este, a su vez, ocultaba el cuerpo de una joven, que más parecía un lingote de plata, muerta y descuartizada. Cuando el califa lo vio, se le saltaron las lágrimas y, mirando a Yáafar, le espetó: «Dime, tú, el más perro de los ministros, ¿esto es lo que ocurre en mi tiempo? ¿Esto? ¿Que matan a las criaturas y las arrojan al río, donde permanecen, convirtiéndose en una pesada carga que de mi cuello penderá hasta el Día de la resurrección? Esas tenemos, ¿eh? ¡Pues por mi honor juro que a quien haya matado a esta joven he de hacérselo pagar con la vida! Y a ti –siguió diciéndole, enfurecido, a Yáafar– te juro por el honor de los Abbasíes, de quienes desciendo, que, si no me traes a quien acabó con esta desdichada para que le haga justicia, te haré colgar, y no solo a ti, sino también a cuarenta de tus primos, los Barmekíes, a la puerta de mi palacio». Yáafar solicitó: «Concededme tres días, mi señor». «Cuenta con ellos», respondió el califa.

Y, sin más, salió el ministro de donde su señor y echó a andar por las calles de la ciudad, muy angustiado y diciendo para sus adentros: «¿Y cómo voy a averiguar yo quién mató a la joven? Y, si acuso a otro que no haya tenido culpa, la muerte de ese inocente recaería sobre mí. No sé qué puedo hacer». Y se quedó encerrado en su casa los tres días que tenía de plazo. Al cuarto mandó el califa a un chambelán suyo para que hiciera comparecer a su ministro, y, cuando tuvo a Yáafar ante sí, le preguntó: «¿Dónde está el asesino de la joven?». Yáafar repuso: «¿Acaso tengo yo, Comendador de los Fieles, mano entre los muertos, o modo de adivinar lo desconocido y responder con fundamento a cuanto tengáis a bien preguntarme?». El califa, llevado de la cólera, mandó que lo colgaran de un madero a la entrada de su palacio, y que un pregonero vocease por las calles de Bagdad: «Quien desee asistir a la ejecución de Yáafar, ministro del Comendador de los Fieles, y de sus primos, los Barmekíes, a la puerta del palacio califal, que salga y no se prive de ello». Y así fue. La gente acudió de todos los rincones de la ciudad para asistir a la ejecución de Yáafar y los Barmekíes, sin saber de qué eran reos. El califa dio orden de que levantaran el cadalso, ante el cual pusieron en fila a los condenados, mientras el gentío invocaba el bendito nombre de Dios por la suerte que iban a correr Yáafar el Barmekí y sus primos. Ya solo faltaba la orden definitiva del califa... En esto, un joven de agraciado aspecto y cuidados vestidos, rostro cual la luna, ojos de azabache, frente clara, mejillas sonrosadas, bozo moreno, y ornado de un lunar que más parecía un disco de ámbar gris, avanzó a prisa entre la muchedumbre, llegó adonde el ministro, y a este dijo: «Os habéis salvado de este trance, señor de los comendadores y gruta de los pobres, pues yo soy quien mató a la mujer cuyo cadáver encontrasteis en el arcón. Haced, pues, que me ejecuten a mí y pague yo con mi vida la de esa desdichada». Cuando Yáafar oyó las palabras del joven se alegró por sí mismo, pero, al mismo tiempo, se entristeció por el desconocido. Aún estaban hablando cuando un anciano de proveyta edad avanzó entre el gentío, con toda la rapidez que le era dada, hasta que llegó adonde Yáafar y el joven, y, después de desearles a ambos la paz, dijo: «No creáis, señor ministro, las palabras de este joven; quien mató a la joven fui yo, y yo soy, por tanto, quien merece castigo en justa venganza. Mandad prenderme,

pues, o dad por seguro que os lo reclamaré cuando nos encontremos en presencia del Altísimo». A esto dijo el joven: «Ya veis, señor ministro, que es un anciano con las facultades mermadas, y no sabe lo que dice. Yo soy quien la mató y quien debe pagar por ello». El anciano se volvió al que acababa de hablar: «Todavía eres joven, hijo mío, y te quedan ganas de vivir en este mundo, mientras que yo estoy harto ya de él. Doy con gusto mi vida por la tuya y la doy también por el ministro y sus primos. Porque quien mató a la joven –añadió, dirigiéndose de nuevo a Yáafar– fui yo, y, en consecuencia, señor ministro, debéis hacerme pagar por ello de inmediato. Ved que no puedo vivir sin ella...».

Asombrado por cuanto acababa de ver y oír, Yáafar, haciéndose acompañar de ambos, fue adonde el califa, besó el suelo y dijo: «Aquí está, Comendador de los Fieles, el asesino». «¿Dónde?», preguntó el califa. «Este joven –repuso Yáafar– afirma que él la mató, pero este anciano lo contradice y se declara autor del crimen. Ambos están ante nuestro señor el califa». Este miró al anciano, primero, y luego al joven y preguntó «¿Quién de vosotros mató a esa mujer?». El joven repuso: «Nadie más que yo», a lo que exclamó el anciano: «¡No, la maté yo!». El califa ordenó a Yáafar: «Pues llévatelos a los dos y que los ejecuten a ambos». «Si el asesino es uno solo –observó Yáafar–, matar también al otro sería injusticia». Entonces volvió a tomar la palabra el joven: «Juro solemnemente, por Quien levantó el cielo y tendió la tierra, que yo maté a esa desdichada, y voy a daros prueba cierta de que así fue», y a continuación les describió en detalle lo que el califa había encontrado. Este quedó convencido de que el joven decía la verdad, y, sin salir de su asombro por ello, le preguntó: «¿Y qué motivo tenías para hacer lo que hiciste, y cómo es que no solo has confesado tu crimen sin recibir un solo golpe, sino que te has presentado por voluntad propia para solicitar que se te haga pagar por ello?». «Sepa el Comendador de los Fieles –comenzó a relatar el joven– que esa mujer era mi esposa y prima, hija de este anciano, que es, pues, mi tío por parte de mi padre. Nos casamos siendo ella virgen, y Dios nos concedió tres hijos varones. Ella me quería bien, me era en todo leal y nada en su conducta me resultaba reprobable. Yo también la amaba. Pero a primeros de este mes se puso tan enferma que hube de traerle a varios médicos, y así conseguí que se recuperara un tanto. Quise entonces que fuese a los baños, pero ella me dijo: “Antes de eso, se me ha antojado otra cosa”. “Habla por esa boca”, le dije, y ella: “Me apetece una manzana, para olerla y mordisquearla”. Oído lo cual, salí de inmediato a buscar manzanas por toda la ciudad y dispuesto a pagar hasta un dinar por una sola, pero fue en vano. Aquella noche la pasé en vela. A la mañana siguiente salí de nuevo a buscar manzanas, mirando incluso por los huertos de la ciudad, pero nada... Al volver a casa, le dije: “Bien sabe Dios, prima, que no me ha sido posible satisfacer tu deseo”. Ella se lo tomó tan a mal que tuvo una recaída aquella misma noche, que yo pasé sin pegar ojo. A la mañana siguiente salí a recorrer los huertos, uno tras otro, y, si bien no hallé lo que buscaba, sí que me topé con un hortelano entrado en años. Le pregunté y me dijo: “Manzanas no vais a encontrar, hijo. De eso no hay más que en el huerto que el califa posee en Basora, pero su hortelano las guarda solo para el Comendador de los Fieles”. Volví luego a casa, junto a mi esposa, y era tanto mi amor por ella que me preparé para emprender un viaje del que volví al cabo de quince días, con tres manzanas que le compré al hortelano de Basora por tres dinares. Entré adonde mi esposa y se las entregué, pero ella, en lugar de alegrarse, las dejó a un lado, pues la fiebre le había vuelto tras una nueva recaída. Con todo, al cabo de diez días, se curó. Salí de casa, abrí mi tienda y reanudé mis tratos y negocios.

»Pues bien –prosiguió el joven que se había inculpado–, estaba yo sentado en mi negocio, a primera hora de la tarde, cuando por delante de mí pasó un esclavo negro que venía jugando con una manzana. “¿De dónde has sacado –le pregunté–, mozo, esa manzana, que yo también quiero una?”. Él contestó entre risas: «Mi querida me la ha dado. He estado fuera una temporada y, al volver, me la he encontrado enferma y con tres manzanas. Me ha dicho: ‘El cornudo de mi marido ha ido a por ellas a Basora y me las ha comprado por tres dinares’, y yo me he quedado con esta”. Y sepa asimismo el Comendador de los Fieles que, al oír las palabras del esclavo, el mundo entero ennegreció a mis ojos, de modo que cerré la tienda y, con el juicio arrebatado por la ira, volví a mi casa, donde no encontré más que dos manzanas. “¿Dónde está la tercera?”, le pregunté a mi mujer. “No sé –dijo ella–, ni acertaría a decirnos a dónde ha ido a parar”, palabras que me confirmaron el relato del esclavo. Me levanté entonces, agarré un cuchillo, me abalancé sobre su pecho, la degollé, le cercené la cabeza y, después de descuartizarla, metí sus miembros en una espuerta; los cubrí con un paño, lo envolví todo en una estera y lo metí en un arcón que cerré con un candado y cargué en mi mula. Fui así hasta el Tigris, donde me deshice de mi carga sin ayuda de nadie. Y por Dios os ruego, Comendador de los Fieles, que os deis prisa en matarme, haciéndole justicia a quien fue mi esposa, pues temo que me la exija ella el Día de la resurrección...». El joven se interrumpió unos instantes, pero enseguida reanudó su relato: «Después de arrojarla a las aguas del Tigris sin que nadie me viese, volví a mi casa, donde me encontré a mi hijo mayor llorando, aunque nada sabía de lo que yo acababa de hacer con su madre. Le pregunté: “¿Por qué lloras?”. Me contestó: “He tomado una de las manzanas que tenía mi madre y he bajado a jugar con ella al callejón con mis hermanos. Entonces ha pasado un esclavo negro muy alto, que, después de quitármela, me ha preguntado: ‘¿De dónde has sacado esa manzana?’. ‘Mi padre –le he dicho yo– la ha traído de Basora para mi madre, que estaba enferma; tres manzanas compró por tres dinares’. Él me la ha quitado. Yo le he pedido una y otra vez que me la devolviera, pero no me ha hecho caso. Me ha pegado y se ha llevado la manzana, y ahora temo que mi madre me pegue también, para castigarme. Me he ido entonces con mis hermanos, hemos salido de la ciudad, del miedo que yo tenía, y, cuando se nos ha hecho tarde, hemos vuelto, pero no sé lo que va a pasar, padre. No le digáis vos nada, por Dios os lo pido, no vaya a ser que se ponga más enferma de lo que está...”. Al oír estas palabras de mi hijo, supe que el esclavo había calumniado a mi prima y que su muerte había sido un gran desafuero. Me eché a llorar con gran amargura, y en eso llegó este anciano, o sea, mi tío y padre de mi difunta esposa, a quien le conté cuanto había ocurrido. Él se sentó a mi lado y lloró conmigo, y así seguimos hasta la medianoche. Luego, durante cinco días seguidos, celebramos las exequias, sin dejar de lamentarnos, hasta hoy mismo, de que yo la hubiese matado por culpa de aquel esclavo. Ruego, en suma, al Comendador de los Fieles, que, por respeto a la memoria de sus egregios antepasados, no demore más mi ejecución en justo pago por la muerte de mi esposa». Sin salir de su asombro por estas palabras, el califa exclamó: «¡Vive Dios que al único que voy a matar es a ese esclavo malnacido, y haré, así, una obra que al enfermo curará y al Rey de lo Alto satisfará!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 19, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa Harún Arrashid juró que solo ordenaría la muerte del esclavo, ya que el joven tenía excusa. A continuación el califa se dirigió a su ministro, Yáafar el Barmekí, para decirle: «¡Tráeme a ese esclavo malnacido que ha sido la causa de todo esto! Si no lo haces, morirás tú en su lugar». Yáafar salió del palacio llorando: «¿Cómo voy a hacer para encontrarlo? No siempre se salva el cántaro... La solución no está en mi mano, pero tal vez Quien me salvó la vez primera vuelva a salvarme ahora. Me encerraré en mi casa tres días, y Dios, alabado sea, hará lo que Él quiera». Y, en efecto, se quedó en su casa tres días, y, al cuarto, mandó llamar al juez y a los escribanos, dictó sus últimas voluntades y se despidió de sus hijos. Y sumido en honda tristeza estaba cuando se presentó un emisario del califa, que le dijo: «El Comendador de los Fieles no podría estar más furioso de lo que está, y me envía a vos con el mensaje de que, si no le lleváis al esclavo de inmediato, recibiréis hoy mismo la muerte». Cuando oyó estas palabras, Yáafar se echó a llorar, y lo mismo hicieron sus hijos. Se fue despidiendo de todos, uno por uno. Para el final dejó a su hija pequeña, a quien él más quería. Se acercó, pues, a ella, para darle el último adiós, y, al estrecharla entre sus brazos, el ministro, que seguía llorando, se dio cuenta de que algo abultaba en la faltriquera de la niña. «¿Qué es lo que llevas ahí?», le preguntó. «Una manzana –repuso la pequeña–, que lleva el nombre de nuestro señor el califa. La trajo nuestro esclavo Arrayán hace cuatro días. Se la compré por dos dinares».

Yáafar sintió que le quitaban un peso de encima. Le sacó a la niña la manzana del bolsillo, la miró y, convencido de que aquella tenía que ser la manzana que de todo había sido causa, exclamó: «¡De Vos recibimos el alivio, y antes de lo que pensamos!», y ordenó que le trajeran al esclavo. Cuando ante sí lo tuvo, exclamó: «¡Ay de ti, Arrayán! ¿De dónde sacaste esta manzana?». «Más vale decir verdad que mentiras inventar, según me han enseñado, mi señor. No vayáis a creer que la he robado de vuestra casa, ni de los pabellones o los huertos del califa. Hace ya creo que cinco días me metí por unas callejas y vi a unos niños jugando; uno de ellos tenía esta manzana; se la arrebaté, le pegué y él, llorando, me contó: “Es de mi madre, mozo, que está enferma y le dijo a mi padre que le apetecían unas manzanas; él partió de viaje a Basora, donde compró por tres dinares otras tantas manzanas, y yo he sacado una de ellas para jugar”. El chico se echó a llorar, pero, yo, sin parar mientes en ello, me quedé con la manzana y la traje a casa, donde mi señorita me la compró por dos dinares”. Asombrado quedó Yáafar al oír la historia, pues no cabía duda de que toda aquella prueba de Dios, incluida la muerte violenta de la joven, la había ocasionado su esclavo Arrayán. Se entristeció, pues, el ministro, dado que este pertenecía a su casa, al tiempo que comenzaba a respirar tranquilo por haberse salvado. Y recitó:

«Quien por mor de un esclavo llegue a temer por sí
no corra ningún riesgo personal por salvarlo;
que el don de la existencia lo da Dios una vez,
mientras que son innúmeros nuestros siervos y esclavos».

Dicho lo cual, fue Yáafar al palacio califal llevando consigo, bien sujeto, al esclavo. Una vez allí le refirió la historia, de principio a fin, al Comendador de los Fieles, y este, cuando se hubo restablecido de su asombro, lanzó una risotada que casi lo tira por los suelos. Luego ordenó que la relación de lo ocurrido pasara a los anales palatinos, de modo que constituyese un ejemplo

para los súbditos. Yáafar le dijo entonces: «No os admiréis con esta historia, Comendador de los Fieles, pues no es ni mucho menos tan extraordinaria como la del ministro Nureddín Ali el Cairota y su hermano Shamseddín Muhámmad». El califa preguntó: «¿Cómo puede haber nada más admirable que los hechos de que acabamos de ser testigos?». «Solo accederé a contárosla –respondió Yáafar– si le perdonáis la vida al esclavo». El califa accedió: «Tuya es su sangre». Yáafar, pues, comenzó a contar:

SEPA EL COMENDADOR DE LOS FIELES⁵¹ que hace mucho tiempo gobernó en Egipto un sultán justo y munífico, que a su servicio tenía un ministro juicioso, experimentado, inteligente y resolutivo. Era este último un anciano venerable y padre de dos hijos como dos soles. El mayor se llamaba Shamseddín Muhámmad y el menor, Nureddín Ali. Lo cierto es que este, o sea, el benjamín, aventajaba a su hermano en belleza y donosura, cualidades en las que nadie podía comparársele. De su fama se hizo lenguas el país entero, y había quien se desplazaba desde su tierra solo para poder comprobar cuán agraciado era. Pero llegó el día en que el padre de ambos murió, y el sultán, muy afectado, se hizo responsable de los dos jóvenes, a quienes trajo a su privanza, y, después de agasajarlos con magníficos presentes de los que se desprendió gustoso, les dijo: «Para mí ocupáis el mismo lugar que vuestro padre». Muy satisfechos los dos hermanos, besaron el suelo ante el soberano e iniciaron las exequias por su padre, que se prolongaron por espacio de un mes, concluido el cual se hicieron cargo del ministerio, en el que se turnaban de viernes a viernes, y, cuando el sultán salía de El Cairo, se llevaba consigo a uno de los dos.

Pues bien –siguió refiriendo Yáafar el Barmekí–, ocurrió que el sultán se resolvió a emprender viaje un día en que el turno correspondía al hermano mayor, Shamseddín Muhámmad, el cual, la noche antes, y conversando con Nureddín Ali, dijo a este: «Me gustaría, hermano, que tú y yo nos casáramos en la misma noche». «Haremos –dijo Nureddín– lo que mejor te parezca, pues yo nunca he de llevarte la contraria», con lo cual quedó cerrado el acuerdo. Shamseddín añadió: «Y quiera Dios que desposemos cada uno a una buena doncella, que consumemos el matrimonio la misma noche y que ambas paran el mismo día, y, si Dios lo tiene a bien, que tu mujer dé a luz a un varón, y la mía a una hembra, y los casemos al uno con la otra, como primos por parte de padre que serán». Nureddín entonces preguntó: «¿Y cuánto, hermano, recibirás de mi hijo a modo de arras, es decir, en compensación por tu hija?». El mayor contestó: «Le pediré tres mil dinares, tres huertos y tres haciendas, pues, por debajo de eso, no sería correcto que el joven se comprometiera con mi hija». Al oír estas palabras, saltó Nureddín: «¿Qué clase de compensación sería esa para un hijo mío? ¿Olvidas que somos hermanos y que compartimos el alto ministerio de este sultanato? Lo que tendrías que hacer es ofrecer a tu hija como regalo, sin pensar en compensación alguna. Como bien sabes, el varón es mejor que la hembra; mi hijo será varón, y como tal habrá que apreciarlo, a diferencia de lo que ocurrirá con tu hija». «¿Y qué le pasará a mi hija?», preguntó Shamseddín. «Pues que a ella –respondió el hermano menor– no llegaremos nunca a contarla entre los comendadores, ¿o qué crees? Tú conmigo estás haciendo como el que pensó que, para librarse de cierta mercancía, lo mejor era subirle el precio. También me recuerdas a quien, al recibir la visita de un amigo que venía a pedirle ayuda, le dijo que se la prestaría, sí, pero al día siguiente; y el otro le repuso:

⁵¹ Comienza «Nureddín y su hermano Shamseddín». En la presente historia el nombre del personaje femenino principal, Sittelhusn, literalmente «Señora de la Belleza», se ha traducido como Bella sin Par.

Quien al necesitado le da largas
le está diciendo: No te daré nada».

A esto respondió Shamseddín: «Veo que te muestras remiso porque tienes a tu hijo en más que a mi hija. Muy falta de juicio debes de andar, por no hablar de tus graves carencias morales, cuando te atreves a decirme que compartimos el ministerio, dado que solo te he asociado conmigo porque me dabas pena y quería que me ayudaras y fueses mi asistente. Sea como sea, y ya puedes decir lo que quieras y donde te parezca, por Dios juro que no casaré a mi hijo con tu hija ni aunque llegue a reportarnos su peso en oro». Al oír estas palabras de su hermano mayor, Nureddín, muy irritado, respondió: «¡Ni yo pienso casar a mi hijo con tu hija». «Ni yo lo aceptaría –dijo Shamseddín– como esposo para ella. Y, si no fuera porque me dispongo a salir de viaje, te daría una buena lección; pero a mi regreso se hará como Dios disponga y yo te haré ver lo que es un hombre cabal». Aún más se irritó Nureddín con estas últimas palabras de su hermano. Con todo, y a pesar de que su furia ni le dejaba ver cuanto a su alrededor tenía, se guardó para sí sus pensamientos.

Cada uno pasó la noche en un lugar distinto. A la mañana siguiente, el sultán emprendió viaje, cruzó a la otra orilla del río y tomó el rumbo de las pirámides acompañado de su ministro, Shamseddín. El hermano de este, Nureddín, por su parte, pasó la noche tan disgustado como pueda imaginarse, y, cuando apuntó el alba, se levantó y, después de cumplir con la oración correspondiente, fue a su cámara, de donde sacó una pequeña alforja y la llenó de oro. Y, sin poder quitarse de la cabeza las palabras de su hermano, que tanto se había vanagloriado despreciándolo a él, recitó estos versos:

«¡Vete! Que quien remplace no faltará a quien dejas.
Nada mejor que el viaje te ofrece la existencia.
La razón cultivada sabe que el detenerse
es privarse de gloria. ¡Sal de una vez, destiértrate!
Las aguas que se estancan, por fuerza se corrompen;
cristalinas si fluyen, apestan si no corren.
Porque sube y se pone por el cielo la luna,
la esperan impacientes tantísimas criaturas.
Cazar no logra el león que no deja el bosque,
ni en el blanco dan flechas que del arco no salen.
Como tierra es el oro cuando yace en el suelo
y en la selva el palo áloe no es más que un simple leño.
El marcharse es la vía que te llevará al triunfo;
sin remedio fracasa quien se aferra al terruño».

No bien hubo acabado de recitar estos versos, Nureddín, el hermano menor, ordenó a uno de sus mozos que le aprestara la mula torda, que era veloz y más alta que una cúpula. Así lo hizo el criado, quien se sirvió de una silla con remaches de oro, estribos de la India y faldones en terciopelo de Ispahán, de modo que el animal más parecía una novia cuando va a desvelarse ante su esposo. Nureddín le ordenó asimismo que cargase sobre la bestia una alfombra de seda y una estera de rezo, y que bajo esta colocase la mencionada alforja. Luego les dijo a sus mozos y esclavos: «Quiero solazarme fuera de la ciudad. Me voy a Qaliub, donde me quedaré tres días con sus noches. Que ninguno de vosotros me siga, pues deseo estar a solas». Y, sin esperar nada más, subió a lomos de la mula provisto de muy pocos víveres. Salió de El Cairo y tomó el camino

que, antes de mediodía, lo condujo hasta la localidad de Belbis, donde se detuvo para descansar él mismo y procurarle reposo a su montura. Comió un poco y se hizo con algunos pertrechos para sí y forraje para la mula. Luego volvió a emprender camino, y, al cabo de dos días, también a eso del mediodía, llegó a las lindes de Jerusalén. Desmontó, descansaron él y la mula, sacó algunos víveres, comió y luego, sobre la alfombra extendida y con la alforja como almohada, se echó a dormir. Aún seguía irritado. Pasó allí la noche, en despoblado, y, a la mañana siguiente, reemprendió la marcha, guiando a su mula hasta Alepo, en una de cuyas fondas paró, y donde permaneció lo bastante para descansar él mismo y darle reposo a su mula. Tres días, así, estuvo en Alepo, y, tras haber respirado aquellos aires, y resuelto a proseguir su marcha, montó de nuevo su mula y partió sin saber bien qué rumbo tomar.

Pero, lejos de detener su marcha, siguió adelante, hasta que una noche llegó a Basora, donde se hospedó en una fonda. Descargó la alforja, tendió en el suelo la alfombra y confió la mula, con su aparejo, al portero, que se hizo cargo del animal. Y dio la casualidad de que en ese mismo instante el ministro del sultán de Basora estaba sentado ante la celosía de su palacio, de manera que pudo ver la mula y los valiosos aparejos y pertrechos que traía. Pensó, pues, que había de ser la montura de algún personaje principal o incluso algún virrey o sultán. Reflexionó sobre ello y, muy intrigado, dijo a uno de sus mozos: «Tráeme a ese portero», y enseguida estaba de vuelta el mozo con el portero, quien besó el suelo ante el ministro, a la sazón un anciano venerable. Este preguntó: «¿Qué puedes decirme del dueño de esa mula?». «El dueño de la mula –respondió el hombre– es un joven de corta edad, persona valiosa y respetable, de familia de mercaderes». Oído lo cual, el ministro se puso en pie, montó su caballo y se encaminó a la fonda, donde buscó al joven. Cuando este, o sea, Nureddín Ali, vio al desconocido que venía hacia él, se levantó para salirle al encuentro y lo recibió con grandes muestras de cortesía. El ministro desmontó y le deseó la paz a Nureddín, quien le dio la bienvenida y le pidió que se sentase. El anciano dignatario preguntó: «¿De dónde vienes, muchacho, y qué es lo que buscas?». Nureddín repuso: «Vengo, señor, de El Cairo, donde mi padre, que falleció no hace mucho, ejercía de ministro». Le refirió luego cuanto le había ocurrido, de principio a fin, y añadió: «Y me resolví a seguir el dictado de mi alma, que me impulsaba a no volver sin haber visto todos los países y ciudades de Dios». El ministro le dijo: «No debes, hijo mío, someterte a los dictados de tu ánimo⁵², pues acabaría aniquilándote. Este país es una ruina, y temo que acabes siendo víctima de las circunstancias». Dicho lo cual, ordenó que cargasen la alforja en la mula, junto con la alfombra y la estera, y se llevó a Nureddín a su propia casa, donde lo alojó en una vistosa estancia.

Una vez el joven instalado, el ministro le dispensó el mejor de los tratos y, como quiera que pronto le tomase vivo afecto, le dijo: «Querido muchacho, soy ya un anciano y no he tenido hijo varón alguno. Dios, en cambio, me concedió la gracia de una hija, cuya hermosura no desmerece de la tuya, y a quien me he negado a entregar a ninguno de los numerosos pretendientes que le han salido. Dado que te profeso un sincero cariño, ¿aceptarías que mi hija estuviera siempre presta a servirte, como la mujer ha de servir a su hombre? Si aceptas, yo le diré a nuestro sultán que eres hijo de un hermano mío; que he mandado a buscarte para que me sustituyas como ministro, y poder yo así quedarme en casa porque ya soy viejo». Cuando Nureddín Ali oyó las palabras

⁵² Del ánimo (o acaso el instinto), entendido como alma concupiscente o volitiva (en árabe, *nafs*), se habla a menudo en *Mil y una noches*; véanse, en especial, lo que se dice en las noches 82, 84, 277, 422, 443, 463, 477, 546, 550, 786 y 914 y siguientes; véanse esos pasajes y las notas respectivas.

del ministro de Basora, bajó la cabeza para meditar un momento y contestó: «¡Por supuesto que sí!». Muy contento con la respuesta, el anciano ordenó a sus mozos que preparasen un banquete y adornasen el gran salón donde celebraban sus bodas los comendadores y altos dignatarios. Luego reunió a sus amigos e invitó a los gerifaltes y grandes mercaderes de Basora, y, cuando acudieron todos, les dijo: «Se me ha muerto un hermano, ministro en Egipto, a quien Dios concedió dos hijos varones, mientras que a mí, como bien sabéis, me ha dado una hembra. Mi difunto hermano me encomendó que casase a mi hija con uno de los dos suyos, a lo que yo accedí; y, como quiera que uno de los muchachos ha alcanzado la edad del matrimonio, me lo ha enviado. Es este joven que aquí veis, a quien he comprometido con mi hija, deseoso de que consumen su unión bajo mi techo, pues, como sobrino mío que es, lo prefiero como yerno antes que a un extraño. Cuando se hayan casado, si él quiere, podrá quedarse conmigo, y, si no, marcharse a su tierra con su esposa». «¡Muy bien que habéis hecho!», exclamaron los presentes, quienes miraron con atención al joven forastero y lo hallaron muy de su agrado. El ministro llamó a los jueces y escribanos, y, así que estos hubieron levantado acta, se procedió a quemar incienso, entre cuyos efluvios bebieron todos. Asperjaron luego los sirvientes agua de rosas y se marcharon los invitados. Concluida la celebración, el ministro encargó a sus mozos que llevasen a Nureddín Ali a los baños. Les dio, además, una vestimenta suya propia, completa, para el joven, amén de toallas, cuencos, pebeteros y cuanto pudiese hacerle falta. Nureddín salió de los baños y se puso el traje que el ministro le había regalado. Más que un joven apuesto, parecía la misma luna cuando, en la catorcena noche del mes, alcanza su máximo esplendor. Subió a su mula y no se detuvo hasta llegar al palacio de su futuro suegro. Besó a este la mano, y el ministro le dio la bienvenida.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la noche 20, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, de acuerdo con el relato de Yáafer el Barmekí, el ministro del sultán de Basora se levantó de su sitio, le dio la bienvenida a Nureddín Ali y le dijo: «Anda y consuma esta noche tu matrimonio; mañana me presentaré contigo ante el sultán, y quiera Dios concederte lo mejor». Y así lo hizo el joven Nureddín, quien aquella noche consumó su matrimonio con la hija del anciano dignatario.

Lo anterior, por lo que se refiere a Nureddín Ali. En cuanto a su hermano Shamseddín Muhámmad, sépase que estuvo de viaje con su señor, el sultán de El Cairo, por espacio de veinte días y, al volver, se encontró con la ausencia de su hermano. Les preguntó entonces a los criados, que le contestaron: «El mismo día en que partisteis con su alteza el sultán, montó él en su mula, enjaezada para viaje, y nos dijo que se iba a Qaliub, que se ausentaría uno o dos días y que nadie debía seguirlo, pues quería estar a solas. Y desde que se fue hasta hoy mismo no hemos vuelto a tener noticia de él». Shamseddín se malició que había perdido a su hermano, y para sus adentros se dijo: «Tuvo que molestarse conmigo cuando hablamos la noche antes de mi partida. Sí, lo más seguro es que, con el ánimo alterado, decidiera marcharse. Tengo que mandar en su busca». Fue entonces al palacio del sultán y puso a este al corriente de lo sucedido. Luego escribió varios mensajes que envió a sus subalternos por todo el país. Pero Nureddín Ali había hecho un largo

trayecto aprovechando la ausencia de su hermano, de manera que los emisarios volvieron sin haber recabado información alguna. Desesperó, pues, Shamseddín de dar con él. «Lo irrité –se dijo– cuando tratamos el matrimonio de nuestros hijos. Ojalá hubiese medido yo mis palabras».

Al cabo de poco tiempo celebró Shamseddín Muhámmad esponsales con la hija de cierto mercader del país, la desposó y consumó el matrimonio. Y coincidió que la noche en que el hermano mayor yacía por vez primera con su esposa fue la misma en que Nureddín consumaba su unión con la hija del ministro de Basora. Ello, por voluntad de Dios, el Supremo, y para que Su Santa Sentencia se ejecutara entre Sus criaturas. De manera que todo ocurrió tal y como los dos hermanos habían deseado, pues asimismo coincidió que las dos esposas quedaron preñadas, y que la de Shamseddín, ministro de Egipto, dio a luz una hija tan hermosa como no se había visto en el país, mientras que la esposa de Nureddín alumbró a un varón que, por sus atributos, sobresalía entre todos los de su tiempo. Era, en suma, tal como dijo el poeta:

Recordemos al mozo cuya dulce saliva
licor es que ni copa ni vasija precisa.
Los efectos del vino, su color y su aroma
encontré en sus mejillas, sus ojos y su boca.

O como dijo otro:

Si la misma Beldad emularlo quisiera,
humillada saldría, corrida de vergüenza.
Y le preguntarían: «¿Pero has llegado a verlo?».
«Sí –les contestaría–. No hay quien le sea parejo».

Y le pusieron por nombre Hasan⁵³, y al cumplirse el séptimo día desde su nacimiento, celebraron convites y solemnes banquetes propios de príncipes. Luego el ministro de Basora tomó consigo a Nureddín Ali y subió con él al palacio del sultán. Cuando se vio ante el soberano, Nureddín besó el suelo y, como era, amén de animoso, agraciado y noble, persona bien dotada para la palabra, repitió las palabras del poeta:

«Ante el mejor juez me hallo que medie entre las partes,
señor que reconocen los puntos cardinales;
quisiera agradecerle sus gloriosas hazañas,
que las cuentas parecen del collar de la Fama,
y besarle las manos, cuyos gloriosos dedos
las llaves son de un cofre de mercedes repleto».

A lo que enseguida añadió:

«No cesen sobre vos del Cielo los regalos,
ni llegue yo a estar nunca de mi señor privado».

El sultán se puso en pie, los agasajó a ambos, le dio las gracias a Nureddín por sus palabras y le preguntó a su ministro: «¿Quién es este joven?». «Es mi sobrino, el hijo de mi hermano», repuso el ministro. «¿Y cómo es que nunca he oído hablar de él?», volvió a preguntar el sultán. «Tenía yo, alteza –dijo el ministro–, un hermano que murió dejando a dos hijos varones, el mayor

⁵³ Que precisamente significa «hermoso».

de los cuales ocupó el cargo de su padre como ministro, y este es su benjamín, que se ha venido conmigo. Yo, por mi parte, tenía ya jurado que no casaría a mi hija con otro que él; de modo que, cuando llegó, los desposé. Él, como veis, está en la flor de la edad, mientras que yo me he hecho tan viejo que he perdido la capacidad de otrora. ¡Si hasta oigo con dificultad...! Mi ruego, señor, es que me deis a mí descanso y lo pongáis a él en mi lugar, pues, aparte de ser mi sobrino y mi yerno, es persona adecuada para el cargo, por su buen juicio y resolución». El sultán miró al joven atentamente y, como le causara excelente impresión, aprobó la propuesta de su ministro. Puso, pues, a Nureddín en el cargo de su suegro, le regaló ricas túnicas y una mula de su establo, y le asignó pagas y emolumentos. El joven le besó la mano al sultán, y luego él y el ya depuesto ministro volvieron muy contentos a casa. «¡En su talón traía el recién nacido las bendiciones del Cielo!», exclamaron. Al siguiente día Nureddín fue de nuevo adonde el sultán, besó el suelo ante él y recitó los siguientes versos:

«No hay día que no traiga nuevas dichas,
mal que les pese a viles y envidiosos.
Tan felices reluzcan vuestros días
como los tenga vuestro opuesto lóbregos».

El sultán le indicó que se sentase en el estrado ministerial, y así lo hizo el joven, que asumió el cargo de su suegro y comenzó a ocuparse de los asuntos y pleitos de los súbditos, tal como los ministros tienen por costumbre. Y el sultán, que no le quitaba ojo, quedó gratamente sorprendido por su determinación, su buen juicio y su desenvoltura. Tanto le complacieron sus maneras que le tomó rápido afecto y decidió admitirlo a su privanza. Cuando el consejo de gobierno concluyó su jornada, Nureddín volvió a su casa y le contó lo ocurrido a su suegro, quien quedó muy satisfecho. Este último, el anterior ministro, se volcó en los cuidados de Hasan, el recién nacido, que fue haciéndose mayor, mientras Nureddín siguió ejerciendo los deberes de su cargo con tal dedicación que no se apartaba, ni de día ni de noche, de su señor. Este, el sultán, en justo pago, le concedió nuevas rentas y emolumentos, y tanto se acrecentaron los caudales de Nureddín que pronto pudo disponer de una flota que dedicó al comercio y a otros menesteres. Y, cuando su hijo Hasan alcanzó la edad de cuatro años, el joven ministro era ya titular de numerosas propiedades, de norias y de huertos, y amo de buen número de siervos esclavos. Murió entonces el antiguo ministro, el suegro de Nureddín; le dieron sepultura y celebraron en su honor solemnes exequias. A partir de entonces fue Nureddín quien se ocupó de la educación de su hijo hasta que se la confió, al cumplir el garzón los siete años, a un sabio que instaló en su casa para que instruyese al mozalbate. Y el preceptor, en efecto, hizo del mozuelo un entendido en las diversas ciencias y conocimientos, no sin antes haberle hecho memorizar el Sagrado Corán. La formación del joven Hasan duró varios años, a lo largo de los cuales fue Hasan creciendo en donosura⁵⁴, así como en bondad y buen carácter. Era, en fin, tal como dijo el poeta:

Luna en que se reúnen lo bueno y lo donoso:
¡si hasta el mismo sol nace de su cara, entre el bozo!
Cuanto de bello existe solo a él pertenece:
¡si hasta nuestro sustento de sus manos procede!

⁵⁴ Recuérdese que Hasan significa «hermoso».

Y, dado que Hasan recibió toda su formación en el hogar paterno, no abandonó la residencia del ministro hasta el día en que este, su padre, Nureddín, lo vistió con las esplendorosas galas que requería la ocasión, lo montó en la mejor mula de su establo y lo llevó consigo a presencia del sultán. Este miró al mancebo, a Badreddín Hasan, hijo de su ministro, y quedó prendado de su donosura. Y no solo él, ya que todos sus súbditos, de igual manera, quedaron deslumbrados desde aquella primera vez en que el mozo pasó entre ellos, en compañía de su padre, camino de palacio. Era tal la apostura de Hasan, tan esbelto su talle, tan armonioso su porte, que nadie dudó que en él se realizaban las palabras del poeta:

Tras el ocaso el sabio observa el cielo,
y ve en dos mantos al mancebo envuelto.

Observa cómo Géminis le ofrece
las perlas que el contorno le engalanan.
Los cabellos Saturno le ennegrece
y el Auriga lunares le regala.

Marte presta a sus pómulos color,
el Arquero apostado está en sus párpados,
su inteligencia es de Mercurio don
y Alcor le evita acoso de malvados.

De estupor el astrónomo se llena,
y la luna, del cielo, al fin, se adueña.

Cuando el soberano lo vio, se encariñó al punto de él, lo colmó de mercedes y le dijo al padre: «Ministro, tienes que traerlo todos los días». «Dicho y hecho», repuso Nureddín, y volvieron ambos a su casa. A partir de esa fecha, y hasta que su hijo Hasan cumplió los quince años, el ministro no dejó ni un solo día de presentarse ante el sultán acompañado del mozo. Pero entonces cayó enfermo el ministro Nureddín, por lo que llamó a Hasan y le dijo: «Sabe, hijo mío, que, mientras que en este mundo todas las cosas pasan, en el otro, el del más allá, nada es efímero. Quiero ahora hacerte unas últimas recomendaciones; comprende, pues, lo que voy a decirte y escúchame con todo tu corazón». Y comenzó, en efecto, a aconsejarle que tratase bien a los demás y que no actuara a impulsos del capricho. Pero, mientras esto le iba encargando a su hijo, el moribundo Nureddín se acordó de su hermano y de su patria chica. Lloró con amargas lágrimas la separación de sus seres queridos y recitó:

«¿Cómo se expresará quien sufra la distancia?
¿Qué vía deja abierta, si llega, la añoranza?
¿Quién llevará en volandas tu amoroso lamento
el día en que te falte también el mensajero?».

Luego, en cuanto le fue posible dejar de llorar, se volvió a su hijo y siguió diciéndole: «Escucha, hijo mío, lo que he de decirte antes de darte mis últimas recomendaciones. Ello es que tengo un hermano de nombre Shamseddín Muhámmad, tío tuyo, por tanto, además de ministro del sultán de El Cairo. Hace ya tiempo me aparté de su lado y dejé nuestro país sin su aprobación. Quiero que traigas ahora un pliego y que escribas lo que te he de dictar». Hasan trajo los avíos de escribir y tomó al dictado cuanto su padre le fue diciendo. Anotó, así, las fechas de la boda

de Nureddín, de la consumación de su matrimonio con la hija del ministro, así como el relato de su llegada a Basora y cómo había conocido al ministro de esta. El enfermo, por último, añadió: «Muchos años han pasado desde el día de nuestro enfrentamiento, tantos que me veo ahora incapaz de otra cosa que dejar constancia de todo por medio de este escrito. Quiera Dios tomar a su cargo lo que yo ya no podré hacer». Doblaron luego entre ambos el pliego, lo sellaron y el moribundo Nureddín dijo: «Pon, hijo mío, a buen recaudo lo que acabas de escribir, pues ahí llevas tu origen, alcurnia y abolengo. Y, si algo malo te ocurriera, dirígete a Egipto, identifícate ante tu tío valiéndote del documento, salúdalo como Dios tiene mandado e infórmalo de que he muerto lejos de mi tierra y echándolo a él de menos». El joven Badreddín Hasan tomó entonces el documento y lo envolvió en tela encerada, que se cosió por dentro del forro. Luego se echó a llorar por su padre, que lo dejaba siendo él tan joven.

Nureddín entonces le dijo: «Voy a darte, pues, cinco consejos. El primero es que no trates a nadie con familiaridad, y así te librarás del mal que de otros procede, pues, en efecto, en el aislamiento estriba la salvación. A un poeta oí decir:

No hay nadie que merezca tus afectos,
ni amistad fiel que no destruya el Tiempo.
De estar tú solo aprende a disfrutar;
mejor consejo no te puedo dar.

El segundo es que a nadie ultrajes, no vaya a ultrajarte a ti la vida, pues si un día es venturoso, enseguida lo sucede otro desfavorable, y los bienes de este bajo mundo son un préstamo que habremos de devolver intacto. Recuerda estos versos:

¡Calma! Refrena tus pasos,
y hazte ejemplo de buen trato.
La maldad siempre se paga,
pues del Señor nadie escapa.

El tercero es que sepas guardar silencio, y te ocupen tus propios defectos y no los ajenos; bien dicen que quien guarda silencio se zafa de muchos males, y a un poeta oí decir:

El silencio es ornato, de la salvación la tabla,
y, cuando hayas de hablar, mide bien tus palabras.
Si de algo haber callado te arrepentiste un día,
más son de lamentar palabras proferidas.

El cuarto es que te guardes mucho de los licores, pues el beber es padre de las discordias y ocasión propicia para perder el juicio. Sobre ello se ha dicho lo siguiente:

Desde que decidí dejar el vino
no paran los más rectos de alabarme.
El vino te desvía del camino
y te arrastra a un sínfin de disparates.

El quinto y último consejo, hijo mío, es que guardes tus riquezas para que ellas a ti te guarden, y no malgastes tu dinero, no sea que tengas que pedírselo a otros. Sobre esto dijo el poeta:

Muchos son los amigos de quien gasta,
que se van si a su fin llega la plata.

Y dándole consejos a su hijo estuvo el moribundo, hasta que exhaló su último suspiro. En la casa comenzó entonces el duelo, al que se unieron el sultán y todos los comendadores, que asistieron apesadumbrados al entierro, tras el cual se prolongó el luto durante dos meses. El mozo, Badreddín Hasan, se abstuvo, durante ese período de tiempo, de montar, de acudir al consejo de gobierno y de entrevistarse con el sultán. Este se irritó con el muchacho y puso en su lugar a uno de los chambelanes, a quien no tardó en nombrar ministro y darle la orden de que pusiera bajo el sello del sultán todos los bienes raíces del difunto Nureddín Ali. El nuevo ministro y los chambelanes salieron, pues, en dirección a la casa que en su día perteneció al suegro de Nureddín, para precintarla, detener al hijo de este, Badreddín Hasan, y llevarlo a presencia del soberano, para que este hiciera con él lo que mejor le pareciera. Entre los soldados que los acompañaban había un vasallo del anterior y fallecido ministro, Nureddín Ali, y miembro de su séquito. Y, como quiera que dicho vasallo jamás había sufrido menoscabo por parte de su señor, montó en su cabalgadura, cuando se enteró de lo que se fraguaba, y fue a toda prisa adonde Badreddín Hasan, a quien encontró sentado a la puerta de su casa, cabizbajo y con el corazón desolado por la pérdida de su padre. El vasallo descendió de su montura y, después de besarle la mano al afligido joven, le dijo: «Señor e hijo de mi señor, ¡daos prisa, antes de que sea demasiado tarde!». Hasan se echó a temblar y preguntó: «¿Por qué, qué pasa?». «El sultán –dijo el siervo– se ha vuelto contra vos y ha ordenado que vengan a prenderos. Vuestra muerte viene pisándome los talones... ¡Poneos a salvo cuanto antes!». Hasan le preguntó: «¿Puedo contar con algo de tiempo para entrar en la casa y hacerme con algunos pertrechos imprescindibles?». El vasallo le contestó: «¡Solo salvad vuestra vida!». No bien hubo oído estas palabras, Hasan se levantó y dijo:

«Busca tu salvación cuando el peligro adviertas
¡y duélase la casa, de quien fuera su dueño!
Puedes estar seguro: hallarás otra tierra,
pero una nueva vida no te la dará el Cielo.

Y no envíes a nadie para que pida auxilio,
pues solo recurrir a tus fuerzas podrás.
No conocen los leones ningún mejor arbitrio
que por su propia suerte la ofensiva lanzar».

Luego se cubrió la cabeza con la orla de su túnica y no dejó de caminar hasta que se vio fuera de la ciudad, donde oyó a la gente decir: «El sultán ha enviado a su nuevo ministro a la casa del difunto Nureddín para que selle todas sus propiedades y detenga a su hijo, Badreddín Hasan, a quien desea dar muerte». Todos se apiadaban del joven, cuyas buenas cualidades eran de sobra conocidas. Cuando Badreddín oyó lo que la gente decía, reemprendió la marcha sin saber a dónde ir, y no dejó de caminar hasta que, llevados por la Providencia, sus pasos lo condujeron adonde reposaban los restos de su padre. Entró en el camposanto y avanzó entre los sepulcros hasta alcanzar el de Nureddín, junto al que se sentó, después de descubrirse la cabeza, retirando la orla de su túnica, la cual traía bordadas en oro las siguientes palabras:

*Vuestra Faz brilla por siempre
cual los astros o el rocío;
Vuestra Gloria permanece,
por más que pasen los siglos.*

Y estaba allí sentado, ante el sepulcro de su padre, cuando se dejó ver cierto judío de Basora, cuyo oficio era a todas luces el de cambista, pues venía con una alforja cargada de oro. Dicho judío se acercó al muchacho y le preguntó: «¿Cómo es, mi señor, que os veo tan demudado?». Hasan repuso: «Estaba durmiendo, no hace mucho rato, cuando he visto en sueños a mi padre, que me regañaba por no haber venido a visitar su sepulcro; de modo que me he levantado asustado y con la incertidumbre de si podría o no cumplir mi deseo de venir antes de que se hiciera noche». «Sé, mi señor –dijo el judío–, que vuestro padre tenía navegando varias embarcaciones, una de las cuales acaba de atracar. Quisiera compraros el cargamento de la que ya está en puerto por mil dinares». El judío sacó una bolsa llena de oro, contó hasta mil dinares, se los tendió a Badreddín Hasan y añadió: «Ponédmelo por escrito». El joven tomó un papel y redactó:

El que suscribe, Badreddín Hasan el Basorí, hijo del difunto ministro Nureddín Ali el Cairota, ha vendido a Isaac, el Judío, la totalidad de la carga de la primera embarcación de su padre que ha arribado a puerto, por la suma de mil dinares en oro, cantidad que declara haber percibido por adelantado.

El judío recibió el documento, mientras Hasan se quedaba llorando al recordar la gloria y ventura de las que ya había dejado de gozar. Y recitó:

«No es casa, pues faltáis de ella, la casa,
y el vecino dejó de ser vecino.
En el cielo la luna ya no es la luna,
ni la amistad solaza del amigo.
Abatido, sin vos, devino el mundo,
y el universo, inhóspito y sombrío.
Solo pido que el cuervo del adiós
perdido haya sus plumas y su nido.
Desde aquel día está rasgado el velo
y mi cuerpo ha perdido todo el brío.
¿A ser como antes tornarán las noches,
volveremos en nuestra casa a unimos?».

Luego cayó sobre él la noche cerrada y volvió a quedarse dormido junto al lugar donde reposaban los restos de su padre. Al poco salió la luna, cuyo claro iluminó el rostro de Hasan, y este, después de darse la vuelta, siguió durmiendo boca arriba. Aquel camposanto era residencia de *yinn*s fieles a Dios, y, en ese momento, salió una de ellos, una hembra de *yinn*, que se quedó mirando el rostro del joven dormido. Maravillada por su belleza y apostura, exclamó: «¡Alabado sea Dios! ¡Cualquiera diría que ese mozo es uno de los niños del Paraíso...!». Dicho lo cual, la *yinn* ascendió por el aire y se puso a dar unas vueltas, como tenía por costumbre, y vio a un *ifrit* que llegaba volando. Lo saludó deseándole la paz, él contestó de igual modo y la *yinn* le preguntó: «¿De dónde vienes?», a lo que él repuso: «De El Cairo». «¿Quieres venir conmigo –preguntó ella– a contemplar la belleza de un joven que se ha quedado dormido junto a una tumba?». «Sí», repuso él. Descendieron, pues, hasta el cementerio y la *yinn* preguntó: «¿Has visto algo semejante en tu vida?», a lo que el *ifrit*, después de mirar atentamente al joven, repuso: «¡Alabado sea

Aquel a Quien nadie se parece! Es, sin duda, admirable; aunque, habrías de oír, hermana, lo que me gustaría contarte». «Te escucho», dijo la *yinn*. «Pues lo cierto –dijo él– es que hace muy poco he visto a alguien, en Egipto, a la hija del ministro Shamseddín, por más señas, a quien este mozo no podría hacerle sombra. La doncella es, por abreviar, un dechado de belleza, y, sabedor de su existencia, el sultán de Egipto se la ha pedido en matrimonio al padre de la muchacha, el ministro Shamseddín, que le ha respondido: “Aceptad, señor nuestro y soberano, mis disculpas y apiadaos de mis lágrimas. Bien sabéis que mi hermano Nureddín, que era mi socio en el ministerio, nos abandonó y no hemos vuelto a saber de él. El motivo de su partida fue una conversación que conmigo sostuvo acerca del matrimonio de nuestros hijos; conversación, o más bien enfrentamiento, a raíz de la cual se marchó indignado», y le contó al sultán en detalle cuanto había tratado con su hermano. Luego añadió: «Esa fue, pues, la causa de su sinsabor, y yo tengo jurado que solo he de casar a mi hija con el hijo de mi hermano, desde el mismo día en que su madre la parió, hace ahora poco más de dieciocho años. Recientemente he tenido noticia de que mi hermano se casó con la hija del ministro de Basora, de la que tuvo un hijo varón, que es el único hombre con quien he de casar a mi hija, en honor a mi palabra y a mi sangre. Sabed, además, mi señor, que yo he dejado registradas las fechas tanto de mi propia boda, como del día en que supimos que mi mujer estaba encinta y del alumbramiento de esta hija mía, que nació destinada a su primo. A vuestra alteza, quién podría dudarlo, no ha de faltarle otra doncella y aun mejor, pues muchas hay”. Al oír estas palabras de su ministro, el sultán montó en cólera y dijo a grandes voces: “¿Cómo puede ser que un soberano como yo te pida a ti, que eres mi asistente y criado, la mano de tu hija y que tú me la niegues con un pretexto tan endeble? ¡Por la integridad de mi cabeza te juro que voy a darle a esa hija tuya por esposo, y mal que te pese, a alguien muy inferior a mí”. Bueno–continuó con su relato el *ifrit*–, la cosa es que el sultán tiene a su servicio a un mozo de cuadra tan contrahecho como no cabría más, ya que es doblemente giboso: por detrás y por delante. El sultán mandó que lo trajesen a su presencia, y en ese mismo punto y hora quedaron registrados los esponsales entre ambos, o sea, entre el palafrenero cheposo y la hija del ministro. Y, lo creas o no, hermana, el sultán ha ordenado que se celebren las nupcias y que esta misma noche se consume el matrimonio. Cuando me he alejado de ellos, estaba el palafrenero rodeado por los siervos del sultán, quienes, con velas encendidas en las manos, se burlaban de él a la puerta de los baños. A la hija del ministro, que es, puedo asegurártelo, el ser más parecido a este mozo que haya en el mundo, la he dejado llorosa y sentada entre mujeres, que la alheñaban y peinaban. Y a su padre lo tienen encerrado, para impedirle que se acerque a ella».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 21**, dijo Shahrazad:

–Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el *yinn* le contó a su congénere y amiga la historia de la hija del ministro de Egipto, a quien el sultán había comprometido con su palafrenero giboso, y añadió que nadie podía comparársele en belleza a la desafortunada joven, si bien era cierto que aquel doncel del cementerio se le parecía bastante, aun siendo menos hermoso que la joven cairota. La *yinn* respondió: «¡Mientes! Este joven es la persona más hermosa de su tiem-